Mª Carmen Cortés Sempere

ÁGATHA, TÚ QUE ME ENTIENDES

HOJA NEGRA

Annotation

Ágatha, tú que me entiendes En el verano de 1986, Fidel Arias, un policía local, sesentón, viudo y solitario, que se refugia en las novelas de Marcial Lafuente Estefanía, es trasladado desde su puesto sedentario en oficinas, a las dependencias de los recién estrenados Servicios Comunitarios del Ayuntamiento de Albovar, un municipio de la costa levantina que se despereza de unas estructuras ancladas en el pasado franquista y pugna por adaptarse a los nuevos tiempos democráticos. Allí deberá custodiar especialmente a Ágatha Leoni, una joven trabajadora Social, que está sometida a situaciones de peligro por parte de los agresores de las mujeres maltratadas a las que protege a través de una casa de acogida, Ella misma acaba acosada y envuelta en una red de intrigas y en un terrible crimen que arrastrarán también a Fidel, debido a viejas historias sin resolver de su pasado, que acaban confluyendo en el presente de Ágatha.

ÁGATHA,

TÚ QUE ME ENTIENDES

—Mª Carmen Cortés Sempere—

Ediciones
Alféizar

© 2021
Editado por Ediciones Alféizar
C/ Joan Carles I - 41
46715 - Alquería de la Condesa - Valencia - España

Autora cubierta: Berta Echániz Martínez

Teléfono: 34 644 524 524
Email: info@edicionesalfeizar.com
Web editorial: www.edicionesalfeizar.es

Para José Antonio, Jordi y Lola

Miro al cielo y pienso en ti.
Giuseppe Cioffi y Gigi Pisano
(del tango Ágata).

ÍNDICE

I
Alfa
II
Beta
III
Gamma
IV
Delta
V
Epsilón
VI
Dseta
VII
Eta
VIII
Zeta

IX
Iota
X
Cappa
XI
Lambda
XII
My
XIII
Ny
XIV
Xi
XV
Omicrón
XVI
Pi
XVII
Rho
XVIII
Tau
XIX
Omega

I

Lo supe porque estaba allí, aunque nadie reparaba en mí. Lo podía oler en el ambiente como se huele la tierra cuando acaba de llover, lo veía en los gestos y las muecas de los que la rodeaban. Se podría decir que hasta oía los susurros de araña tejiendo la tela espiral para atraparla en sus hilos de seda, como se oye el silbido del viento al alba.

Nadie reparaba en mí porque soy de apariencia endeble. Apenas rozo los sesenta y no muy bien llevados, debido al sedentarismo y a la poca afición a los deportes. En realidad, aún no sé cómo pude superar aquellas pruebas físicas y acceder al Cuerpo de la Policía Local hace ahora treinta y cinco años. Puedo imaginar que antes no eran tan estrictos como lo son ahora. Cuando miro a las nuevas promociones, con esos cuerpos fornidos y cincelados a base de horas de gimnasio, pienso que en estos tiempos jamás me habrían aceptado en El Cuerpo. Pero hete aquí que a la chita callando y sin armar mucho alboroto he conseguido sobrevivir todos esos años, en puestos tranquilos, eso sí, nada de acción, ni adrenalina. Lo mío siempre ha sido el control de

tráfico y las oficinas. Al principio sí que participaba en acciones de orden callejero: robos, atropellos y similares. Hasta que ciertos problemas en la vista y la dichosa máquina de escribir electrónica Brother AX–100, que se me resistía, llevaron a mi superior a plantearme un cambio de destino. A estas alturas de mi vida laboral un cambio me asustaba mucho, pero comprendí que no tenía más remedio. No podía objetar nada en contra de aquella orden y acabé aceptándola. Solo faltaba que mi jefe me comunicara cuál iba a ser mi nuevo destino.

Lo cierto es que yo tuve algo que ver. Es verdad que mi vista no era la de antes, pero no hasta el punto de no poder vencer aquellas pequeñas dificultades. Un poco de voluntad y una buena consulta oftalmológica lo habrían solucionado, pero en el fondo quería irme. Y no era porque el trabajo no me gustara. Me sentía útil; las grandes hazañas de mis compañeros de calle o la jefatura no podrían funcionar si no hubiera una maquinaria administrativa bien engrasada, y yo formaba parte de ella y cumplía bien con mis tareas. El lugar, además, era idílico. Estaba situado a las afueras de la ciudad, en una casona aristocrática de varios pisos, propiedad de los Solana, una familia adinerada de Albovar, en la costa alicantina, que el Ayuntamiento adquirió a sus herederos y luego la remodeló, modernizó y convirtió en Las dependencias de la Policía Local. Como el terreno era extenso allí construyó también unas dignas dependencias para alojar a los Talleres Municipales que estaban en el centro y habían quedado obsoletos para sus funciones. Allí se respiraba en verde y se miraba en azul al cielo límpido del Mediterráneo, al que se llegaba con una mirada vertical hecha de palmeras, araucarias y árboles centenarios. Sus más rendidas visitantes eran las palomas blancas que se paseaban por los caminos de tierra o ascendían en vuelos curvilíneos. Pero yo no soportaba a Arturo Domínguez Flores, un gigantón de mi edad con mostacho de mosquetero, déspota y altanero, bravucón, con muy mala leche y peor estirpe que tenía por costumbre, en su línea pendenciera, hacerme la vida imposible aprovechándose de mi aversión a las broncas y a los enfrentamientos. Pero cuando pensaba en pedir el traslado me asaltaban dudas, ¿adónde podría ir a parar yo, un policía sesentón de apariencia escribana? Y también porque me decía a mí mismo: «Arturo tampoco está las siete horas conmigo». Él tenía trabajo de calle, era hombre de acción. Pero cada vez soportaba menos su presencia. Aunque no pasara tan a menudo por mi sección, me parecía que estaba allí todos los días. Y digo que algo tuve yo que ver porque alguna vez había dejado caer que no lo soportaba. Mi jefe no era ajeno a esa circunstancia. Así que una mañana anodina, de un lunes sudoroso de agosto, el destino vino a mi encuentro.

—Fidel, venga a mi despacho —me dijo Andrés Navarro, mi

superior. Un hombre un poco más joven que yo, rubicundo, con entradas en la frente, una incipiente barriga y con aires de superioridad.

Sí, jefe, enseguida…

—No se demore que tengo la mañana movidita —me acució—. Pase y siéntese, tengo que decirle una cosa.

Dejé lo que tenía entre manos. Estaba leyendo un informe, precisamente firmado por Arturo, sobre un altercado en la Plaza de Menéndez Pelayo entre dos familias gitanas. Algo bastante común desde que hacía seis meses una pelea entre ambos clanes había acabado con una persona muerta y seis o siete heridas.

El despacho de Andrés Navarro disponía de un gran ventanal por el que se colaba una luz transparente con ciertos reflejos del verde del arbolado. Me senté tal como me había ordenado mi jefe; eso sí, intrigado porque no era su costumbre hacerme pasar a su territorio. Normalmente las órdenes me las daba acercándose directamente a mi mesa y poniéndose de frente. Era un hombre poco sedentario, de los que buscan cualquier excusa para salir de su despacho. Él prefería merodear por las mesas para supervisar el trabajo y acercarse directamente si quería ordenar algo a alguien.

—Le escucho, jefe —le dije mientras contemplaba de soslayo una copia del cuadro oficial del rey Juan Carlos I que estaba en la pared frontal, justo por encima de su cabeza. A la derecha, mirando de frente tenía enmarcado también el escudo de la ciudad de Albovar: Un dorado óvalo, con destellos formados por líneas agrupadas, enmarcaba el campo del escudo en sinople, con tres cipreses en oro sobre las ondas del mar, representando las aguas del Mediterráneo que la acariciaban y el verde de su entorno. Lo enmarcaba, a modo de media corona, una franja en azul oscuro que, con letras también doradas, rezaba *Policía Local.*

—Fidel… —dijo alargando la última sílaba con un tono suave que no era corriente en él—. Los tiempos están cambiando. Bueno, empezaron a cambiar ya cuando llegaron los socialistas estos que están revolucionándolo todo. No hacen más que complicarnos la vida: que si ahora se ha creado no sé qué servicio allí y se necesita un policía, que si ahora a los ciudadanos ya no hay que ordenarles las cosas sino tratarles como si fueran marqueses, que si este policía tiene esta habilidad y ya no va a patrullar, sino que se va a encargar de hacer vídeos. Vídeos, ¿qué le parece? —inquirió como si aquello fuera un pecado mortal con pasaporte directo al infierno, al tiempo que su tono suave inicial se iba convirtiendo en bronco—. Y encima tenemos un jefe nuevo que les baila el agua y se muestra de acuerdo en todo y no le planta cara a nadie. No sé adónde vamos a ir a parar. Esto no me gusta nada, ya lo sabe usted. El día menos pensado van a querer que

pidamos perdón por dar una buena hostia a los vagabundos y maleantes que vienen a aprovecharse de nuestro sol y de nuestros bolsillos. En fin, a lo que iba, que las cosas ya no son como antes, y usted, la verdad, se ha vuelto un poco lento. Cada vez entra más trabajo y yo necesito a alguien joven, con energía, que sepa despachar los papeles y no se tire dos horas buscando una letra en el teclado…

Pensé que fuera lo que fuese a decirme, que ya veía yo que la cosa iba de darme el pasaporte, no hacía falta que me humillara, pero iba tan encarrilado en su discurso que interrumpirle para hacerle alguna observación lo habría enfurecido, así que apenas moví un músculo y seguí escuchando para tratar de averiguar en qué iba a acabar aquella perorata.

Total, que entre que usted aquí ya no es muy productivo y que a mí me han pedido que busque un policía para custodia y vigilancia, pues que he pensado que usted se encargue de eso, ¿qué le parece?

Lo que me pareciera sabía yo de antemano que no iba a servir de nada, por lo que me tragué mi orgullo y le contesté:

—Lo que usted mande don Andrés. Pero me gustaría saber algo más de esa vigilancia… y ¿cómo ha dicho?

—Custodia y vigilancia en una dependencia municipal. De momento no puedo decirle nada más —repuso él—. Este adelanto es solo para que se vaya haciendo a la idea y empiece a pensar en empaquetar sus cosas. Cuando llegue el decreto ya hablaremos.

No volví a saber nada de aquella propuesta hasta que pasados tres días un compañero, Luis, cuya mujer trabajaba en la Oficina de Personal, me anunció que sabía que estaban preparando el decreto de traslado, pero no conseguí averiguar nada más. Solo sabía que la incertidumbre duraría poco tiempo. Efectivamente, cuatro días después el conserje que hacía de correo con la *casa madre* me entregó un sobre con dos folios; de uno de ellos sobresalía un cuarto por la solapa, lo que indicaba claramente que contenía un duplicado que debía firmar. Lo hice antes de leer el documento porque de sobra sabía que, aunque no estuviera de acuerdo, tenía que acatarlo. Y una vez tuvo el conserje mi autógrafo, con la consignación de la fecha (requisito imprescindible) se despidió con una especie de saludo militar, al tiempo que me guiñaba un ojo y me deseaba suerte. «La voy a necesitar», pensé para mis adentros y me dispuse a leer el contenido del decreto que, tras el consabido preámbulo, decía claramente que el policía, local Fidel Arias López, era destinado provisionalmente a las dependencias municipales que albergaban los Servicios Comunitarios, sitos en la calle Andrómeda, (antiguos Talleres Municipales) y en concreto quedaba adscrito provisionalmente a la Unidad de Atención a Mujeres Maltratadas, para lo cual debía presentarme el lunes dieciocho de agosto de mil novecientos ochenta y seis, a las ocho de la

mañana, ante la responsable de dicha Unidad, doña Ágatha Leoni Ruso, para ponerme a su disposición. Después ya decía lo que me había adelantado Andrés Navarro, así que pude leer: *Las funciones que realizará serán las de vigilancia y custodia de la dependencia, así como servicio de protección a los trabajadores que allí realizan su jornada laboral, manteniendo la subordinación a su jefatura actual, que podrá disponer de sus servicios cuando lo considere necesario.*

Yo ni sabía que existían los Servicios Comunitarios. Había estado toda la vida en la Policía Municipal, y, la verdad, no me había molestado mucho en averiguar qué pasaba fuera de allí. Ahora, si lo había entendido bien, nada cambiaba, mi jefe era el mismo; yo seguía a sus órdenes, pero mientras no mandara lo contrario debía acudir todos los días a los Talleres Municipales y ponerme a disposición de una mujer (cosa que nunca antes me había sucedido). Esa mujer se llamaba Ágatha y tenía apellidos que sabían a mar.

Me gustó decir esto último: "apellidos que sabían a mar". Me había sonado poético. No es que yo sea poeta ni nada por el estilo, pero desde pequeño he sido aficionado a la lectura. De hecho, me hice policía a base de leer novelas del Oeste, sobre todo de Marcial Lafuente Estefanía: placas, tiros, enfrentamientos, jugadores, borrachos; los indios y vaqueros; la chica del salón, la madame… Todo ello creó en mí un deseo de intervenir en la justicia, de perseguir a los infractores, de ser "el bueno" que resolvía el conflicto, y así es cómo acabé siendo policía local. No he disparado jamás ni un tiro, hasta este momento, pero he podido conocer armas más sofisticadas que no se accionaban con las manos sino con las palabras.

Yo podía ser el que describió Joan Manuel Serrat en su canción *Romance de Curro "El Palmo"*, menos en estos dos primeros versos:

(…) Buscando el olvido
se dio a la bebida,
el mus, las quinielas…
y en horas perdidas
se leyó enterito
a Don Marcial Lafuente
por no ir tras su paso
como un penitente. (…).

Alfa

No lo supe hasta el día que fui a saludar a Eulalia y me apartó la cara. En ese momento sentí que se estaba fraguando algo. No se habría atrevido a hacerme ese mal gesto si no se sintiera respaldada. Lo supe de manera tan certera como se sabe que se desatará una tormenta por el color oscuro del cielo. Lo vislumbré con una claridad meridiana, con esa intuición familiar que me advertía del peligro desde la

infancia.

Pero no sabía de qué magnitud iba a ser la tormenta, si de verano o como aquella que en octubre de mil novecientos ochenta y dos rompió los cielos de Albovar y otros lugares de la Comunidad Valenciana, alguna carretera y más de una familia. Por su magnitud, más que como tormenta ha pasado a la historia como *La riada de 1982*.

Eulalia había compartido conmigo aquella dura experiencia, en la que con tan poco medios tuvimos que atender a los damnificados por pérdidas de vivienda y enseres; la consideraba una buena compañera. Era alegre, relativamente, o por lo menos más que las otras. Su fisonomía pícnica era favorable a esa característica. Los demás la llamaban *Laly*, pero a mí no me salía. El nombre se me quedaba corto para su excesiva redondez. Nunca antes había observado nada que me hiciera predecir ese mal gesto. Lo cierto es que me dejó helada y preocupada. Sabía que no auguraba nada bueno. Quise pensar en ello, pero las tareas urgentes que tenía que atender me distrajeron por el momento. Hacía poco que nos habíamos trasladado a las dependencias que habían albergado los Talleres Municipales, tras una pequeña remodelación, y combinaba la atención a las mujeres maltratadas con la organización de mi despacho.

La decisión de instalar allí los Servicios Comunitarios la había tomado la concejala de Bienestar Social, Alda Blanco Moreno (En realidad su nombre era Romualda, pero a ella no le gustaba y dejó claro desde que juró el cargo que su nombre era Alda), de acuerdo con el concejal de Cultura. Por las mañanas estaba el personal de Bienestar Social y por las tardes, en las salas comunes, el personal de Cultura realizaba actividades, reuniones y diversos actos. Por eso se decidió bautizar aquel espacio con el nombre de Servicios Comunitarios, ya que con ese nombre se contentaba a las dos concejalías

Alda tenía su despacho en el ayuntamiento, en la plaza Mayor. Al principio de su mandato había habilitado una planta baja cercana al ayuntamiento para albergar los servicios de su concejalía, pero había quedado pequeña para todos los recursos que se habían ido creando. Por ello decidió que La Unidad de Atención a las Mujeres Maltratadas, los servicios para la Tercera Edad y otras atenciones de índole social se instalarían en el lugar que habían ocupado los Talleres Municipales, aprovechando que ese recinto había sido abandonado para ocupar unas nuevas instalaciones más acordes a las nuevas necesidades en las cercanías de la Policía Local. El terreno adquirido a los herederos de los Solana daba para ambos servicios.

A Alda no solo le gustaba el lugar porque era céntrico, todo era planta baja y disponía de un amplio patio central que se prolongaba en el lateral izquierdo, atravesando la zona de aparcamiento rodeando

el edificio, sino porque estaba cerca del Albergue de Transeúntes, en un ala de la propia estación de autobuses, y ello daba una cierta unidad a su concejalía. Además, el nombre, Talleres Municipales, según nos dijo, le sugería trabajo, entrega y dedicación y podía servir tanto para las funciones manuales como las de tipo intelectual. El personal de antes trabajaba, preferentemente con sus manos y el de ahora sobre todo con la cabeza. Ambos, a fin de cuentas, tenían como objetivo crear y arreglar desperfectos.

Una vez que todas las carpetas y los libros estuvieron colocados conseguí apartar por un tiempo de mi mente el desaire de Eulalia y me senté un momento para tomar un respiro (estábamos en agosto y el calor húmedo, pese a los ventiladores, era mortal). Pero enseguida volví a dar vueltas al asunto. Quise adivinar a qué se debía y no encontré la razón. En las últimas semanas le había notado cierto malhumor, al que no había concedido ninguna importancia. Pero a la vista de los hechos era obvio que yo tenía algo que ver. Entonces recordé que me había dicho una mañana, mientras tomábamos café, que estaba segura de que yo había influido en la decisión de la concejala de trasladarnos a los Talleres. Desde luego no había sido así, pero que lo pensara me daba una pista de por dónde venía su descortesía. Ella vivía cerca del ayuntamiento. Le era muy cómodo el acceso a su casa ante cualquier necesidad. Deduje que esa podía ser la razón y decidí olvidar el incidente, aunque no conseguí apartar la sensación de desasosiego, el mismo con el que oí pronunciar mi nombre a continuación.

—¡Ágatha! —Era Presente, el conserje. Un hombre de unos 37 años, con el pelo prematuramente cano, aunque abundante y más enjuto que delgado, que se ocupaba de recibir al público y orientarle, según lo que demandaba, a un despacho u otro, amén de pasar las llamadas. Su nombre completo era Presentación, pero a él le sonaba muy femenino y en cuanto tuvo uso de razón impuso que se le llamara Presente. No solía acercarse a avisar en persona. Algo ocurría.

—Pasa Presente. Dime —le apremié.

—Ha venido doña Alda y he oído que quiere verte. He querido avisarte —me dijo dándose importancia.

—Gracias, Presente. Pero —continué— ¿por qué no me has avisado por teléfono?

Está hablando con las otras y he visto caras muy serias.

Las otras eran mis compañeras. Ocupaban la parte derecha del patio, donde anteriormente estaban las oficinas administrativas. Antes constaban de dos despachos, pero ahora se habían convertido en una única sala, de modo que el espacio que ocupaba el primer despacho ahora era la recepción (donde estaba Presente, el conserje) y el segundo la sala de espera. Disponía todo el espacio de dos ventanas

que daban a la calle Andrómeda. A su vez esta sala comunicaba con una de mayores dimensiones, que había albergado las bombetas de saneamiento, donde ahora se habían instalado todos los servicios de la Tercera Edad, incluido el de atención domiciliaria, de los que se ocupaban Eulalia y Remedios. Esta sala estaba ensamblada a los dos despachos que habían sido de semáforos y ahora los ocupaban sendas Trabajadoras Sociales: Ana y Elvira, que atendían diversas problemáticas.

Yo estaba en el ala izquierda, que arrancaba con un recinto donde anteriormente había estado fontanería y que ahora era la oficina administrativa, de la que se hacía cargo Carmela Díaz Asensi, una mujer de unos cincuenta años, que casi siempre llevaba un moño bajo y tenía un aire a la década de los sesenta. También conectaba esa oficina con mi despacho (aunque la puerta solía estar cerrada para preservar la intimidad), que había albergado el taller de pintura y que conectaba con un aseo y una habitación que me servía como archivo. Presente tendía a ser un poco melodramático, así que no hice mucho caso a su advertencia y me dispuse a mejorar el orden y el aspecto de mi despacho, por mí misma y para que Alda pasara revista y diera su aprobación. Entró como un torbellino.

—¿Pensabas que no me iba a enterar? —dijo por todo saludo.

—Perdón… —balbucí—, buenos días.

—Buenos días —dijo escuetamente y continuó—: Que si pensabas que no me iba a enterar de la bronca que tuviste el otro día con uno de los maridos de las mujeres que atiendes y que casi te agrede aquí mismo.

—No fue para tanto… —quise aclararle—, pero me interrumpió.

—Que no fue para tanto y se enteraron hasta en Bomberos. Mira, Ágatha, no te hagas la valiente, que yo no me quiero desayunar con el *Noticiando*[1] metiéndome en un lío por no preservar la integridad de mi gente. Te lo advierto —me dijo enfatizando la voz—, aunque no esté aquí me entero de todo. Procura no hacerte la Juana de Arco. Ya he hablado con tus compañeras y ahora te lo digo a ti: van a mandar un policía para que se ocupe de la seguridad. Y no me digas lo que ya sé: que si eso intimidará a la gente, que si sois un servicio de atención de necesidades sociales y hay que quitar todo aspecto de cuartel… Esas milongas ya me las conozco, pero no voy a ceder. Ahórrate tu expresión de buena y seductora, que no va a funcionar. El lunes tendrás aquí un policía, y aunque tiene orden de vigilaros a todas, he dado órdenes de que, especialmente —dijo esta última palabra con retintín— te vigile a ti ¿entendido?

—Pero Alda… —quise rebatir.

Sin embargo, no hubo manera. Estiró el cuello como solía hacer cuando sacaba su vena autoritaria, que siempre remarcaba con su

vestimenta formal de traje y chaqueta y tacón alto, y me dejó claro con la mirada que mejor no dijera nada. Alda tenía unos cuarenta y tres años. Era morena, de complexión fuerte y se mantenía en forma. Tenía unos ojos oscuros muy vivos y fama de tener mucho carácter.

—Que te he dicho que no insistas. Ah, y, por cierto, ve buscando un chiringuito en Tabarca, restaurante o como le llamen, que quiero hacer una excursión con las directivas de los Clubs de jubilados para agradecerles su labor desinteresada. Y de paso una ruta para entretenerles. Ya sabes…

—Alda, pero de eso se tendrían que ocupar Eulalia o Remedios —empecé a argumentar, pero me cortó enseguida.

—Vamos, Ágatha, que todos sabemos que eres de allí ¿Qué te cuesta organizarlo a ti?

—Soy de allí y lo haré con mucho gusto, pero sabes que me fui a Ibiza siendo muy pequeña... y que se pueden molestar Laly y Reme… —No pude terminar de decir el nombre.

—Pues por eso. Eres de allí y las islas son lo tuyo. Perfecto. He de irme. Y cuéntame tú las cosas, que sabes que acabo enterándome.

—Está bien. Me ocuparé de todo —asentí resignada.

Y resignada es como me quedé, además de preocupada. Eulalia tenía, a partir de ahora, un motivo más para tenerme inquina. Pensé que quizás no fuera tan mala idea tener un policía cerca.

II

Quise saber algo de los Servicios Comunitarios esos antes de presentarme allí el dieciocho de agosto, pero no conseguí averiguar mucho: que si era un tema de la concejalía de Alda Blanco Moreno, que si allí se habían ido unas trabajadoras sociales. Poco más. Reconozco que el domingo, previo al lunes del traslado, me sentía nervioso. Para distraerme pensé en repasar una de las novelas de Marcial Lafuente Estefanía. Fui a la librería del salón donde guardo todos sus títulos y me puse a mirarlos. Los ojos se me fueron a *La gran sorpresa, Supremo desafío*, *La última aventura* y *Nunca más se supo de él*. Cuando las tuve en mis manos, dispuesto a seleccionar una, me di cuenta de que todas ella se ajustaban a mi momento presente. Indudablemente me esperaba una sorpresa, que no dejaba de ser un desafío y tal vez fuera mi última aventura, tras la cual, probablemente, no se volviera a saber nada más de mí.

Quedé confuso por la coincidencia y no sabía muy bien qué sentir y cómo tomármelo, así que escogí tres libros más al azar impelido por una fuerza superior a mí que posiblemente venía del impacto que me

había causado mis elecciones. Cuando los tuve en mis manos miré los títulos uno a uno: *Un vaquero aplicado*, *Una oportunidad* y *Al fin llegaste Monty*. Parecerá una tontería, pero este juego que jugué sin proponerlo me animó mucho. No leí nada, pero me quedé pensando que tal vez hiciera un buen papel como policía aplicado y que posiblemente era una oportunidad y… siendo muy optimista, igual a alguien le alegraba que llegara.

Me levanté más temprano que otras veces y tomé un desayuno ligero: café y tostadas con aceite, sentado en la pequeña mesa redonda de la cocina donde desayunaba y cenaba, sobre todo, ya que las comidas, entre semana, solía tomarlas en una taberna cercana a mi casa. Tenía puesto un mantel de hule con dibujos de girasoles para poder limpiarlo bien con agua y jabón sin necesidad de pasarlo por la lavadora. Apoyé los codos en la mesa mientras sorbía el café y miré por la ventana como las luces del día se abrían paso en esa mañana que prometía ser tan calurosa como las anteriores. No era un calor corriente sino ese calor húmedo que te hace sudar al menor movimiento. Cuando terminé procuré arreglarme lo mejor posible para causar buena impresión. Me duché y me afeité con cuidado, incluso me perfumé con una colonia que me había regalado por Navidad mi hijo Samuel cuando vino desde Madrid, donde estaba a punto de terminar arquitectura. Solía bajar a Albovar por esas fechas para que yo no pasara solo las fiestas, ya que soy viudo y él es mi único hijo. Me miré al espejo antes de irme y contemplé mi reluciente uniforme azul. Esbocé una sonrisa y me dije: «ánimo vaquero, vamos allá».

Por fuera los Talleres Municipales estaban como yo los recordaba. En el pasado había ido a menudo cuando había que rotular algún coche o moto nueva de la flota de la Policía Local. Me solían enviar a mí porque soy minucioso y detallista y me fijaba bien en que la rotulación estuviera perfecta.

Aparqué mi Peugeot, entrando a mano izquierda, donde la parra que daba sombra a los coches había crecido y ahora era más amplia y frondosa. Enfrente estaba el jazmín rebosante de flores blancas olorosas. Al bajar del coche me desplacé hasta el final del aparcamiento y contemplé la exuberante higuera que daba sus buenas brevas en junio por San Juan y sabrosos higos en otoño. Tras lo cual volví sobre mis pasos y me encaminé al ala izquierda donde supuse que estaba la oficina de recepción. Me salió al paso un hombre delgado. Me dirigí a él.

—Buenos días, soy Fidel Arias y busco a doña Ágatha… —Miré el decreto que llevaba en la mano y busqué los apellidos que, con el nerviosismo, se me habían borrado de la mente—, doña Ágatha Leoni Ruso.

—Buenos días, yo soy Presente el conserje. Sí, me ha dicho que esta mañana vendría un policía. Un momento, que ahora la aviso.

Oí cómo marcaba unos números en el teclado del teléfono y mirando el techo dijo:

—Ágatha, el policía ha llegado. —Se quedó en silencio mientras parecía escuchar, después me miró y señalando enfrente de donde estábamos me dijo:

»Entre por esa puerta y una vez dentro, a la izquierda, está su despacho. —Noté que me miraba de arriba abajo.

—Muchas gracias.

Definitivamente su expresión no concordaba con la que yo hubiera esperado: *Al fin llegaste Monty*.

Hice lo que me indicó, y cuando llegué a la puerta di dos golpes con los nudillos de mi mano derecha y pregunté:

—¿Se puede?

Una voz juvenil me dijo que pasara, y al hacerlo vi que detrás de una sencilla mesa blanca estaba ella de pie. Lo primero que vislumbré fue una larga melena morena, que me pareció que brillaba y una figura estilizada. Me tendió la mano y yo se la tendí también, y entonces vi el color verde oliva de sus ojos.

—Hola Fidel, le estaba esperando —me dijo con una voz cantarina al tiempo que me tendía la mano y me pedía que me sentara, mientras lo hacía ella.

—Buenos días —le respondí, tras una ligera pausa en la que sentí la calidez de su mano—. Me han indicado que me presentara ante usted.

—No me llames de usted. Vamos a ser compañeros. Tutéame y permíteme que lo haga yo también.

—Sí, sí..., claro —contesté un tanto aturdido, porque en tantísimos años con Andrés Navarro nunca me había permitido hablarle de tú. Claro que aquello era el Cuerpo de la Policía Local. Era evidente que mi vida laboral empezaba a cambiar. Y ese había sido el primer síntoma. Ella continuó hablando mientras me miraba con franqueza.

—Bienvenido Fidel. Me alegro de tenerte con nosotros. Nos acabamos de trasladar, quizá lo encuentres aún un poco desorganizado porque estamos combinando el traslado con la atención al público. Espero que estés a gusto aquí. Doña Alda nos ha informado de que te ocuparás de velar por nuestra seguridad. En realidad, no suelen haber incidentes, pero es verdad que yo, al atender a mujeres que sufren malos tratos, estoy un poco más expuesta. Los maridos maltratadores o parejas, vaya, para los efectos es lo mismo, quieren sonsacarme dónde están las casas refugio y a veces se enfurecen. Son los momentos más tensos y agresivos, por lo que han decidido que

contemos con usted, perdón, contigo. Pero no te preocupes, normalmente los días son tranquilos. Si me lo permites te mostraré los despachos y te presentaré a mis compañeras. A Presente ya lo conoces y ya sabes dónde está. He pensado que en ese mismo despacho puedes acomodarte cuando no necesites estar por las dependencias. Hay espacio suficiente para los dos y aparte de la mesa y la silla de Presente hay un cómodo sillón de escritorio sin ruedas que puedes usar.

—Muchas gracias, señorita Ágatha —dije mientras me levantaba al ver que ella lo hacía.

La seguí mientras pensaba que ella sí que se alegraba de que hubiera llegado *Monty* y eso hizo que me relajara. Iba delante de mí y pude ver su cabello oscuro moverse al vaivén de sus pasos sobre una blusa sin mangas de color beige con pequeños lunares blancos. Al salir accedimos a una sala por la que acababa de entrar a su despacho, que en esos momentos estaba vacía. Recordaba que antes había sido la zona de carpintería y ahora se destinaba, según me dijo, a sala de reuniones, actividades culturales y cualquier acto que requiriera congregar a algún colectivo, normalmente por las tardes, lo que me hizo suponer que en ese horario habría otro conserje diferente a Presente. A su vez conectaba con otra sala más que antes había sido cerrajería y torno y que acogería en el futuro, según me informó, a otras profesionales, si se ampliaba la plantilla. A su vez esta se unía con dos estancias que se destinaban a almacén y archivo. Si la memoria no me fallaba eran las que antes habían ocupado vestuario y la fragua, pero no se lo pregunté para no distraerla y para no parecer entrometido.

Fui asintiendo a todo mientras miraba lo que me iba mostrando y aprecié con agrado que el blanco de las paredes daba una sensación agradable de luz y que el suelo, hecho de parmesano de cemento, le daba al conjunto un aire austero y de permanencia, como si quedara en el ambiente una huella del tiempo y de lo que había sido aquello.

—Como verás, Fidel, en esta zona solo estamos la administrativa y yo. Por eso, quizá, quieran que estés más pendiente de mí, aunque ya te digo que no te preocupes, que seguro que irá todo bien.

—Sí, sí, claro, seguro —le contesté. Creo que ella percibió que lo mío no era la acción y el desenfunde rápido de la pistola o la porra e intentaba tranquilizarme.

Me condujo a través del patio al ala derecha, donde estaba el acebo que plantó Gregorio, un oficial de Talleres una Navidad, según me habían contado, y que había crecido una barbaridad desde entonces. Allí estaba el resto del personal. En la primera sala que habían repartido en dos estancias estaban Eulalia y Remedios, de aproximadamente la misma edad que Ágatha y que llevaban Tercera

Edad y en la segunda sala estaban Elvira y Ana, que atendían otros problemas sociales. Noté que no me miraron con la calidez con que lo hizo ella cuando me vio y les noté un cierto aire de desconfianza que no supe a qué se debía. Vestían de un modo descuidado, algo *hippy*, aunque sin flores ni cintas en el pelo, pero sí un cierto aire descuidado. Y de allí me llevó a la oficina, que estaba al lado de su despacho donde había una mujer de mediana edad a la que me presentó como Carmela Díaz Asensi, que vestía de un modo más formal y acorde a su edad. Llevaba gafas de ver de cerca que sujetaba con un cordón enganchado a ambas patillas. Me miró por encima de sus lentes y esbozó una muy, pero que muy leve sonrisa.

Ágatha me mostró, finalmente, dónde estaban los aseos, separados de las dependencias y colindantes con Bomberos, como antaño, y ya se despidió de mí. Me dijo que no dudara en acudir a ella ante cualquier duda y me deseó buena suerte. Yo le agradecí su atención y le dije que igualmente contara conmigo y que estaba a su disposición.

Íbamos ya a separarnos cuando advertí el motor de un coche, un ruido conocido. Ágatha también se detuvo y los dos miramos en dirección a la puerta por donde vimos entrar un coche patrulla de la Policía Local. Me costó creer lo que estaba viendo. Por la puerta izquierda vi descender a Arturo Domínguez. «¿Qué le traerá por aquí?», me pregunté. Noté que me cambiaba la expresión de la cara porque fui consciente de que fruncí el ceño. Todo lo que venía de Arturo me producía resquemor y desconfianza.

Vi cómo se acercaba a nosotros y cuando aún estaba a dos metros dijo con tono jocoso:

—Hombre, Fidel, qué bien acompañado te veo.

No contesté y tampoco lo hizo Ágatha. Cuando estuvo a dos palmos de distancia preguntó casi sin mirarme, pero escudriñándola a ella:

—¿No me vas a presentar?

—Claro, es Ágatha, mi nueva jefa —dije señalándola con deferencia. Luego añadí, señalando a Arturo sin más—: Ágatha, él es Arturo Domínguez, un compañero.

—Encantada —dijo educadamente ella.

—Así que tú eres la que lleva lo de las mujeres que dicen que les pegan sus maridos.

—Lo dicen porque es verdad.

—Bueno, Bueno… Ya será menos —dijo él, como jactándose—. Y a los hombres maltratados ¿qué? ¿también los atiendes?

—Si fuera el caso y vinieran, por supuesto.

Yo los observaba y no sabía adónde quería ir a parar Arturo ni qué pretendía, pero estaba claro que estaba creando una situación

incómoda.

—¿Y dónde están esas casas donde las escondéis?

—Como comprenderá la ubicación es secreta —contestó Ágatha en tono serio.

—Bueno, me acabaré enterando. Si tenéis que hacer un aviso no lo haréis a los de alumbrado. Tendréis que llamar a la policía.

—La policía ya tiene las instrucciones de cómo actuar y entre ellas se encuentra la de no revelar la ubicación de las casas.

—O sea, que me acabaré enterando —dijo con cara de sorna que ni a mí ni a Ágatha nos pasó desapercibida.

—Me largo, ya tendréis noticias mías —dijo por toda despedida y se dio media vuelta.

Noté que Ágatha se quedó de piedra. Estaba claro que no le habían gustado los modos de Arturo. Yo deseé que nunca más volviera a atravesar esa puerta enrejada y aparcar el coche bajo la hermosa parra. Aunque en el fondo sabía que no iba a ser así. Arturo estaba tramando algo y lo que fuera sabía que no sería nada bueno. Y de eso tenía total certeza.

Antes de encaminarme hacia la recepción, donde estaba Presente, y mientras Ágatha se dirigía a su despacho acerté a ver que Eulalia, Remedios, Ana y Elvira habían tomado nota de la escena.

Beta

Hubiera preferido no saber quién era ese Arturo Domínguez. Representaba todo lo que no me gustaba de los hombres: una actitud jactanciosa, de superioridad. Me pareció un hombre provocador, y no acertaba a saber a qué había venido, pero no me había gustado nada. Además, vi a Fidel muy incómodo. Me dio cierta ternura verle tan apurado ante la actitud de su compañero. Yo diría que se le veía avergonzado. Pero, como de costumbre, no podía dedicar mucho tiempo a disquisiciones que no fueran del trabajo. Alda, o no la conocía, o no tardaría en darme un telefonazo o presentarse directamente para ver cómo iban los preparativos para la excursión a Tabarca. Ella no se daba cuenta, pero a mí me ponía en un compromiso. ¿Qué le costaba encargársela a Eulalia o a Remedios, o a ambas? Y lo de Fidel… ¿Hacía falta decir que lo traía sobre todo por mí? Yo ya estaba notando, aparte del gesto de Eulalia de quitarme la cara, que Elvira parecía más fría y distante. Iba percibiendo una cierta animadversión que intuía no iba a conducir a nada bueno.

Es cierto que soy de Tabarca. Adoro esta isla plana y mi origen. Mis antepasados proceden de una colonia de genoveses y ligures que partieron de Pegli, un pueblo del Golfo de Liguria (que ahora es un barrio de Génova) para establecerse en el islote tunecino de Tabarka. Esta colonia acabó siendo prisionera del rey de Túnez, Ali I bey en

1741, para, posteriormente, pasar a ser cautiva de Argelia. El rey español Carlos III redimió a aquellos genoveses y los condujo a Alicante y desde allí, en 1769, a la isla plana o de San Pablo, que estaba deshabitada, y a la que denominaron Nueva Tabarca. Mi más remoto antepasado era Juan Leoni, que fue gobernador de la Tabarka de Túnez y que formaba parte del conjunto de los rescatados junto con su familia.

Allí pasé los primeros años de mi vida, junto a mi hermano Juan, dos años mayor que yo, y al que le pusieron ese nombre por el gobernador que siempre creímos era antepasado nuestro, hasta que mis padres, en los años sesenta, decidieron abandonar la pesca y cambiar de isla, como otros cambian de ciudad interior, por ellos y por nosotros, para que pudiéramos vivir con algunas comodidades que Tabarca no ofrecía y para que pudiéramos estudiar y preparar nuestro futuro. Vendió nuestra casa a un arquitecto de Madrid, y como estaba en un lugar muy privilegiado resultó una buena venta que nos posibilitó el traslado. De ese modo fuimos a parar a Ibiza donde abrimos una tienda de comestibles, en la calle de Sa Creu, cercana al puerto, con nuestros apellidos: "Ultramarinos Leoni Ruso". La verdad es que tuvo éxito. Los ibicencos decían directamente "vamos al Leoni Ruso", y allí se surtían de todo lo necesario para abastecer a sus familias, ya que, aparte de comestibles, ofrecíamos otros productos para el hogar.

Así que pensé: «lo siento por ellas, pero lo bueno de esta fijación de Alda por meterme en todos los fregados que tienen que ver con Tabarca —esta excursión no era su primera idea— es que me brinda ocasiones de oro para coger de nuevo el barco, sentir la brisa marina en mi cara y adentrarme por los rincones de mi infancia: *La cova del Llop Marí*, la zona despoblada de *El Campo* donde se encuentra el Faro y la Torre de San José, la zona poblada al norte, la playa al sur, los pequeños acantilados… Pero, sobre todo, el barco». Para mí subirme a un barco es encontrarme con mi esencia, la sensación de movimiento; avanzar sintiendo que el viento me acaricia la cara sin dejarse ni un resquicio, mientras el olor del mar se cuela hasta la entraña dejando sabor a epopeyas remotas y a auroras de rosados dedos, como decía Homero. Eso no se siente cuando caminas por tierra, a menos que haya un gran vendaval, que nunca es ni será lo mismo. Sé que cuando digo esto me miran raro porque lo normal es marearse en barco. A mí no me pasa. El balanceo me hace sentir más viva.

De todas formas, decidí dejar para cuando llegara a casa la planificación de una escapada el próximo fin de semana, el veintitrés o el veinticuatro de agosto, para así dejar organizada la tarea encomendada por Alda. Por lo que, tras comprobar que Presente estaba poniendo al día a Fidel y que, aparentemente, estaba todo en

orden, entré en mi despacho para terminar los últimos detalles. Solo me faltaba la decoración.

Me gustaba que el despacho que me habían asignado coincidiera con el antiguo taller de pintura. Tenía previsto decorarlo con unas láminas de algunos de mis cuadros preferidos y me pareció muy oportuno que el espacio que había albergado esmaltes, barnices, marcos, tinturas, brochas, etcétera —y cuyos olores si me esforzaba podía percibir— acogiera ahora obras maestras de la Historia del Arte.

Había traído las láminas esa mañana y unas chinchetas para colocarlas. En la pared que estaba a mi espalda tenía claro que pondría *El embarco de Santa Paula en el puerto de Ostia*, de Claudio de Lorena, que había adquirido hacía dos años en el Museo del Prado junto con el catálogo de la exposición "Claudio de Lorena y el ideal clásico de paisaje en el siglo XVIII", que tuvo lugar entre abril-junio de 1984. El motivo de la pintura es el viaje que Santa Paula realizó desde Roma a Tierra Santa en el año trescientos ochenta y cinco para reunirse con San Jerónimo. Claudio de Lorena pintó el instante mismo de la partida, donde se ve a la santa conducida por su vástago más joven hasta el ligero esquife ahogando la pena que le produce abandonarle. Sus tres hijas, Paulina, Eustoquia y Rufina, sí que la acompañaron en el viaje.

En la antigüedad, a Tabarca la llamaron Planesia, Planaria e isla Plana. Más tarde, en el siglo XVII, isla de Santa Pola o Santa Paula (según el documento cartográfico *Nova et accurata Tabula Hispaniane*), antes de la denominación actual de Isla plana o Nueva Tabarca. Para mí tenía mucho significado, no solo porque la santa daba nombre a mi isla natal, sino porque estoy vinculada a las aguas desde que nací. Y para rematar, Claudio de Lorena es mi pintor favorito desde que lo descubrí en esa visita al Prado. Este cuadro en concreto fue el que más me impresionó por la luz y por la composición serena. Aún me recuerdo frente a él, sin poder apartar la vista, magnetizada por ese amanecer.

El catálogo que adquirí me ayudó a conocer su vida y este lienzo. Así supe que es una de las obras maestras absolutas del pintor, donde combina armónicamente arquitecturas monumentales con vegetación. Y todo ello ordenado de acuerdo con el foco de la lejana fuente de luz, que junto con el color fueron sus principales medios de expresión. Sobre todo, las posibilidades sugeridas por la luz matinal y vespertina, cuyo contraste fundamental persistió a través de toda su vida.

Posteriormente me enteré de que Dalí fue un gran admirador de esta obra de Lorena, y para homenajearle pintó el cuadro *La mano de Dalí levantando el toisón de oro en forma de nube para mostrar a Gala la Aurora desnuda, muy, muy lejana, detrás del sol*. El poster de esta obra lo adquirí en el Teatro Museo de Figueres, donde se encuentra. Así que

ambas láminas, la de Lorena y la de Dalí, estarían a mi espalda, una al lado de la otra.

En la pared de mi derecha (la izquierda para los que acceden al despacho) pondría *Judit decapitando a Holofernes* de Artemisia Gentileschi. Esta lámina es un regalo de mi amiga Carlota, que me la trajo de Florencia tras comprarla en la Galería de los Uffizi donde se encuentra la obra. En ella veo la fuerza femenina, la que necesitan las mujeres que atiendo para superar sus traumas y sus dependencias emocionales dañinas y afrontar de nuevo la vida. Tarea nada fácil. Por eso nos esforzamos, tanto las gobernantas de las casas refugio, Merche, Laura y Blanca, como yo misma para tratar de infundirles esa fuerza y liberarlas de un pasado de dolor.

Artemisia, hija del pintor Orazio, que fue compañero de Caravaggio, también vivió el horror. Fue violada por su profesor de pintura Agostino Tassi a los 17 años, en 1610. Un año después, tras superar la vergüenza, presentó denuncia y prestó declaración sometida a tortura. Le enrollaron con una cuerda los dedos que una guardiana iba apretando cada vez más, produciéndoles un gran dolor. Finamente Tassi fue declarado culpable y condenado al exilio, pena que nunca cumplió. Artemisia buscó en el arte su propia superación y redención. Pintó escenas del Antiguo Testamento en las que las mujeres impartían la justicia que no hallaban en el mundo. En la pintura de *Judit decapitando a Holofernes*, ella no es una víctima pasiva, sino que actúa. Es la actriz principal. Es la ejecutora de su venganza.

Precisamente Claudio de Lorena fue alumno de Agostino Tassi y se convirtió en su ayudante. Esto sucedió cinco años después de que Tassi violara a Artemisia Gentileschi. No hubiera soportado que Claudio de Lorena hubiera sido testigo mudo o cómplice de la fechoría de Tassi. Siempre me he preguntado qué pensaría Lorena de su mentor, si, como imagino, conoció la agresión que infligió a Artemisia.

En esas estaba cuando se asomó Fidel por la puerta que tenía abierta.

—Señorita Ágatha, hay una mujer con tres niños en la puerta que dice que necesita auxilio. Lleva unos bultos a modo de equipaje.

—Gracias Fidel. Voy a su encuentro. Aunque si ha venido con niños estoy por decirle que, si no le importa, elija unos juguetes de la sala pequeña del fondo y déjelos en la más grande para que se entretengan mientras hablo con su madre. Y si no es mucho pedir esté un poco atento a ellos para que no se escapen o pase algo. Muchísimas gracias.

—Sin problema, señorita Ágatha.

Mientras le hablaba a Fidel iba dándome cuenta del papel tan bueno que haría este hombre. A buenas horas podría haberle pedido eso a Presente. Le habría faltado tiempo para decirme que entre sus

funciones no estaba la de niñera, que si a él no le pagaban por esto ni por lo otro… ¡Uf! No podía con esas proclamas. Me superaban. Sin embargo, Fidel accedió de tan buena gana que me dieron ganas de echarme en sus brazos y besarle en la frente. Y debió resultar evidente porque me miró entre asustado, complacido y prohibidor. Una mezcla que se me antojó curiosa y sorprendente.

Retiré los posters, las chinchetas, adecenté mínimamente el despacho y me fui al encuentro de la mujer que me esperaba en la puerta. Mientras atravesaba el patio pensé que Alda había tenido una buena idea: que la estación de autobuses estuviera tan cerca ahorraba a las mujeres que no eran de Albovar el calvario de preguntar, desplazarse y vagar por una ciudad desconocida, mientras que para las que vivían en Albovar era una referencia sencilla.

El panorama que me encontré no fue diferente al de ocasiones anteriores: Cara de susto y sufrimiento en la madre; niños con expresión un tanto ausente y aspecto poco cuidado. Un cuadro que bien podría haber pintado Murillo.

Hacía muy poco que habíamos abierto la Casa Refugio. También fue cosa de Alda pedir un porcentaje de viviendas de las promociones que hacía el MOPU[2] para fines sociales. Cuando me lo dijo recordé un artículo que leí hacía unos años sobre Centros de Acogida para mujeres maltratadas, en el *Reader's Digest*. En Estados Unidos se habían creado en 1982 trescientos centros de acogida y se había reconocido el "síndrome de la mujer maltratada" dentro de la Clasificación Internacional de Enfermedades. Las Casas de Acogida para mujeres maltratadas se expandieron rápidamente por toda la nación desde la movilización contra la Guerra de Vietnam. Las Agencias estatales, federales y locales del Estado de Bienestar comenzaron a hacerse cargo y a financiar estos centros.

Fue entonces cuando le propuse a Alda que abriéramos una casa en Albovar. Por entonces ya había detectado historias terribles en mujeres que atendía, pero no había nada que pudiéramos ofrecerles. Vi una ocasión de oro, y por suerte a Alda le pareció bien. No me puso ni un pero. Yo no daba crédito a que tuviera tan buena suerte. Así fue como nuestro municipio fue uno de los primeros en contar con ese valioso recurso.

Me dirigí a la mujer y tras saludarla le pedí que me acompañara. Fidel, como si tuviera un libro de instrucciones nos siguió a una distancia prudente y se apreciaba que estaba pendiente de los niños. Tras pedirle permiso a su madre se los llevó consigo a las salas del fondo y los engatusó con unas golosinas que llevaba consigo. Me quedé sin saber si las llevaba siempre o es que era vidente y adivinó que le harían falta.

La mujer, apenas se vio conmigo a solas rompió a llorar. Tenía

treinta y pocos años, iba poco arreglada y con el pelo descuidado. Estaba claro que no dedicaba tiempo a sí misma. Dejé que llorara tranquilamente; era lo mejor que podía hacer. Tenía que vaciar su dolor antes de contarme su historia. Cuando empezó me miró a los ojos. Creo que quiso calibrar si merecía su confianza. Después miró aturdida las cuatro paredes del despacho y yo lamenté no haber tenido tiempo de colgar mis láminas y que el espacio pareciera más acogedor.

—Pase y siéntese. Me llamo Ágatha. ¿Y usted? —le pregunté tendiéndole la mano.

Me miró como avergonzada; sujetaba el bolso sobre las piernas, como abrazándolo. Tenía la cara congestionada.

—Me llamo Esmeralda. He venido porque ya no podía más. Mi marido, Ricardo, está en la cárcel. Mis dos hijos mayores son de él: María de ocho años y Javier de seis. El pequeño, Alfonso, tiene dieciocho meses, es de Mateo el hombre con el que vivo desde poco después de que metieran a mi marido en la cárcel. No sé adónde ir. —Pese a su aparente debilidad tenía una voz fuerte.

—Cuénteme qué ha ocurrido —le dije en un tono suave pero que denotaba interés.

—Me han pegado los dos. Bueno, pegar es poco. Me han tratado como una basura. Mis pobres niños han visto de todo. Ya no puedo más. Me dijeron que viniera aquí porque ayudaban a mujeres en mi situación y me vine sin pensar, aprovechando que Mateo había ido a Callosa de Segura a ver a su madre que se ha caído y le han escayolado una pierna. Cada vez que he querido irme y él me ha descubierto la paliza ha sido mayor que la anterior. No sé cómo he reunido fuerzas esta vez.

Cuando terminó de contarme su historia intenté tranquilizarla. Le conté lo que podíamos ofrecerle en la Casa. Ella aceptó y le abrí una carpeta con su nombre para el registro habitual. Después llamé a la Casa Refugio. Por suerte teníamos sitio. Se puso Merche.

—Merche, acércate a Talleres. Tenemos una mujer, una niña de ocho años, un niño de seis y un bebé de dieciocho meses.

III

Cuando supe que de aquel coche patrulla saldría Arturo sentí llamas en el estómago. De haber estado en el Oeste habría desenfundado mi revolver y habría apuntado directo a su sien: «*¡Lárgate forastero!* —Le habría espetado—, *o saldrás con los pies por delante de este rancho donde nada tienes que hacer*».

Todo había ido bien hasta el momento en que vi su careto. Me

gustaba cómo habían quedado los Talleres con esta remodelación. Tenía todo un aspecto distinto. Se veía un aire nuevo; no sé… una limpieza especial. La higuera y la parra estaban preciosas, con un verde reluciente, y el acebo que plantó Gregorio una Navidad estaba muy crecido. Tuvo una gran idea al plantarlo allí en vez de tirarlo, como se solía hacer después de Reyes con los abetos y los pinos.

Ágatha me gustó. No me atreví a mirarla directamente. Reconozco que me imponía un poco, y eso que era muy natural. Si me preguntaran no sabría qué decir de ella. Si intento recordarla me viene a la mente su melena morena y el verde oliva de sus ojos que me cautivó. Podría decir de ella que era alta y delgada y que vestía informal, con un estilo deportivo, diría yo. También podría hablar de su voz porque tenía un tono cantarín y alegre. Eso es, me pareció alegre y desenvuelta. Pero cuando se dirigió a Arturo le cambió el tono y la mirada. Aprecié que podía ser seria y cortante si se lo proponía. Pero no como Andrés Navarro. Había entrado en un reino muy diferente del que venía. Para empezar, se había acabado la máquina de escribir moderna, las multas y los partes de peleas e incidentes en las calles. Ahora tendría ocasión de tomar el sol que iluminaba aquel patio, porque tenía que estar atento a quién entraba y salía. Eso me hizo pensar que debería pasarme por la droguería de la esquina de mi calle, la calle Rosas, y comprarme una crema solar. Posiblemente, además, con los paseos arriba y abajo hasta podría adelgazar un poco. Estaba claro que me sentía optimista y solo veía ventajas a mi cambio de destino. Aunque, claro, era el primer día, me faltaba conocer a Presente, con el que compartiría espacio y, claro, también a las compañeras de Ágatha, a las que solo había tenido ocasión de ver fugazmente durante las presentaciones y cuando se fue Arturo.

Me quedé pensando en ese momento, «cuando se fue Arturo», y recordé que algo me perturbó. Fue muy fugaz, pero lo retuve. Me pareció notar que miraba a Presente y que este le hacía una señal levantando las cejas y realizando un ligero movimiento de cuello. Luego lo olvidé porque estuve pendiente de los hijos de una mujer que estaba atendiendo Ágatha. Estuve con ellos, entreteniéndoles. Si me hubieran visto Andrés o Arturo estoy seguro de que se habrían burlado de mí. La verdad es que estaba muy lejos de mi soñado papel de vaquero persiguiendo forajidos, pero me sentí útil y eso me satisfacía. Eso y ser *Un buen compañero*, como otra de las novelas de Marcial Lafuente.

Oí el motor de un coche y dejé un momento a los niños jugando para ver quién era. Me asomé a la puerta y vi un R-5 blanco del que salió una chica de pelo rizado y gafas. Vestía pantalón blanco marfil y una blusa de tirantes estampada con colores vivos. No pasó por

recepción para ver a Presente, sino que se dirigió con aire decidido a la puerta donde estaba yo. La saludé.

—Buenos días ¿qué desea?

—Hola, me llamo Merche, vengo a ver a Ágatha, soy una compañera.

—¡Ah! Disculpa, soy Fidel, me han destinado aquí —dije azorado y tendiéndole la mano que ella recogió.

—¡Ah, sí! Ágatha, nos avisó de que vendría un policía. ¿Está atendiendo aún?

—Sí, sí. Yo estoy cuidando a unos niños…

—Bueno, voy a saludar a mis compañeras. Dile, por favor, cuando acabe la entrevista, que ya he llegado,

—De acuerdo. No te preocupes —dije mientras ella ya daba unos pasos en dirección opuesta.

No pude evitar quedarme mirándola y concluí que, a excepción de Presente y Carmela, todas las chicas que estaba conociendo de esos Servicios Comunitarios eran más o menos de la misma edad, entre los veinticinco y treinta y pocos años. «¡Vaya cambio!», me dije.

Volví con los niños, pero al poco oí que se abría la puerta de pintura y la inconfundible voz de Ágatha. Me acerqué y le informé de que había llegado Merche. Me pidió, por favor, que fuera a buscarla. Así lo hice mientras ella se dirigía con la mujer a cerrajería y torno en busca de los niños. Observé que la mujer tenía el rostro más relajado. Diría, incluso, que la veía mejor peinada y arreglada. Podía ser. El despacho de Ágatha conectaba con el cuarto de rotulación y de ahí se accedía a un aseo privado. «Posiblemente rotulación le sirviera a Ágatha para disponer de un equipo de asistencia básica», pensé yo. No estaba seguro, pero me dio la impresión de que salió cambiada. También al haber un aseo al lado es posible que se hubiera arreglado un poco.

Fui en busca de Merche, como me indicó Ágatha. Se habían reunido todas con ella, a excepción de Elvira, que estaba atendiendo. Cuando me las encontré estaban poniéndose al día. Laly —a la que Ágatha llamaba Eulalia— le contaba a Merche lo pesado que había resultado el traslado. Lo cierto es que caía una buena solanera. Menos mal que cuando estaba por el patio tenía la sombra del acebo, la parra y la higuera. Bueno, era mi primer día. No podía estar muy seguro de cómo serían los demás días, pero pintaba que mucho rato sentado no iba a estar. Tenía que estar pendiente de muchas cosas, sobre todo de Ágatha. En aquella mi primera mañana, parecía que me prestaba atención y contaba conmigo. Solo era mi primer día, repito. Pero como dicen por ahí: “para muestra, un botón”.

Toqué a la puerta, que estaba entreabierta, y anuncié en voz alta mientras iba entrando:

—Merche, Ágatha ha terminado y me dice que puedes ir a su despacho.

—Me voy, chicas —dijo Merche cuando yo ya había entrado en bombetas y saneamiento.

Se despidieron quejándose del calor y Merche se encaminó hacía pintura. Yo salí tras ella y me fui a buscar la sombra de la higuera. Pero en el camino Presente me abordó.

—¿Se va ya Merche? —me preguntó con interés.

—Pues no estoy muy seguro, pero creo que sí porque ya ha acabado Ágatha la entrevista.

—¿Van a la Casa Refugio? —continuó preguntando.

—Sí… creo que sí. ¿Por…? —le contesté un poco sorprendido.

—Por nada. —Y se metió en recepción.

Acerté a ver por la ventana que descolgaba el teléfono y casi enseguida colgó. Me extrañó porque no había público a quien anunciar. Me quedé por el centro del patio, quizás por instinto, y busqué la sombra del acebo en lugar de la de la higuera.

Para cuando vi salir a Ágatha, Merche, los niños y a Esmeralda (así oí que Ágatha había llamado a la mujer que llevarían a la Casa Refugio), un ruido de motor distrajo mi atención. Era el mismo que había oído esa mañana temprano. Y supe que era Arturo. Solo que no salió del coche patrulla. Vi cómo arrancó de nuevo el motor y se dispuso a seguir al R-5 con el que había venido Merche a recoger a Esmeralda y sus hijos.

Instintivamente miré a la ventana de recepción y mi mirada se cruzó con la de Presente, que seguro que captó mi gesto sorprendido. En Presente vi una expresión complacida, incluso retadora. En mi cabeza la música de Ennio Morricone en *“El bueno, el feo y el malo”*. Fidel y Presente se conocían y estaban tramando algo. Algo que no sabía qué era y de lo que no podía alertar a Ágatha. Acababa de llegar. Tuve claro que mi enemigo no era solo mi compañero policía. Los tres, Fidel, Presente y yo estábamos más cerca de odiarnos que de cualquier otra cosa, pero estábamos en la misma película y el guion indicaba que debíamos colaborar. Era un libreto digno de Marcial Lafuente. ¡Oh! Cómo hubiera deseado ser el Sheriff, empuñar la Colt 45 dirigirme a ellos y exclamar: «*¡Alto, estáis detenidos en nombre de la Ley!*». Sí, ese fue el momento en el que empecé a saber con certeza, a pesar de que solo contaba con mi instinto de vaquero, que se estaba tendiendo un cerco a Ágatha.

Acabé mi primera jornada en los Talleres. Me despedí de Ágatha, de la que ya no solo retenía su melena negra y sus ojos oliva sino también su sonrisa, y me dirigí a mi Peugeot rojo. A Presente solo le hice un gesto con la mano, a modo de despedida, y me dispuse a volver a mi casa. Sintonicé la radio y busqué una emisora que emitiera

música. Necesitaba desconectar. Ya llegaría a casa y después de comer y dormir un rato me dedicaría a analizar el que había sido el primer día de mi nueva vida. Tenía la sensación de que esas siete horas habían sido más intensas que muchos de los años que había trabajado en la casa de los Solana. En la radio empezó a sonar Gabinete Caligari: "*Mozos ponga un trozo de bayoneta y un café, que a la señorita la invita Monsieur. Y dos alondras nos observan sin gran interés. El camarero está leyendo el "As" con avidez. Los bares, qué lugares, tan gratos para conversar. No hay como el calor del amor en un bar*".

Cambié de opinión. No iría a comer a casa. Me cambiaría de ropa e iría a la taberna Brillante cercana a la calle Rosas donde yo vivía. Me pediría un bistec con patatas, dos huevos fritos y una cerveza fría. Allí solíamos ir Amparo, mi mujer, y yo. La echaba de menos. Ya eran tres los años sin ella. Ágatha me la había recordado. Su larga melena me envolvía, como lo hizo en su día la de Amparo. «No hay como el calor del amor en un bar», pensé.

Gamma

Merche supo, en cuanto la llamé, que tenía que dejarlo todo y venir a Talleres. Era la consigna. No valía "estoy haciendo esto o lo otro". Cuando una mujer acudía a pintura y, si teníamos espacio para acogerla, eso se convertía en lo prioritario. Por suerte teníamos lugar para Esmeralda y sus hijos. «Es tremendo el calor para los malos tratos, exacerba los ánimos y conduce a más y peores agresiones», barrunté para mis adentros. El caso de Esmeralda me hizo reflexionar en cómo se siguen patrones. Ella ya había tenido una experiencia horrorosa, sin embargo, cuando se libra de su marido, al ingresar en la cárcel, y tiene una ocasión de oro para recomenzar su vida se une al poco tiempo con Mateo que viene a convertirse en más de lo mismo, y además tiene un hijo de él. El patrón básico era la baja autoestima. Eso es lo que todas las mujeres que había atendido tenían en común. Cuando te quieres poco aceptas cualquier cosa con tal de sentir unas migajas de cariño, aunque sea un cariño envenenado. Y ellos, ellos también tienen un patrón, en su caso de dominación machista. Es la manera de sentirse superiores, de tener control. En ambos confluyen historias de infancia carentes de amor que se vinculan desde sus vacíos y sus traumas.

Decidí que llamaría mañana a la Casa para decirles que iría un día de la semana próxima para comer con ellas. Era la manera que tenía de supervisar el trabajo de las gobernantas y de observar de primera mano la dinámica de mujeres, niños y trabajadoras. De paso me servía también para informar a Alda de cómo iban las cosas. El que hubiera creado una Casa Refugio (que en realidad eran dos

viviendas unidas) había levantado bastante expectación en la prensa y era habitual que la llamaran los periodistas o fueran a verla para que les hablara de ese problema. Lo cierto es que yo vislumbraba un cierto morbo y creo que no estaba equivocada. Estábamos desempolvando un problema oculto y eso generaba interés. Por otro lado, que la ubicación de la casa fuera secreta era un elemento de curiosidad más para las mentes retorcidas, como la de aquel policía que se había presentado esa mañana sin venir a cuento. Arturo, creo que lo había llamado Fidel. Por lo visto se conocían, aunque eso no era raro porque ambos pertenecían al *Cuerpo*.

Sonó el teléfono.

—Dime Presente —dije tras comprobar que la llamada venía de recepción.

—Ágatha, es Alda —me dijo con tono indolente.

—Pásamela —respondí.

—Dime Alda.

—¿Cómo llevas lo de Tabarca?

—Bien, he pensado ir a la isla este fin de semana y allí concertaré el restaurante. También reservaré billetes para el trayecto en la *Kontiki*, porque del autobús hasta llegar a Alicante me dijiste que te ocuparías tú, ¿no?

—Así es, tú solo hazte cargo del restaurante y de una ruta por la isla que incluya baño, que si no se nos asarán los abuelos. Oye —añadió—, ¿te han llamado de alcaldía?

—A mí no, ¿por qué han de llamarme?

—Te llamarán por lo de la inauguración de los Talleres y la Casa de Acogida —me dijo.

—Pero Alda… —me cortó al instante.

—¿Qué? ¿Ya vas a ponerme peros?

—No son peros, pero es que creo que eso debería de hacerlo jefatura o…

—¿Y eso no es un "pero"? ¡Venga Ágatha, que nunca me dices que sí a la primera! Y yo soy la concejala, soy la que manda. Parece que se te olvida.

—No se me olvida ni un minuto —repliqué—. Pero, mira, yo estoy notando a mis compañeras raras conmigo. Y creo que es porque me encargas a mí más cosas que a ellas.

—Tonterías, que se fastidien —dijo—. Si te lo encargo a ti es porque me fío más.

—Ya… y te lo agradezco, pero un día de estos me queman en la hoguera, esa que dices tú de Juana de Arco.

—No te preocupes que tienes a los bomberos cerca, ya les avisaré para que estén alerta, con tu amigo Francisco a la cabeza.

Se refería a Francisco Abellán, el jefe de Bomberos, a quién yo sí

conocía y apreciaba, como él a mí porque hacía un tiempo habíamos ido juntos a una casa en riesgo de derrumbe habitada por una familia gitana y congeniamos. Alda me había pedido que fuera con él y valorara la situación de la familia para ver qué solución podíamos dar. Desde ese día nos hicimos amigos

No podía con Alda. No sé ni por qué lo intentaba. Con este pensamiento fugaz me di cuenta de que casi me olvido de informarla del caso de Esmeralda.

—Bueno, otra cosa. Acabamos de ingresar a una mujer y sus tres hijos. De momento ya tenemos la casa llena. Como venga otra mujer, antes de que demos alguna alta, tendremos que ver a qué otro refugio la enviamos.

—Vale. Ya te vas encargando. Te dejo, que tengo a Álvaro Carrascosa, del *Noticiando* esperándome para una entrevista. Adiós. ¡Ah, no, espera, espera! ¿Ha llegado el policía? ¿Qué tal es?

—Sí, sí. Ha llegado esta mañana. Se llama Fidel. Me parece perfecto. Es muy servicial y atento y está pendiente de todo. Muchas gracias.

—¿Lo ves? Y tampoco querías. ¡Ay Ágatha, Ágatha…! Adiós —y colgó.

Terminé de hacer el registro del caso, con el resumen de la entrevista y lo metí en un sobre para llevarlo a la Casa el día de la semana próxima que subiera a comer. Miré el reloj y vi que aún tenía tiempo hasta las tres para terminar lo que había empezado y dejar las láminas en las paredes. Solo me había dado tiempo a poner las del embarco de Santa Paula en el puerto de Ostia junto a las de Dalí.

Coloqué la lámina de Artemisia Gentileschi a mi derecha. Quedó imponente. Se veía la fuerza de Judit casi sin violencia, con una especie de calma y serenidad sobrecogedora. ¡Qué suerte que Carlota se acordara de mí en Florencia! Y qué ganas de ir yo y verla al natural. Me quedé un rato contemplándola. Estaba empapada. ¡Maldito calor! Solo el trajín de buscar una silla segura, extender la lámina y colocar las chinchetas me había convertido en un mar de sudor. A las dos de la tarde el calor estaba en su punto crucial. «¡Qué ganas de que llegue septiembre!», —pensé.

La elección para las paredes que enmarcaban la puerta tampoco fue difícil. Ahí quería tener a mis dos islas: Tabarca e Ibiza. Así de frente, para que cuando estuviera perdida y levantara la mirada de los papeles las viera a ellas, recordándome quién soy y de dónde vengo. La isla de Tabarca, mi isla natal, que justo este mismo año de 1986, en abril, fue declarada *Reserva Marina* a fin de conservar la diversidad e integridad de su ecosistema marino. Elegí un póster que conseguí en la Oficina de Turismo de Alicante, donde resaltaban los azules del mar y del cielo. Más intenso el del mar, más claro el del cielo.

Para la otra pared reservé una imagen de la Diosa fenicia Tanit, cuyo culto llegó a Cartago. Tanit, la Gran Madre púnica, esculpida en terracota, fue encontrada en Ibiza, en la cueva santuario de *Es Culleram* en 1907 y como otras diosas Madre era diosa del cielo, del amor y de la fertilidad, proveedora de lluvia, guerrera y tutelar del progreso de Cartago; también protegía en el más allá. Me gustó saber que, en la necrópolis de la Albufereta, en Alicante, se encontró un busto femenino que representa a la Tanit púnica, y que su paralelismo más cercano era el de la Tanit ibicenca. Tenía sentido porque su culto se asimilaría al de las divinidades de los pueblos mediterráneos que entraron en contacto con los fenicios.

Cuando tuve todas mis láminas colocadas me deleité un rato mirándolas. Solo me faltaban unas plantas y el despacho quedaría acogedor y, esperaba, agradable y relajante a la vista. Había conseguido un aire muy de mujeres: Santa Paula, Artemisia, Judit y ahora, finalmente, la diosa Tanit. Esperaba que todo ello tuviera una influencia benéfica en mi papel protector, como el de Tanit.

En esas estaba cuando me pareció oír un murmullo de voces en la oficina de al lado, la que ocupaba Carmela. No solía hacerlo, pero por instinto abrí la puerta (que solo podía accionarse desde mi despacho) y me encontré con Arturo Domínguez hablando con Carmela. Ambos se sorprendieron por mi irrupción, pero no me disculpé. Me dirigí a Arturo y le pregunté que qué deseaba. En lugar de hacerlo él me respondió Carmela.

—Ha venido a traer un sobre para Fidel. Le he dicho que se acababa de ir y… —antes de que terminara de hablar la interrumpió Arturo.

—¿Qué pasa Ágatha? ¿No puede venir un compañero?

—Mientras yo buscaba una respuesta Carmela cogió su bolso, puso en él sus gafas colgantes y se despidió apresurada.

—Bueno, yo me voy, hasta mañana —dijo mirando primero a Arturo y luego a mí.

—Adiós Carmela, hasta mañana.

—Puede darme el sobre a mí, yo se lo entregaré mañana —le dije a Arturo.

—No, quiero dárselo personalmente yo.

—Como quiera, pero si no quiere volver lo puede dejar en la mesa de recepción donde está Presente, el conserje, y él se lo dará mañana a primera hora.

Noté que Arturo se iba acercando a mí mientras yo hablaba. Sentí un malestar, como una especie de angustia, un presagio de que aquello no iba a acabar ahí.

—No, no… ya volveré, así te veré otra vez. No digas que no te gustaría —dijo con una mueca babosa en la boca.

Me quedé muda. Fue tal la sorpresa que no pude articular palabra, lo que él aprovechó para acercarse más y más hasta que quedó a menos de dos palmos de distancia. No debía de ceder terreno porque lo interpretaría como un signo de debilidad, así que me mantuve en el mismo lugar desde el que había irrumpido en la oficina. Él continuó hablando:

»¿No quieres tomar una cerveza ahora conmigo? No te esperará nadie ¿no? No, yo creo que no te espera nadie.

En ese momento retrocedí y me di con la puerta que conectaba con mi despacho y que había cerrado. Noté la manilla en la espalda y a Arturo avanzando y su aliento próximo a mi boca. Sentí que no tenía escapatoria y que tampoco podía gritar porque no me salía ni un suspiro. Pero algo instintivo me asistió. Él había avanzado con ademán bravucón, como si de un duelo en el Oeste se tratara, con las piernas abiertas. Y en ese momento sin pensamiento, de vacío total y negrura absoluta levanté la rodilla derecha con la energía de las furias romanas, diosas de la venganza, a las que posiblemente se encomendó Artemisia cuando pintó Judit y Holofernes y la llevé directa a su bragueta al tiempo que me escabullía como alma que lleva el diablo hacia el patio salvador. Mientas corría, oí su voz carrasposa y dolorida: «Me las pagarás Ágatha, me las pagarás», profirió con rabia.

Seguí hacia Bomberos a donde llegué agitada. El bombero que estaba en la puerta me conocía. Yo a él no.

—¿Qué te pasa Ágatha? —me preguntó azorado.

—Me das un vaso de agua, por favor —le supliqué.

—Claro, claro, ahora te lo traigo. Pasa y siéntate aquí a la derecha —dijo amable mientras me conducía a una salita a la entrada del parque.

Traté de pensar qué podría decirle cuando volviera. La verdad desde luego que no. Además, en ese momento solo quería asegurarme de que el coche patrulla que había visto en el aparcamiento, al salir como una posesa, ya no estaba.

El bombero no regresó solo, venía con mi amigo Francisco, Tendría unos 37 o 38 años, nunca me quiso decir su edad. Era alto, moreno, delgado, con un carácter afable, de voz potente y armoniosa, como de locutor de radio. Los ojos eran chiquitos y oscuros, pero tremendamente vivos y lucía una sempiterna sonrisa.

Lo cierto es que me tranquilicé al verle. Le dijo al bombero que me recibió que podía irse, que él se ocupaba. Antes le cogió el vaso de agua de la mano en que lo sostenía, se acercó a la silla donde me había sentado y me lo ofreció, al tiempo que cogía otra silla y se sentaba a mi lado.

Me bebí el vaso de un trago. Se lo devolví y cuando quise decir algo me rompí en lágrimas.

—Ágatha, ¡ay Ágatha! —me dijo con cariño—. No me lo cuentes ahora. Ya tendremos tiempo.

Y me acurrucó en su regazo.

IV

«No sabes lo bien que me ha sentado este bistec y estos huevos», le dije al camarero. Me sentía feliz; no sé…, con una sensación diferente. Notaba correr por mis venas el cambio que estaba empezando en mi vida. No sabía adónde me conduciría, pero era como si la suerte me sonriera en la partida de cartas de la vida. *Hábil con los naipes*. Esa fue la primera que leí a Marcial Lafuente. No habría podido sobrevivir sin sus aventuras. Me han ido guiando desde mi niñez. ¿De qué si no iba yo a pensar en naipes? Yo, que no he pisado una sala de juegos en mi vida.

Desde que había muerto Amparo mi vida era más bien sosa. Mi hijo estaba en Madrid. O sea, que estaba más solo que la una. Y en mi trabajo todo discurría con una monotonía previsible, a excepción de los exabruptos de Arturo y su mala leche cuando aparecía por la oficina. Pero ahora se presentaba un panorama nuevo, diferente, con otro color alejado del gris de estos últimos años. Y lo mejor, tenía una misión. Tenía que velar por Ágatha. Bueno, y por las demás también, pero las demás no repararon mucho en mí. Creo que me vieron como otro acebo en el patio, pero con flor azul.

Y lo de velar por Ágatha no era una frase. La visita de Arturo, sin venir a cuento, me había mosqueado. ¿Qué quería? ¿Hacerme notar que estaba ahí y que no me había librado de él? Por otro lado, no me gustó nada lo que preguntó sobre dónde estaba la Casa Refugio. No se me escapó la mirada cómplice que le dirigió a Presente al irse, como tampoco se me escapó que siguiera a Merche cuando esta salió de Talleres. Y todo eso en una sola mañana. Tenía motivo más que suficientes para sospechar que tramaba algo. La manía que me tenía no solo no había acabado con mi traslado, sino que se había extendido a mi nuevo destino.

Cuando se trataba solo de mí lo he sobrellevado como he podido. Bueno, cuando estaba Amparo ella me ayudaba mucho. Unas veces me instaba a que le respondiera, a que no consintiera que me humillara y en otras ocasiones abogaba por la indiferencia. «No hay mayor desprecio que no hacer aprecio», me decía. Pero ni una cosa ni otra daba resultado. Solo que compartir mi malestar con ella y notar su comprensión me ayudaba a sobrellevar aquel calvario. Pero ahora su sombra se extendía a Ágatha. Lo presentía.

Arturo dominaba muy bien el arte de que no se notaran sus pullas. Aprovechaba los momentos sin testigos para soltarme frases ofensivas que me dejaban sin respuesta porque no está en mi naturaleza la respuesta rápida y el desdén. Además, jugaba a su antojo con la más vil de las hipocresías, haciéndose el gran amigo cuando había gente delante, de manera que nadie diera crédito si se me ocurriera decir algo de él. Me cogía por el hombro y decía para que todos le oyeran. «¿Qué tal Fidel, amigo mío?», o «Cada día tienes mejor aspecto». Todo un paripé para ocultar sus intenciones. Y a fe que lo conseguía. Tenía fama de buen policía, de los que no tienen miedo ante una situación comprometida, de los primeros en ofrecerse para cualquier misión que se saliera de lo corriente. Era simpático, sabía contar chistes con gracia y tenía un aire campechano que caía bien. A veces pensaba que yo era el único que veía lo oscuro de su alma, Y eso me hacía sentir una soledad tremenda. No tenía a nadie a quién confesar que lo de Arturo era pura fachada, que su simpatía y su arrojo ocultaba una inseguridad latente y, para mí lo más importante, una envidia insana. Sé en el fondo de mi ser que su inquina conmigo procedía de unos negros celos que venían de lejos, cuando ni éramos policías, cuando formábamos parte de la misma pandilla y nos fijamos en la misma chica, pero ella solo tuvo ojos para mí. Sí, Amparo se quedó conmigo, me prefirió a mí porque yo la hacía soñar con *El embrujo del Oeste*, porque yo era *Todo un hombre* y, *Escondidos*, la besaba. Aunque Arturo pensara que ella había hecho *Una mala elección*. Tendría que repasarlas. Esta tarde las buscaría en mi librería del salón, porque cuarenta años después no habían sido suficientes para que Arturo olvidara su fracaso y era posible que el verme cerca de una mujer bella hubiera despertado en él los celos que nunca pudo vencer.

Salí de mis ensoñaciones, pagué la cuenta y decidí tomarme el café en mi casa. La Taberna Brillante daba comidas sencillas y de precio asequible para mi bolsillo. Hacía honor a su nombre y estaba todo inmaculado. La decoración era de estilo rústico, con afluencia de platos, botijos y jarras de cerámica por todas las paredes sin enlucir. El suelo era de terracota y las mesas de madera, bajitas y de patas oblicuas, estaban rodeadas por taburetes cubiertos por cojines de velvetón. Por eso concluí que el café me lo tomaría en mi mesa de girasoles para ir derecho a una siesta reparadora en el sillón, frente a mi librería.

Pero en el breve recorrido hasta mi casa, con el tórrido calor húmedo empapándome de sudor y sin un alma en la calle, me asaltaron más recuerdos de Arturo. Su comportamiento no se debía tan solo a los celos. El incidente de dos años atrás también tenía que ver. Él era, como he dicho, bravucón y también pendenciero. Y yo,

como he dejado entrever, más bien endeble e invisible, algo así como un elemento más de la decoración de aquella oficina de la Policía Local. Sucedió en la hora del desayuno. Estaba yo solo. El jefe también había salido a tomar un café. Entraron él y Lorenzo Arribas, su compañero, con el que siempre patrullaba las calles. Les oí jactarse de un incidente que había sucedido la última noche de su ronda.

—Vaya paliza que le hemos dado al imbécil ese —dijo Arturo, mientras parecía que hojeaba unos papeles de la mesa contigua a la mía.

—Jo… ¡cómo se resistía el muy cabrón! —contestó Lorenzo, alisándose el pelo por atrás y mirando al techo.

—Así aprenderá a ser más obediente y a saber quién manda —le respondió Arturo.

De repente tomó conciencia de que yo estaba allí y me miró retador.

—Tú no has oído nada. Estas cosas son para mayores, no para gallinas de parvulario —dijo mirándome burlón.

Yo no contesté y seguí a lo mío. Me pregunté en mi interior, eso sí, qué barrabasada habrían cometido esos dos. Unos meses después me enteré de que hubo una denuncia por lesiones graves a un chico de unos veinte años que señaló a Arturo y a Lorenzo como autores. Un buen abogado se había hecho cargo y sé que hubo consecuencias. Lorenzo estuvo en la cárcel y la noticia saltó a los periódicos, pero él consiguió zafarse. No sé con qué lo extorsionaría. El caso es que así fue, pero él sabía que yo había escuchado que había sido cosa de los dos. Y desde ese día sus improperios aumentaron, como una advertencia de que me convenía callar.

Todo esto lo tenía yo bastante enterrado en mi memoria. No es que lo hubiera olvidado, pero no lo tenía, como quien dice, en primer plano. Los sucesos de ese día me lo habían traído a la mente. Empezaba a pensar que Ágatha, sin querer, me estaba llevando a pensar en mi vida. Yo, lo reconozco, me había abandonado a una especie de existencia plana y gris desde que murió Amparo. Como si no tuviera ya propósito en la vida. Era más bien un sobrevivir fatuo. Sin embargo, hoy me había sentido vivo. Hasta el malestar adormecido que sentía por Arturo parecía haberse despertado, pero no para herirme de nuevo sino como un acicate, como un hálito justiciero. Sentía *Deseos de revancha*.

Por fin llegué a casa y subí con poca energía las escaleras hasta el segundo piso, donde vivía. No sabía si abrir o cerrar las ventanas. La calina era pegajosa. Decidí abrirlas y poner en marcha todos los ventiladores. En la cocina, hasta los girasoles de mi mantel parecía que se habían reblandecido. Notaba el hule blanducho y pegajoso. Me dije que después de la siesta le pasaría un trapo con agua, lejía y

jabón.

Tras el café, la siesta se me resistía. Estaba demasiado agitado, y el calor y la cafeína tampoco ayudaban. Me levanté y busqué en la librería todos los títulos que había rememorado hoy. Pero por alguna razón empecé por el último: *Deseos de venganza*. Me costaba reconocer esos sentimientos, pero lo cierto es que me dejé llevar, y con el libro entre las manos empecé a fantasear en cómo podría vengarme de Arturo. Una de mis fantasías era que le lanzaba un lazo en una pradera del Oeste. Y lo derribaba, claro. Una vez a mi merced lo inmovilizaba y ataba a un árbol con una fuerza sobrehumana (de la que carezco). Una vez atado le amordazaba con un pañuelo a fin de no oír sus imprecaciones y una vez asegurada su inmovilidad le hacía agujeros por todo el cuerpo donde iba depositando cucharaditas de miel. Y una vez terminada toda la superficie corporal le soltaba un panal de abejas. ¡Jo, cómo disfruté! Hasta me reí yo solo, allí en el sofá, frente a la librería que me proporcionaba esas dosis de imaginación. De mi fantasía obtuve un bienestar inmediato. ¡Qué buen recurso la invención! Permitía llegar allí donde la vida ordinaria no alcanzaba.

Con esas ensoñaciones conseguí adormecerme. Me desperté casi una hora después con la boca seca y agitado. Me dirigí a la cocina, abrí el frigorífico y busqué una bebida refrescante. No tenía ninguna. Opté por exprimir un limón y tomármelo con agua, azúcar y cubitos de hielo. Era mi remedio cuando no me encontraba del todo bien. Casi agradecí no tener ningún refresco que, seguramente, no me habría causado tan buen efecto como esa limonada. Estaba agitado porque había tenido un sueño pesado. Las fabulaciones previas y la imagen del hule de girasoles pegajoso habían contribuido a llevarme a un desierto donde no veía el horizonte. Un sol abrasador se cernía sobre mí. Estaba solo, pero un ejército de cangrejos gigantes me perseguía. Los cangrejos tenían caras humanas y unas bocas por las que salían sonidos aterradores que semblaban rumores de guerra, como el inicio de un combate. Yo sabía que si alcanzaba una palmera que veía a lo lejos me salvaría, pero la palmera se alejaba cada vez que yo avanzaba. Era un esfuerzo sin recompensa que me agotaba.

El sueño me dio mal fario. ¿Tenía que tomarlo como un aviso? La sensación feliz que me había acompañado en la taberna Brillante y mi regocijo con las fantasías se habían esfumado en un santiamén. En su lugar había aparecido un sabor acre, como una sensación de peligro. Me vivo de nuevo a la mente la música de Ennio Morricone y me vi en ese desierto con el rostro cuarteado ansiando un sorbo de agua con la muerte acechando, pero sabiéndome necesario.

No iba a consentir dejarme llevar por el miedo. Sin pensármelo dos veces y sin rumbo establecido salí a la calle, que ahora ya estaba

llena y bulliciosa, y me encaminé a la orilla del mar. Las terrazas de los alrededores estaban llenas de gente. Empezaba a anochecer y se notaba una brisa refrescante. Miré al horizonte y pensé que en algún lugar de ese mar había dos islas que habían cincelado la vida y el carácter de Ágatha. Ella era ahora mi misión. En ella iba a encontrar de nuevo un sentido a mi vida. No iba a consentir que los cangrejos gigantes la alcanzaran. Tendría que vérmelas con Arturo Domínguez. Lo presentí en ese momento.

Delta

Él sabía que yo callaría. Con esa impunidad se permitió invadir mi espacio y acosarme con la insolencia con que lo hizo. Mostró su cara a la primera de cambio, el primer día. Le bastó cruzar dos palabras conmigo para sentirse con derecho a tomar lo que quisiera, protegido por esa impunidad a la que estaba acostumbrado. Supo elegir el momento, ya no había nadie que pudiera ser testigo. Tampoco le importó saber que allí había sido destinado un compañero suyo precisamente para protegerme. Aprovechó su ausencia para agredir y contó con que yo no reaccionaría. Fue tal vez la lámina de Artemisia y haber reflexionado sobre su valor lo que seguramente me lo dio. Nunca me había visto en una situación semejante y no sé cómo pude tener el arrojo de lanzarle aquel rodillazo. Es cierto que luego me temblaban las piernas y necesité mucho tiempo para reponerme, pero fui capaz. Eso es lo que recordaré siempre.

Decía que él sabía que yo callaría. Y no le faltaba razón. ¿A quién se lo iba a decir? ¿A Alda? Alda es de reacciones viscerales y podría montar un escándalo, y él estoy segura de que lo negaría ¿Presentar un informe a la Unidad de Personal? Sería la comidilla de todo el Ayuntamiento. Además, sin pruebas de ninguna índole sería su palabra contra la mía. El Servicio de Acogida se vería resentido y quién sabe si no me cambiarían de destino. Todo eso debió de intuirlo él de antemano. Por eso me asedió con esa chulería.

A Francisco sí se lo conté. Cuando pude hablar lo vomité todo. Le pedí que no saliera de ahí y él me dijo que contaba con su lealtad y confianza. Todos los argumentos que yo había calibrado los conocía él muy bien. No hizo falta que habláramos de ellos. Conforme iba relatando lo que había sucedido él iba musitando por lo bajo «canalla». Su gesto siempre tan alegre se ensombreció. Me dijo que le avisara si volvía por Talleres, pero le dije que no se preocupara, que estaba Fidel. Aquí esbozó su primera sonrisa que fue de lo más expresiva. Yo leí en ella “Eso no es defensa”. Y caí por primera vez en que Fidel no representaba un arquetipo intimidador. Seguramente lo habrían puesto allí por contentar a Alda y cubrir el expediente de su exigencia. No obstante, me pareció que era un hombre voluntarioso.

Eso, de momento, me valía.

Fuimos a comer al restaurante Némesis situado en la salida sur de la ciudad frente al mar. Tenía el mismo nombre que uno de los bloques de la urbanización Las Diosas, justo en el que yo vivía. Pero antes telefoneó a alguien para cancelar un compromiso. Yo no tenía que avisar a nadie, puesto que ese día no tenía planes y vivía sola, tal como Arturo Domínguez me había espetado, dándome a entender que sabía cosas de mí de forma intimidatoria. En el rato que tardó en hacer esa llamada noté que me iba tranquilizando. Mi respiración retomó su ritmo ordinario. Me sequé las lágrimas y pareció que me sacudía el horror. Cuando regresó le pedí que me acompañara a mi despacho a cerrar la puerta y recoger el bolso. Ya había llegado el conserje de tarde. Una vez allí entré en el cuarto de baño, me lavé la cara y las manos, me peiné y frente al espejó comprobé que mi aspecto ya se había recompuesto. Cerré con llave la puerta que conectaba con la oficina de Carmela. Eché una ojeada a todo para comprobar que estaba en orden y finalmente miré a Tanit y a Judit y esbocé una especie de medio sonrisa cómplice. Intuía que ellas me habían dado la fuerza necesaria para zafarme del asalto.

Una vez en el restaurante, que no estaba muy lleno (era ya bastante tarde, pasadas las tres y media), y tras pedir unos entrantes de salazones y calamares rebozados, que precedieron a un arroz de marisco acompañado de un vino blanco afrutado, ya sentí que volvía a la vida. La presencia de Francisco y su naturalidad alegre me fue reconfortando. La decoración del restaurante recordaba los años setenta, por los cuadros con cantantes de esa década: Freddy Mercury, Stevie Wonder, Bob Marley, David Bowie… cuya música sonaba muy suave de fondo. La profusión de plantas y el surtidor de agua que había en el centro del salón resultaban relajantes. Notaba que iba recuperando el tono. A mitad de la comida me preguntó qué pensaba hacer.

—No diré nada, y tú creo que sabes muy bien el porqué. Pero… tal vez escriba lo que ha sucedido.

—¿Con qué fin? —me preguntó.

—No estoy segura. De momento me servirá a mí, pero quién sabe en un futuro.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé muy bien —le respondí—, pero es una especie de intuición. Los detalles de los hechos tienden a difuminarse con el tiempo, y yo quiero retener bien todo lo sucedido. Ese hombre me da miedo. No creo que se detenga con lo de hoy. Cuando he salido huyendo oí que me decía: «Me las pagarás Ágatha, me las pagarás».

Mientras le decía esto a Francisco me vino una idea a la cabeza.

»Francisco, me gustaría que leyeras el escrito cuando lo tenga

redactado y quede constancia de la fecha. Si consideras que se ajusta a todo lo que te he contado te agradecería que lo firmaras. No voy a llevarlo a la Unidad de Personal porque eso entraña el riesgo de que salga a la luz y que se filtre lo ocurrido, y eso no quiero que pase, pero sé que debería de estar custodiado. Y no estoy pensando en mi casa o en mi despacho, porque llegado el caso podrían decir que lo he escrito cuando me ha convenido. Yo creo que debería entregarlo al Archivo Municipal para que lo custodien allí.

Francisco me miró sorprendido.

—¡Caray Ágatha sí que piensas rápido! ¿Cómo se te ha ocurrido eso?

—Ni lo sé —contesté—. Pero siento una necesidad imperiosa de conservar una prueba. Me ha venido a la mente el Archivo, aunque ya sé que no es el tipo de documento que custodian allí. Pero no tengo elección. Descartada la Unidad de Personal, el único lugar que se me ocurre es el Archivo.

—Es cuestión de intentarlo —me dijo, aunque yo noté que ponía un gesto de desconfianza, como si supiera de antemano que rechazarían la solicitud.

—Pues lo voy a intentar. Pediré cita con la directora y a ver qué pasa, ¿tú la conoces? Yo solo sé que se llama Genoveva Abal de Fresneda.

—Sí hombre, Genoveva. Una mujer exquisita. No responde al patrón típico de funcionaria. Viene de una familia de postín y tiene un porte señorial que le viene de cuna. Está muy preparada y se codea con el Director General de Cultura. Toda una señora.

—¿La conoces lo suficiente como para llamarla y decirle que me quiero poner en contacto con ella?

—Sin duda. La llamaré y ya te diré qué me dice.

—Pero no le digas lo que quiero, solo dile que quiero una cita, por favor.

Claro, claro. Tranquila.

Gracias Francisco.

Decidimos no tomar postre y acabarnos la botella de vino afrutado y fresco que me estaba reconfortando tanto. Charlamos de otras cosas más banales, incluso reímos y sentí que me recuperaba por momentos y que estaba llena de agradecimiento a Francisco. Sobre las cinco y media pagamos la cuenta, me acompañó hasta donde estaba mi Alfa Romeo Spider de color azul, bajo la parra del aparcamiento de Talleres, y nos despedimos. Pero antes le dije:

—Te avisaré cuando tenga el escrito para que puedas llamar a Genoveva. Y muchísimas gracias, Francisco.

Él sonrió y me contestó:

—De nada, mujer. Para eso estamos los bomberos, para las

emergencias. —Y se rio.

—Eres único Francisco Abellán. Adiós y gracias de nuevo.

—Adiós y no olvides que has vencido a un policía corpulento tú solita. Eso no es moco de pavo. Deberías sentirte orgullosa. Esto ha sido como lo de David y Goliat. ¡Qué tía! —espetó con admiración—. Como para pensárselo dos veces la próxima vez.

Y mientras se alejaba me lanzó un beso al aire. Yo pensé que más que David había sido Judit.

Cuando llegué a mi ático, agradecí esa buena orientación al este, que me permitía ver a lo lejos el mar. Pasé el cerrojo y cerré con llave. Me sentí más segura desde la altura de diez pisos que tenía el bloque. Noté cómo me venía todo el cansancio de golpe y decidí salir a la terraza y dejarme caer en la hamaca. Estaba bajo una especie de falso techado, que procuraba una agradable sombra. Antes me preparé un gin-tonic con unas rodajas de limón y varios cubitos de hielo. Estuve un buen rato con la mirada perdida en el lejano mar sin pensar en nada, y, tras unos cuantos sorbos de la bebida que me había preparado, noté que me vencía el sueño. Dejé el gin-tonic en el suelo y me abandoné.

Me despertó una hora más tarde el timbre del teléfono. Contesté con voz somnolienta.

—Dígame

—Ágatha, ¿estabas dormida? —Reconocí la voz de Carlota.

—Ah, bueno… sí. Estaba aquí en la tumbona de la terraza tomándome un gin-tonic y se ve que me ha podido el sueño. He tenido un día duro.

—Ese trabajo tuyo te va a machacar. Y tú te lo tomas todo muy a pecho. Mira que te lo digo siempre, que no te impliques tanto, pero parece que creas que si no lo haces el mundo se va a hundir, y, créeme, se hundirá a pesar de todo.

—¿Qué querías? —le pregunté haciendo caso omiso de su advertencia.

—Pues que hace una noche fantástica y había pensado si te apetecería salir a tomar una copa. El verano se va volando y solamente salimos una noche hace ya más de un mes… Era julio, ¿no?

—Uy, sí… ¡Cómo pasa el tiempo! Pero hoy no Carlota, hoy no.

—¿Qué ha pasado hoy? —me lo dijo cambiando el tono de voz y enfatizando la pregunta.

—Carlota, no tengo ánimos de contarte nada, pero te prometo que cuando nos veamos te lo cuento.

—Me dejas preocupada —lo dijo con cierto tono de ansiedad. ¿De veras no quieres contármelo ahora?

—De veras. Ya hablaremos. Un beso

—Un beso y descansa. Cuídate Ágatha, que a veces se te olvida.

Aprovecharé para prepararme de las clases. Un beso.

Carlota era mi mejor amiga. La había conocido cuando llegué a Alicante desde Ibiza para estudiar Asistente Social, en 1972 (antes de que esa carrera se convirtiera en Diplomatura). Todas mis compañeras de Instituto que optaron por seguir estudiando se inclinaron por cursar sus carreras en Barcelona, pero yo quería estar cerca de mi isla natal y me decliné por Alicante, aunque cuando acabé mis estudios me instalé en Albovar. Carlota era hermana gemela de Manoli, una compañera de carrera que solía venir a veces a recogerla en su coche a la Escuela. Un día fuimos un pequeño grupo a tomar algo después de las clases al Coscorrón (una tasca situada por el casco antiguo que debía su nombre a los coscorrones que se daba la gente al entrar debido a lo angosto de la entrada y a un endiablado escalón) y ella vino con nosotras. Congeniamos enseguida y nos hicimos íntimas. Éramos prácticamente de la misma edad, aunque físicamente no nos parecíamos en nada. A ella le gustaba llevar el pelo corto, a lo *garçon*, a mí largo. Carlota vestía con un estilo bohemio, muy parisino, yo era más de líneas deportivas y cómodas. Su pelo tiraba a rojizo y los ojos eran una mezcla de azul y gris, el mío era negro trigueño y mis ojos verdes. La estatura era similar y la complexión delgada también. De haber tenido gustos similares nos podíamos haber intercambiado la ropa.

Nuestras profesiones tampoco tenían nada que ver. Ella era profesora de Arte en el Instituto Bahía Corales. Tenía un talento especial para leer las pinturas, las esculturas, los edificios. Donde yo veía un árbol ella veía un símbolo de ascensión, donde yo veía un barco partir ella vislumbraba un renacimiento. Y así con todo. Sabía interpretar las escenas. Consiguió contagiarme su pasión y empecé a vislumbrar un mundo distinto al mío, tan imbuido de sociologías, psicologías, índices de pobreza. Su formación era de carácter más íntimo, aunque luego transmitiera sus conocimientos en un aula, mientras que lo mío era todo proyección hacia fuera: lo social, el mundo de los demás y sus problemas: individuales, grupales o comunitarios. Pese a esas diferencias nos entendíamos a la perfección y no teníamos secretos la una con la otra, pero esa noche no me sentía con ánimos suficientes para rememorar lo que había pasado. Además, una cosa así es mejor decirla cara a cara. Cuando nos viéramos se lo contaría todo. Ahora solo quería dormir. Ya pensaría cuando amaneciera, porque aquello no había hecho más que empezar. Estaba completamente segura.

V

Si hubiera sabido cuando salí a dar ese paseo por la orilla del mar lo que me iba a encontrar al volver a casa no habría salido. Y es que me topé con algo que no me había pasado nunca en treinta y cinco años en el *Cuerpo*: Un mensaje de Andrés Navarro en el contestador automático. Lo activé cuando llegué por si acaso me había llamado Samuel. Pero no, era el mismísimo Andrés Navarro y su tono autoritario diciéndome: «Fidel, preséntese mañana a las ocho en mi despacho. Y no se preocupe por los servicios comunitarios esos, que ya avisaré yo que está aquí por una cuestión interna. No se retrase». Esa última frase sobraba: yo no había llegado tarde nunca al santuario de la Policía Local, ni antes ni después de estar en la casona de los Solana. Pero estaba claro que era una de sus maneras de dejar clara su autoridad. Aunque no fue eso lo que me perturbó. Lo que me había dejado preocupado era que me hiciera volver tras un solo día de no estar bajo su mismo techo. Quise adivinar a qué podría ser debido, pero no hallé ninguna razón. Había tenido buen cuidado de no dejar ninguna pertenencia personal en la oficina y todas las tareas al día. «¿Qué podía haber pasado en veinticuatro horas para que Navarro me hiciera volver?», me pregunté, sin obtener respuesta, claro. Y como por mucho que pensara no lo iba a adivinar, decidí prepararme un poco de pan con aceite y tomate y acostarme. «Un día muy completito», me dije, y me encaminé a la cocina donde me esperaba la mesa de girasoles. La limpiaría mañana.

Cuando entré a lo que había sido mi oficina, en el piso tercero, previa al despacho de Andrés Navarro, vi que en mi mesa había una mujer de unos treinta y tantos años, pelo corto muy rizado y un blusón oscuro que disimulaba un poco su abultado abdomen. Debió ver mi cara de sorpresa porque se levantó, fue a mi encuentro y me dijo:

—Buenos días. Soy Concha Aguado. Usted debe ser Fidel Arias, ¿me equivoco? —y mientras decía todo esto me tendió la mano, gesto al que yo respondí tendiéndosela también.

—Tanto gusto. Sí soy Fidel. Me ha citado el jefe.

—Lo sé, ahora le digo que ha llegado. Habrá visto que estoy ocupando su mesa, es que me han trasladado aquí para sustituirle. Por cierto, lo he encontrado todo muy ordenado. Se ve que es usted un hombre organizado —me dijo con una sonrisa.

Fue un gesto que agradecí, aunque se me hizo raro que una funcionaria ocupara mi puesto. Nunca se había visto a una mujer trabajando en las oficinas de la Policía Local. «Los tiempos están cambiando muy deprisa. Y desde que hemos entrado en la Unión Europea mucho más. A lo mejor tiene que ver algo el cometa Halley ese, que dicen que se ha acercado más que nunca a la tierra», pensé,

antes de contestarle a Concha.

—Muchas gracias. Lo he procurado.

Mientras Concha marcaba el número interior de Andrés observé desde la ventana que estaba aparcando un coche patrulla. En el instante que transcurrió entre que Concha levantó el teléfono y me indicó que pasara, acerté a ver que bajaban del coche dos hombres con uniforme. Uno era Arturo Domínguez y el otro —me costó reconocerlo— era Lorenzo Arribas. Eso solo podía significar que se había reincorporado tras su periodo en la cárcel.

—Puede pasar, Fidel —me dijo Concha, sacándome del *shock* que me había producido ver de nuevo a Arturo y a Lorenzo juntos.

—¿Se puede? —dije mientras empujaba lentamente la puerta.

—Pasa hombre, pasa y siéntate —añadió insultante—, que te voy a cobrar lo mismo.

Recordé que la última vez que había estado en esa misma posición mi vida había dado un giro considerable. Veríamos ahora por dónde iban a ir los tiros.

—¿Ha avisado a Ágatha…? —le pregunté para quedarme tranquilo.

—Sí hombre sí, no te agobies. Ya sabe que llegarás un poco más tarde porque te he hecho venir.

—Muchas gracias. Dígame jefe —recalqué la palabra *jefe* para hacerle notar que no olvidaba que él seguía siéndolo, aunque ya no estuviera físicamente en su órbita.

—Pues de Ágatha he de hablarte —dijo con un gesto grandilocuente.

—Dígame. ¿Se ha quejado? —añadí temeroso.

—No hombre, no es eso. Ahora te lo explico —carraspeó un poco antes de seguir—. Ya es mala suerte que esto se haya destapado nada más trasladarle. Un día o dos más y habría enviado a otro a Talleres. Pero ahora ya es demasiado tarde, no puedo reclamarle cuando se acaba de ir.

—Perdone, no le entiendo —le corté sorprendido.

—Espera, ten paciencia y escucha. Antes de nada, he de decirte que esto es confidencial. No lo puede saber nadie ¿entendido?

—Sí jefe —contesté cada vez más intrigado.

—Pues resulta que la Ágatha esa es más bien una gata de verdad. No lo creerás, pero tengo noticias de que la Casa esa donde tienen a las mujeres, en realidad es un burdel y ella viene a ser la “madama”.

—¿Qué…? —acerté a decir sin dar crédito a lo que acababa de oír.

—Lo que oyes, Fidel. Me han informado que lo que hace ella es reclutar mujeres para luego… ya sabes, con la excusa esa de que si las protegen y tal hace negocio. Un asunto feo, Fidel, muy feo. Pero claro,

hasta que no haya pruebas no puedo levantar la liebre, pero me lo ha confirmado una buena fuente.

—Pero jefe, eso es imposible. Ella no parece…

—Ay, Fidel, siempre tan inocente. Las apariencias engañan —me interrumpió—. Lo malo es que no sé yo si usted tiene madera de detective para averiguar qué está pasando. Por eso digo que ya ha sido mala suerte que me haya enterado de esto nada más despacharle allí, porque lo suyo es que hubiera enviado a… bueno, a cualquiera que no fuera tan inocente como tú.

Tenía mucha facilidad Andrés Navarro para pasar del usted al tú y de usar la palabra "despachar" para referirse a mi traslado. Volví a pensar que no hacía falta que me ofendiera, pero era inútil. Era el concepto que tenía de mí y no lo iba a cambiar, aunque es posible que no anduviera falto de razón. A base de oírlo uno acaba creyéndoselo. Pero, es que no podía tragarme que esa mujer que me había tratado tan bien y que se la veía tan amable y comprensiva pudiera ser una "madame". Y yo más que inocente lo que tenía era *La nobleza de un vaquero*.

—Dígame qué quiere que haga —le dije muy serio.

—Que abras los ojos Fidel, que los abras bien y que no se te cierren ni un momento. Y los oídos, los oídos también, bien abiertos. Tienes que informarme de lo que hace, quién va a verla. Que no se te escape detalle. Hay que pillarla. Hay que descubrir a esa zorra.

—Aunque estaba convencido de que eso era una patraña no tuve más remedio que asentir.

—De acuerdo jefe, abriré los ojos y los oídos y le mantendré informado. ¿Algo más?

—Ay Fidel, muy bien, así se habla. Eso es lo que tienes que hacer. A cualquier hora, cuando veas algo te pones en contacto conmigo inmediatamente. ¿Entendido?

—Entendido ¿Puedo irme?

—Puedes irte.

Dije adiós y salí de ese despacho presidido por el rey y el escudo de la Policía Local. Pero nada más abrir la puerta me di casi de bruces con Arturo y Lorenzo que estaban sentados sobre sendas mesas situadas a ambos lados de la puerta del jefe; los dos con un aire indolente, dejando caer una de las piernas e imprimiéndole un movimiento en vaivén dominando el espacio. Tuve que pasar rápido para no enredarme entre ellas.

Me miraron de arriba abajo con la cabeza inclinada y la boca como si estuvieran mascando chicle. No dije nada, ni siquiera a Lorenzo, como si fuera lo más normal verle por allí, obviando que había estado en la cárcel por traspasar las fronteras y situarse en el otro lado.

A Concha sí que la miré azorado. Dije un adiós generalizado, para que todos se dieran por aludidos y fui con paso apresurado hasta mi Peugeot. No cogí el ascensor, bajé corriendo las escaleras. Cuando llegué me dejé caer en el asiento. Abrí las ventanas, necesitaba aire. Menos mal que era temprano y el calor aún no había empezado a zurrar con saña. Notaba como un palo desde la garganta hasta el ombligo. Estaba consternado. No podía ni creer ni aceptar lo que acababa de oír. Solo quería huir de allí y refrescarme la cara.

Arranqué el coche con determinación y enfilé dirección a Talleres por la ruta de la playa para que la vista del mar purificara mis pensamientos. Porque yo sentía que lo que había oído de Ágatha era una patraña. No podía ser otra cosa. «A Andrés le han comido el coco y le han manipulado para que acepte como verdad tal aberración», me dije con firmeza. Además, que Arturo y Lorenzo estuvieran justo allí, mientras Andrés me contaba aquello y que luego me miraran como lo hicieron, como reyes y detentores del poder universal me hacía sospechar que ellos estaban detrás de esta conjura.

El colmo fue cuando sentí unos diez minutos después el motor de un coche casi rozándome; me asusté y viré a mi izquierda levemente, hasta que miré y vi a Arturo y Lorenzo en el coche patrulla increpándome con risas mientras me adelantaban: «Fidel, que te veo en el burdel».

La ira subió a mi cara como la lava emerge de las profundidades del volcán. Me sentía revestido de impotencia. Porque… ¿qué iba a hacer? Ir al jefe y decirle: “Arturo y Lorenzo me han dicho Fidel que te veo en el burdel”, o a él mismo: “Oiga, que eso de que me cobra lo mismo por sentarme no es de recibo”. Estaba atrapado en una red de la que no veía manera de soltarme, y a Ágatha le estaban fabricando una malla con la que enredarla también. Y yo, en principio con la misión de protegerla, debía contribuir a que la acorralaran. Decidí que no, que de ninguna manera. Al revés, mis esfuerzos, los que fueran, iba a dedicarlos a desenmascararlos a ellos. Sé que sonaba muy pretencioso para mis escasas virtudes policiales, pero estaba dispuesto a llegar hasta donde alcanzara. Tenía que adentrarme en esa *Cadena de traiciones* y velar por ella.

Epsilón

Sabíamos de las reticencias de las mujeres a denunciar los malos tratos en las Comisarías de Policía. Pero, pese a que desde 1983 el Ministerio de Interior había empezado a adoptar medidas para mejorar la atención policial (entre ellas algo tan básico como la obligación de tramitar la denuncia y dar un resguardo a la solicitante) y el Instituto de la Mujer había iniciado campañas sobre esta problemática, las mujeres seguían siendo reacias a denunciar. Las

razones eran, sobre todo, debidas a la falta de recursos con que afrontar su propia supervivencia y la de sus hijos, aparte de que era muy difícil conseguir una sentencia condenatoria, y cuando se conseguía se traducía en una mínima multa. Cuando por fin se atrevían a denunciar o acudían a los Servicios Sociales solían haber pasado unos nueve o diez años, cuando la situación psicológica estaba ya muy degradada.

Yo, en particular, lo sabía muy bien. ¡Cuántas veces Merche, Blanca o Laura, las gobernantas, en sus diferentes turnos, me habían contado que cuando llegaban a la Comisaría acompañando a las mujeres para presentar la denuncia el policía les recomendaba volver a casa y reconciliarse con sus maridos! Entonces ¿por qué ahora que yo estaba en la misma tesitura que ellas no me atrevía a denunciar a Arturo? Nada que me hubiera pasado me habría obligado de esa manera a ponerme en la piel de ellas. Lo que había ocurrido me situaba en el mismo plano. Yo tampoco me atrevía a denunciar, yo también sabía que intentarían disuadirme de ello. Solo me diferenciaba el hecho de que yo no tenía hijos ni problemas económicos

No conseguía quitarme de encima la sensación de que estaba vigilada. Si iba por la calle me giraba de vez en cuando temerosa de que me siguieran, si sonaba el teléfono me sobresaltaba. Ya había sucedido que al cogerlo no contestaba nadie, pero sabía que había alguien al otro lado del hilo. Así que decidí, tal como le había dicho a Francisco, escribir todo lo que había sucedido con el ánimo de exorcizar mis fantasmas y elaborar una prueba.

Mientras preparaba la máquina de escribir y buscaba unos folios llamaron a mi puerta.

—Adelante —dije, y vi aparecer tímidamente a Fidel.

—Buenos días Ágatha. ¿Te han informado de que me incorporaría un poco más tarde?

—Sí, sí… Me ha llamado tu jefe y me ha dicho que tenías que pasarte por la casa de Los Solana, vaya, por las Dependencias de la Policía Local. ¿Todo bien?

—Sí, ya está resuelto. Ya sabe que sigo dependiendo de él y que si me llama he de ir.

—Sí, lo sé, no te preocupes. Espero que no les eches mucho de menos y que estés a gusto con nosotras.

—Sí, sí. Estoy muy bien aquí. Yo antes venía de vez en cuando.

—No me digas, ¿Y eso?

—Pues cuando había encargos de rotulación me enviaban a mí. Siempre me ha gustado venir. No se preocupe por mí, que estoy contento de trabajar conti… con ustedes, bueno, con vosotras.

—Muchas gracias, yo también estoy muy contenta de tenerte

entre nosotras. Cualquier cosa, ya sabes, me dices. Por cierto, Fidel, si volviera a venir tu compañero, el que vino ayer…

—Sí, Arturo Domínguez.

Bueno, pues si le ves no le dejes pasar a mi despacho sin avisarme antes. Y te pediría, por favor, que si alguna vez lo vieras entrar te quedaras en la puerta.

—Claro, claro, como quieras. Es mi obligación estar pendiente de todas sus visitas.

—Muchas gracias, Fidel.

Me quedé más tranquila después de advertir a Fidel y cuando tuve el papel preparado miré mis láminas: Ibiza, Tabarca, Artemisia, Dalí, Claudio de Lorena, y me lancé a la escritura. Tras algunas interrupciones, finalicé el informe cuando era casi la una de la tarde. Lo leí y releí. En algunos momentos durante el proceso de escritura notaba cómo me temblaban las manos o como el corazón me palpitaba más deprisa, pero conseguí escribirlo. Fue como quitarme un peso de encima. Pero entonces me di cuenta de que había olvidado poner el nombre de Francisco Abellán como testigo. Terminé de completarlo y pasé a la oficina de Carmela para hacer una fotocopia. Ella me miró como entornando los ojos y denotando curiosidad.

—¿Le han dado ya el sobre a Fidel?

Había olvidado por completo el episodio del sobre.

—Pues, ahora que lo dices, no lo sé. Pero me imagino que se habrá resuelto porque Fidel ha pasado por las dependencias de la Policía Local antes de venir aquí. Luego le preguntaré.

—¿Que no te lo dio a ti al final?

Me pareció percibir que se olía algo. No era de extrañar, ella presenció el primer momento del encuentro cuando Arturo ya había adoptado una actitud chulesca.

—Pues al final no. Pero seguro que ya está solucionado. Voy a hacer una fotocopia.

—Vale —dijo mirando la fotocopiadora.

Pensé que debería de llamar a Fidel y preguntarle qué sabía él de ese sobre. Lo haría luego.

Cuando tuve firmado el original y la copia llamé a Bomberos y pregunté por Francisco. Me dijeron que él acababa de llamarme y que ahora me lo pasaban.

—Ágatha, te acabo de llamar ¿Cómo estás?

—Creo que bien. Estoy aún un poco insegura, pero me imagino que es porque es reciente. Pero mi intención es pasar página lo antes posible. Por eso he hecho ya el informe y si me lo firmas lo tendré ya a punto por si Genoveva, bueno, la directora del archivo lo quiere custodiar. ¿La has llamado ya?

—Por eso quería hablar contigo. Bueno, por eso y para saber

cómo estabas. Me dejaste preocupado ayer. Ese tipo es un canalla por no decir otro nombre.

—Desde luego que lo es —dije con contundencia.

—Bueno, pues sí, he llamado a Genoveva y le he dicho que la llamarás para pedirle una cita porque quieres comentarle una cosa. Ha dicho que sí enseguida. Ya verás, es muy profesional y muy rigurosa. Espero que tengas suerte y nos custodie el informe —dijo haciéndose mi cómplice.

—Estupendo, pues si quieres paso ahora en un momento y me lo firmas.

—No, deja, ya voy yo.

—Vale, así te enseño cómo ha quedado mi despacho. Ya casi lo he terminado de decorar. Estoy pendiente de unas plantas que he pedido a Parques y Jardines. Te espero.

—Media hora después llegó Francisco. Tras leer el informe firmó la copia y el original.

—Caray, Ágatha, te has explayado, no te has dejado detalle.

—Es lo que quería.

—Bien, yo creo que Genoveva no pondrá inconveniente. Le he dejado caer que se trata de un asunto importante y aunque sé que lo hará, le he pedido que te trate con cariño.

—Eres un sol Francisco. ¡Qué suerte he tenido de que estés cerca! ¿Te imaginas que todo esto me hubiera pasado sin tener ningún apoyo?

—Ja, ja, ja… Y además una buena comida que nos zampamos. Aunque tú apenas probaste bocado. Tenemos que repetir otro día para que podamos disfrutar sin el agobio que te traías, pobre mía —dijo con una sonrisa de oreja a oreja y añadió:

»Oye, el despacho te ha quedado fetén. Vas a tener que venir a decorarme el mío.

—Cuando quieras, de mil amores.

Y nos despedimos. Sentí un alivio inmediato. Francisco tenía la virtud de devolverme a la vida, con su sonrisa y su desenvoltura tan natural y esa voz de locutor de radio. Miré el reloj y pensé que sería buena hora para llamar a Genoveva. Normalmente la gente va menos agobiada al final de la mañana. Busqué el número en el listín de teléfonos del personal del Ayuntamiento, y marqué el teléfono del Archivo. Contestó una voz que se me antojó gangosa.

—Dígame.

—Buenas tardes, quería hablar con doña Genoveva.

—¿Quién la llama?

—Ágatha, una compañera de Talleres, bueno, de los Servicios Comunitarios.

—Voy a ver si está.

Son las consignas conocidas. Quién responde dice “voy a ver si está” y en función de que el destinatario de la llamada tenga o no tenga ganas de hablar la respuesta oscila entre: “está reunida”, “ha salido”, “tiene una visita”, “no se puede poner”, “déjeme su número y ella la llamará”. Pero tuve suerte. La llamada previa de Francisco había sido un talismán. Al poco oí su voz:

—Hola…

—Hola, buenas tardes. Soy Ágatha Leoni Ruso. Creo que Francisco Abellán la ha avisado de que la llamaría.

—Sí… sí. Me ha llamado Francisco. Pero no me hables de usted, que somos compañeras.

—Vale, es que como no la conozco —dije un poco avergonzada.

—Dime Ágatha. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Pues me gustaría decírselo personalmente, si no tiene inconveniente. Para mí es un tema, digamos, delicado.

—Sí, ya me ha dicho Francisco, sí. Bueno, pues si quieres te pasas una mañana a la hora del café y me dices de qué se trata.

Ni en mis mejores sueños hubiera imaginado una respuesta tan cordial y tan rápida. Me faltó ponerme a bailar de alegría. Recordé que Alda me había hablado de que me llamarían de alcaldía por lo de la inauguración de Talleres. Me pareció que sería bueno hacerlo coincidir, ya que el Archivo estaba muy cerca del Ayuntamiento, así si me retrasaba estaba cubierta.

—Pues, estoy pendiente de que me llamen de alcaldía. Podría aprovechar, si te parece bien.

—Sí, no hay problema y caso de que tuviera alguna visita o algún imprevisto ya te diría.

—De acuerdo. Pues te aviso y muchísimas gracias de nuevo.

—Quedo a la espera de tus noticias. Adiós.

—Adiós —respondí con la mayor vehemencia.

VI

Salí del despacho de Ágatha sabiendo que Arturo ya había actuado. ¿A santo de qué si no me había dicho que no le dejara pasar sin avisarla? ¿Sabría ella lo que estaban diciendo de la Casa de Acogida y de su papel en la misma? Estaba en un mar de dudas: ¿qué debía hacer? ¿Avisarla? ¿Esperar acontecimientos? Todo eran preguntas. Y lo peor, no tenía con quién compartir mi desasosiego. No había hecho amigos, lo que se dice *amigos* en el *Cuerpo*. Mis amigos eran los matrimonios con los que salíamos Amparo y yo en alguna ocasión, porque tampoco es que fuéramos mucho de salir. En realidad, mi mejor amiga y confidente había sido mi mujer. No tenía a nadie

con quien compartir mis cuitas. Decidí darme una vuelta por el patio, pese al calor, porque me estaba asfixiando más con mis preguntas sin respuesta que con el sol de justicia que caía.

Hacia el final de la mañana me llamó Ágatha. Me dio un vuelco el corazón porque estaba todo tranquilo y no parecía que hubiera ninguna alarma. Pasé a su despacho, como siempre dando dos toquecitos a la puerta con los nudillos hasta que me dijo que pasara.

—Dime Ágatha —le dije con un tono un poco angustiado, que yo mismo me noté.

—Fidel ¿Le han dado un sobre? —me preguntó.

—No, ¿quién tenía que darme un sobre? —En lugar de responderme siguió preguntando.

—¿No le ha dado un sobre su jefe o Presente en recepción?

—No, nadie me ha dado nada ¿Por qué? —pareció dudar unos momentos y añadió:

—Su compañero Arturo Domínguez estuvo ayer a última hora aquí y parecía que quería darle un sobre.

—No, lo he visto esta mañana y no me ha dado nada, tampoco Presente ni mi jefe. —Noté que me hacía esas preguntas con cierta ansiedad, la misma que advertí que me subía a mí por la garganta.

—Nada, no se preocupe. Lo habrán solucionado o sería un error. No tiene más importancia —parecía que lo decía para que no pensara más ello. Esbozó una sonrisa como para acompañar ese deseo—. Puede irse. Hasta mañana, si no le veo antes de las tres.

Salí del despacho aún más convencido de que Arturo estaba detrás de la calumnia. Por alguna razón quería hundir a Ágatha y a mí con ella. Estaba urdiendo un plan que tal vez se remontara a los tiempos en que lo dejé fuera de juego al ser el elegido de Amparo. Y en ese plan había involucrado a Lorenzo Arribas en un *Pacto Criminal*. Lorenzo parecía una réplica de Arturo. Siempre le secundó en todo. Eran hasta parecidos físicamente, menos en el bigote que lucía Arturo. Lorenzo tenía menos luces. En realidad, muy pocas luces. A él se le daban bien los puños. Siempre había estado a su sombra. Quizás para destacar era el que daba antes y más fuerte. Arturo se complacía mirando y controlando, haciendo notar que era él el que mandaba. Y no era que yo les hubiera visto nunca actuar, era lo se decía de ellos por lo bajo, y de lo que ellos se jactaban por lo alto.

¿Y esa historia del sobre? Si realmente Arturo tuviera el encargo del jefe de darme el sobre me lo habría hecho llegar. No es tan tonto como para quedárselo y arriesgarse a que, por ejemplo, el jefe me pregunte y yo le diga que no he recibido nada. Para mí estaba claro que había sido una artimaña para acercarse a Ágatha cuando yo ya no estaba. Vino el hombre justo cuando yo me había ido. ¡Qué casualidad! Seguro que había estado al acecho. Ya lo había hecho por

la mañana. Concluí que, puesto que no tenía con quién compartir mi inquietud, lo mejor era observar y estar atento en tanto se me ocurría alguna idea o los acontecimientos me llevaban por algún lado.

Hacia el final de la mañana vi llegar a Talleres al jefe de Bomberos, Francisco Abellán. No había hablado nunca con él, pero era *vox populi* que dirigía el Cuerpo de Bomberos muy eficientemente y que era popular y querido por sus hombres. Me saludó y vi que se encaminaba al despacho de Ágatha. Me extrañó e hice un movimiento del que yo mismo me sorprendí por lo osado del mismo, y es que ni corto ni perezoso, me dirigí yo allí también y disimuladamente me puse a escuchar detrás de la puerta, no sin antes tener preparada una respuesta por si me sorprendían. Siempre podría decir que me había refugiado allí porque había tenido un golpe de calor.

Al principio no oí nada. No sabía si era cuestión de mi oído, del grosor de la puerta o de que estaban en silencio (lo que sería raro), pero al cabo de poco escuché que Francisco Abellán hablaba de la directora del Archivo y que… algo de tratar con cariño; luego Ágatha le decía que estaba contenta de que estuviera cerca y luego algo de una comida y que tenían que repetir. Ahí me entró un sudor frío: cariño, comida, repetir. «¿Serían amantes?», pensé, y eso me llevó a discurrir si no habría algo de cierto en lo que me había dicho Andrés Navarro. Pero lo último que oí de boca de Ágatha, y muy claramente, me disipó esa duda momentánea. Ella dijo: «¿Te imaginas que todo esto me hubiera pasado sin tener ningún apoyo?». El tono con qué lo dijo me llevó a la convicción que eran palabras de agradecimiento, no de turbios amores. Me dio la impresión de que iban a despedirse y me alejé a tiempo de la puerta.

No sentí ningún remordimiento por esa intrusión en la intimidad de Ágatha. A fin de cuentas, estaba cumpliendo órdenes. ¿No me había dicho Andrés Navarro que abriera los ojos y los oídos? Pues eso era justamente lo que acababa de hacer y lo que seguiría haciendo. Estaba empezando a atar cabos, aunque no sabía si los cabos eran los correctos, pero una idea se me puso en la cabeza: Arturo había estado ayer en Talleres, a última hora, cuando yo ya no estaba. Había traído un sobre fantasma para entregarme. Francisco y Ágatha parecía que habían comido juntos y que él, aparentemente, la había apoyado. La que no me encajaba era la directora del Archivo. Me encontraba ante un *Supremo desafío*.

En esas estaba cuando vi a Eulalia y a Remedios entrar por la puerta de Talleres con unas carpetas debajo del brazo. Eso significaba que volvían de una visita domiciliaria. Según me habían dicho no solo atendían en Talleres, sino que tenían que visitar las casas para ver el ambiente y las circunstancias de las familias. Mientras las miraba empecé a plantearme si la conjura era solo sobre Ágatha y qué papel

tenían Eulalia, Remedios, Elvira y Ana. ¿Eran meros elementos secundarios de la escena? ¿Contra ellas no iban las artimañas de Arturo? No hacía más que sumar preguntas y no tenía ninguna respuesta. Decidí en principio concentrarme en aquello de lo que tenía más constancia, que Arturo iba contra Ágatha y de paso contra mí, y obviar de momento a sus compañeras. Aunque también tendría los ojos y los oídos bien abiertos porque lo que sí había notado es que formaban un bloque entre ellas, un bloque donde no apreciaba yo puerta por la que pudiera entrar Ágatha. Eran como dos mundos separados por el patio central por el que yo me paseaba.

¿Qué cómo supe que eran dos mundos separados? Pues por pura observación, más que por intuición. A pesar de que llevaba poco tiempo, apenas dos días, ya me había dado cuenta de que Eulalia, Remedios, Elvira y Ana hacían cosas juntas. Las había visto irse a desayunar, las había visto charlar de buena mañana alrededor de un café, antes de empezar la jornada. A las tres salían juntas o en grupos de dos. Mientras que Ágatha no participaba de los encuentros matutinos, ni de los desayunos y deduje, también se iría sola al final de la mañana. Por otro lado, cuando vino Alda pasó a verla a ella primero y estuvieron un rato juntas en el despacho de Ágatha, mientras que a las demás solo las saludó y se fue por dónde había venido. Es cierto que llevaba muy poco, poquísimo tiempo en Talleres, solo eran mis primeras apreciaciones. Pero acerté a ver cierta rivalidad hacia ella, como un cierto desdén. Capté alguna que otra mirada de esas que te repasan el *body* con descaro. Pensé que si la cosa se ponía fea con Ágatha poco podría esperar de sus compañeras.

Otro asunto en el que tendría que concentrarme era la Casa Refugio, sede de desmanes sexuales, según Andrés Navarro, informado por sus fuentes. Pero sí era así y Ágatha era la *madame,* ¿qué papel tenían las gobernantas? ¿Estaban conchabadas con Ágatha? Apenas conocía a Merche. Solo la había visto ayer, cuando vino a llevarse a Esmeralda a la Casa. Pero iban los niños con ellas. Cada vez estaba más perdido. Pensé en ir yo mismo a la Casa de Acogida y husmear por los alrededores. Pensé ir por la noche, protegido por la oscuridad para espiar sin ser visto. Pero…, ¡idiota de mí! Si no sabía ni dónde estaba situada. ¿Dónde iba a ir yo? «La verdad —pensé— qué poco dotado estoy para la investigación policial». Me consolé considerando que, a fin de cuentas, era mi segundo día en Talleres y que no podía arredrarme y darme por vencido. Seguiría estando alerta y tal vez la suerte viniera en mi auxilio.

Y vino.

Dseta

Si Carlota hubiera sabido lo que iba a contarle cuando la llamé

habría venido pertrechada de armamento y se habría encaminado en pos de Arturo Domínguez hasta darle alcance. Carlota es impulsiva, justiciera, arrebatada. Menos cuando se trata de analizar una obra de arte. Ahí es serena, pausada, comedida, meticulosa. La llamé porque sabía que se había quedado preocupada. Pero yo anoche solo quería descansar y dormir. Hoy me encontraba mucho más entonada. Seguía mirando por el espejo retrovisor, seguía sintiéndome insegura, pero mejor que ayer. Además, escribir todo lo que ocurrió, verlo reflejado negro sobre blanco, firmado por mí y por Francisco me dio una sensación de cierta serenidad. No sé, noté como que me quitaba un peso de encima. Eso yo lo sabía muy bien. En una embarcación en el mar al soltar lastre se puede equilibrar el centro de gravedad y por tanto se contribuye a conservar la estabilidad al navegar. Lo había visto muchas veces. Algo así me había pasado. Estaba, pues, en condiciones de hablar con Carlota. La llamé y quedamos para dar un paseo por la playa de *Les conxetes* —que debía su nombre a la gran cantidad de conchas marinas que había, sobre todo por los años sesenta, que es cuando se construyó el paseo—, y luego picar algo por los bares que abundaban a lo largo del ancho paseo. Le propuse ir a La barra de Elcidia, una mujer a la que yo conocía. Tenía 45 años cuando vino a Albovar en los primeros meses de 1983, procedente de Caucasia, del departamento de Antioquía en Colombia. La atendí al poco de llegar porque presentaba un cuadro de ansiedad y no tenía dinero. Había venido creyendo que le esperaba un trabajo en la casa de una familia adinerada, según le había comunicado un primo suyo que había venido en 1980 con su mujer y tres hijos. Decía que vivía de su oficio de escritor y que le iba bien en Albovar. Elcidia quería ahorrar dinero para brindar un futuro a sus hijos (de doce y catorce años de edad) que habían quedado al cargo de su abuela en Colombia. Del padre nunca se supo, aunque Elcidia siempre sospechó que estaba en la guerrilla. Pero al llegar se encontró con que el primo era más bien un borrachín de primera que pretendió introducirla en la prostitución, a lo que ella se resistió. Logró huir y la Policía Local la acompañó a mi despacho desde donde la orienté a una asociación que trabajaba por la reinserción de prostitutas. Y aunque ella no lo era, la acogieron para evitar que lo fuese. Elcidia es muy espabilada y supo salir adelante, entre otras cosas porque se fue a enamorar de ella un hombre del negocio de la hostelería que se acababa de separar y andaba atribulado. Al parecer la gracia colombiana de Elcidia lo sacó de la murria en la que andaba y este tras reponerse retomó su ruinoso negocio y en poco tiempo, aprovechando un momento de bonanza económica se hizo con un bar del paseo de la playa de *Les conxetes* que se traspasaba y lo convirtió en La barra de Elcidia. Entre sus habilidades culinarias y su gracia consiguió dar carácter al lugar, lo

que atrajo al poco a una nutrida clientela que valoraba los sabores de Colombia que Elcidia cocinaba con agrado y diligencia.

Carlota aceptó la propuesta de inmediato. Ya habíamos ido en otras ocasiones y le encantaba la bandeja paisa, pero no era un plato para la noche. Posiblemente nos inclináramos por una arepa rellena de verdura o carne. Llamé a Elcidia y la avisé de que iríamos sobre las nueve de la noche.

Elcidia fue una de las primeras mujeres que atendí antes de que existiera la Casa Refugio. Aparte de querer mejorar las condiciones de su vida y ofrecer un futuro a sus hijos ella lo que quería era abandonar Colombia. En esos años en que el conflicto armado estaba recrudecido en Antioquía con profusión de muertes, desapariciones y secuestros, ella fue particularmente sensible a esta última práctica: la utilizaba tanto la guerrilla, en mayor medida, como los grupos paramilitares para financiar la guerra o para chantajear políticamente al adversario. Los narcotraficantes también utilizaron el secuestro con variados fines: políticos, para financiar sus guerras con el Estado o como un mecanismo para cobrar deudas. El caso más destacado fue el de Pablo Escobar, cuya capacidad para tomar rehenes y cobrar por su liberación fue un elemento central de su poder.

Poco antes de llegar Elcidia a España, en enero de 1983, se llegaron a producir hasta treinta y un casos de secuestros. A Elcidia le impresionó vivamente el de Gloria Lara de Echevarrí, abogada y política, ocurrido el 23 de junio de 1982, y que acabó con su asesinato el 28 de noviembre del mismo año, de un tiro en la cabeza. Gloria Lara estuvo sometida al ayuno en todo ese tiempo (pesaba 30 kilos cuando fue encontrada muerta). Hacía poco, mayo de 1982, que el candidato conservador, Belisario Betancur, había ganado las elecciones presidenciales y se mostró comprometido a remover los obstáculos que impedían ampliar el sistema democrático, el bienestar social y por consiguiente el logro de la paz. Entre sus iniciativas para lograr una apertura democrática se contaba convocar una cumbre política para debatir las reformas al régimen, la creación de una comisión de paz pluralista, promulgación de una ley de amnistía y negociaciones con los alzados en armas. Todo ello en el marco de una política exterior comprometida con los países no alineados ante el temor de que el conflicto armado centroamericano se extendiera a Colombia. Esta postura fue secundada de manera muy activa por el Grupo de Contadora (México, Venezuela, Panamá y Colombia). En este contexto el caso de Gloria Lara concentró las contradicciones en torno a la paz entre el primer mandatario, la sociedad civil y los militares.

Elcidia, más allá de la coyuntura política que rodeó el caso, vivió la noticia del secuestro sintiendo una profunda empatía por el

sufrimiento que padeció Gloria Lara Echevarri: un largo cautiverio, las condiciones del mismo, en el que aparte del sufrimiento inherente a la pérdida de libertad, se sumó el ayuno forzoso. Todo ello configuró una experiencia de extrema inhumanidad. Más que simple empatía Elcidia sintió una fuerte identificación con Gloria Lara Echevarri a lo que contribuyó, sin duda, el hecho de que tuvieran la misma edad. Sea lo que fuere, en ese momento tomó la determinación de salir de su país. Ella podía ser otra Gloria Lara, la Gloria Lara de Echevarrí que ahora debería tener 45 años como los que tenía Elicidia si un 23 de junio de 1982 no la hubieran llevado a los infiernos, a la cruel inmovilización, a la desolación, al dolor más profundo.

Todo eso me contó Elcidia a través de las entrevistas que fuimos teniendo. Y ahora lo recordaba no solo porque a las nueve de la noche iría a su barra con Carlota sino porque estaba notando como una zozobra. Tras la primera sensación de desahogo al escribir el informe sobre mí misma se sumaba ahora, unas horas tarde, otra bien distinta. Empezaba a tomar conciencia de mi nueva situación de víctima. Hasta ahora yo había estado del otro lado de la mesa. Un escritorio separaba mi vida de las otras vidas. Ellas eran las necesitadas de ayuda, yo la que la proporcionaba. Ellas eran las sufrientes, yo la experta profesional. Pero ahora, de repente, no había escritorio por medio. Los informes que redactaba cuando salían de mi despacho tenían el nombre de ellas. Hoy mi informe llevaba mi propio nombre. Yo no estaba en cautiverio, no podía ni por asomo buscar una nimia coincidencia, pero si no había descendido al infierno sabía que la confianza básica con la que había vivido hasta entonces se había desmembrado y ya no era un ente compacto que me proporcionaba seguridad. Para seguir con mi vida debía juntar los pedazos rotos y configurarla de nuevo.

Carlota vino a buscarme a las ocho y media; vivía en la misma urbanización, dos bloques más allá del mío. En uno llamado Aseria. Era mejor ir en un solo coche, ya que sobre todo en verano es muy difícil aparcar en la zona de la playa. Fuimos en mi Alfa Romeo. A Carlota le encantaba el color azul y aún se preguntaba por qué su Wolkswagen Golf lo eligió rojo. Tenía los ojos más grisáceos que azules, por la luz vespertina, vecina de la nocturna. Noté que ardía en deseos de escucharme, pero me adelanté y le dije que esperara a que llegáramos a La barra de Elcidia. No quería empezar y luego detenerme con los saludos y abrazos que con toda seguridad nos daríamos Elcidia y yo, así como una inevitable pequeña charla de cortesía. Quería contárselo de un tirón, como así hice cuando nos sentamos en una mesa para dos en la terraza, para recibir la brisa del mar. Carlota no me interrumpió ni un momento. Parecía que se hubiera quedado muda. Pude observar que por su flequillo *garçon*,

inclinado por la sien izquierda caían gruesas gotas de sudor. Su semblante estaba más serio de lo que jamás lo había visto y me pareció ver palidecer su cara y tornarse alba como el tono de su blusón.

La conocía. Estaba examinando la situación como examinaba las obras de arte, con precisión y cautela. Cuando terminara el análisis sabía que saldría su parte impetuosa. Pero antes se permitió mirarme con solicitud y cogerme ambas manos, tras lo cual dijo como para sí:

—¿Cómo ha podido atreverse?

—Lo hizo, te aseguro que lo hizo ¡Y tanto que se atrevió!

—Pero Ágatha, tuviste valor de meterle tamaña patada en los huevos —me dijo muy asombrada.

—Carlota, acababa de colgar la lámina que me trajiste de Florencia. Estaba extasiada. Me sentía orgullosa de que estuviera ahí, para que la vieran todas las mujeres que atiendo. Una Judit valiente venciendo al gigante Holofernes. Supongo que eso me infundió fuerza. También tú estabas presente con tu regalo. Aunque tienes razón, tampoco yo sabía que tenía esa potencia de rodilla.

Hicimos una pausa para hincarle el diente a la sabrosa arepa de verduras que pedimos, y tras un largo trago de cerveza San Miguel, nuestra preferida, Carlota cogió carrerilla.

—¿Te vas a conformar con tener ese informe que has hecho como única arma —me dijo con cierta cara de aprensión.

—De momento, sí.

—¿No se lo vas a contar a tus compañeras?

—¡Qué dices! Ni en broma. Ya te he contado que las noto recelosas. El tema de los malos tratos ha aparecido en escena después de años de silencio. La prensa, la radio, están todos ansiosos por saber. Sé que hay un punto morboso, pero con sus noticias dan luz al problema. La semana pasada no pudo ir Alda a la radio local y me envió a mí. ¿Sabes lo que eso significa? Pues que están molestas. Lo noto. Han hecho como un aparte. Van a desayunar juntas, se marchan juntas. Yo soy como una isla aparte, y sé de lo que hablo. —La miré con complicidad cuando dije aquello. Es mi sino—. Y Alda se confía más a mí. Todo eso lo notan. El otro día Eulalia volvió de sus vacaciones, fui a saludarla con un beso y me apartó la cara. Ni en broma Carlota, ni en broma. En estos momentos me darían la espalda. Lo sé.

—Entonces, vas a guardar silencio —lo dijo como una afirmación.

—Te he dicho las razones del por qué actúo así. No puedo exponerme ahora.

—¿Y si lo vuelve a intentar?

—Bueno, he alertado al policía que nos han traído para que me avise si viene por Talleres.

—¿Eso es todo?

—Carlota, no me atosigues. Esto pasó ayer. Tengo que digerirlo. Aún estoy tratando de recuperarme. No te he contado que también he recibido llamadas telefónicas y que al contestar no dicen nada. Estoy aún amedrentada.

—Tú te vienes a mi casa hasta que esto se pase.

La miré, pero fui incapaz de decir nada. Solo acerté a balbucir:

—De acuerdo.

Elcidia se acercó para preguntarnos si nos habían gustado las arepas. Ambas dijimos que sí. Dimos el último sorbo a la cerveza, pagamos y nos despedimos de ella. Dimos un paseo silencioso antes de regresar a nuestras casas.

Cuando llegamos a Las Diosas ya habíamos acordado que necesitaría unos días para preparar el traslado a su casa.

VII

La suerte vino a mí el tercer día de mi destino en Talleres, cuando al entrar por la puerta, oí mi nombre a mis espaldas. Me volví y me encontré con Francisco Abellán. Me hizo una seña para que me acercara a él. Así lo hice, lo saludé y él a mí. Entonces me dijo:

—Fidel, le invito a un café.

—Ah, muchas gracias —respondí agradecido.

Quedé extrañado, no lo niego. No sabía que conociera mi nombre. Yo, por supuesto, sí le reconocí ayer cuando fue al despacho de Ágatha y tuvieron la conversación que yo escuché. En ese momento pensé que quizás se había dado cuenta de mi intromisión y que lo que quería era afeármelo. Temblé un poco, pero procuré que no se me notara. Estaba confuso y me preguntaba por qué me invitaría a mí, un pobre policía local en el que nadie reparaba, a un café.

Me condujo a la cafetería Fuentes situada hacia la mitad de la calle Vega. Debía su nombre a que estaba decorada con fotos en blanco y negro de fuentes campestres de diferentes lugares de la provincia de Alicante. Al entrar me envolvió el agradable aroma del café, que solo se aspira a esas horas de la mañana y la espesa atmósfera de humo. No fuimos a la barra, que estaba atestada de hombres y mujeres apurando los últimos minutos de respiro antes de afrontar la mañana laboral, sino que buscó una mesa en la esquina entrando a la izquierda desde la que, a través de un amplio ventanal, se podía ver el bullicio de la calle. Él pidió un café, yo un descafeinado. Antes de que lo sirvieran me miró fijamente y con solemnidad me espetó:

—Fidel, esta conversación es entre hombres. No debe salir de

aquí. —Pensé que ayer sobre la misma hora Andrés Navarro me estaba pidiendo lo mismo.

—Claro, claro —contesté un poco azorado.

—Sabe que ayer fui al despacho de Ágatha —dijo serio, lo que impresionaba más porque su semblante era jovial y tenía fama de desbordar simpatía.

—Sí —repuse, ya nervioso perdido y diciéndome: «¡Ay Dios mío, es por el espionaje de ayer!».

—¿Sabe por qué quiero hablar con usted? —me preguntó.

—Sí, sí… —respondí convencido de que era para echarme en cara aquella escucha clandestina.

—Entonces… ¿Está al corriente de lo que ha pasado?

—Volví a contestar que sí. No tenía otra opción. Me había pillado. Lo mejor era confesar.

—Lo que yo quiero saber es si puedo contar con usted.

Este giro me sorprendió. ¿Contar conmigo? ¿Para qué? ¿Dónde estaba la bronca? O quizás se refiriese a contar conmigo para reconocer mi falta y pedir disculpas. Mi opción más honorable era asentir a todo y en el momento adecuado pedir perdón.

—Por supuesto don Francisco, cuente conmigo —le respondí sintiendo el rubor en mis mejillas.

—No le conozco mucho, pero tiene fama de ser buen hombre y cumplidor en su trabajo. Lo primero es, sobre todo, lo que me interesa de usted. No quiero que de ninguna manera vuelva a repetirse lo del otro día.

—Descuide que no se repetirá. —Me miró complacido.

—Entonces, ¿Puedo estar tranquilo de que no consentirá que Arturo Domínguez se acerque a Ágatha y se repita la situación del lunes? Ella, de momento, no quiere que nadie más se entere y hay que respetarlo, por lo que solo puede contar con nosotros dos.

Abrí los ojos, pero que muy abiertos. ¿Dónde estaba la recriminación?, ¿qué era lo que nadie debía saber? Solo me quedaba la salida de preguntarle directamente y sin tapujos.

—Perdone, pero me he perdido. Yo he venido con usted a tomarme el café muy arrepentido por haber escuchado detrás de la puerta ayer, y esperaba pedirle disculpas. Pero es que eso fue ayer y usted me habla de la situación del lunes y que ella no quiere que nadie se entere. Y yo… discúlpeme, no acabo de entender nada.

—Entonces… ¿qué es lo que usted sabe? —me inquirió con perplejidad.

Yo vi el momento de sacarme de dentro la espina de la preocupación y la soledad que sentía con el encargo de Andrés Navarro y sin pensármelo decidí que se lo contaría.

—Creo que lo que yo sé no lo sabe usted y lo que sabe usted no lo

sé yo. Lo mejor será que contemos qué sabemos cada uno. Por lo menos yo lo voy a hacer. Se lo voy a contar porque su interés por Ágatha es genuino y yo no puedo más con las calumnias de que es objeto. Y además me piden mi colaboración.

—Cuéntemelo todo —dijo como si fuera una orden.

Y así lo hice. Ya no era el único que sabía que estaban tendiéndole una trampa a Ágatha. Podía contar con Francisco Abellán. Cuando terminé de relatarle la petición de Andrés y la mentira vertida sobre Ágatha él pasó un largo minuto, que se me hizo eterno, antes de responder como para sí mismo:

—La situación es más grave de lo que pensaba. Están echando mierda. —Entonces me miró de frente, elevó la voz y concluyó—: Ha hecho bien contándome esto. Es mejor que Ágatha no sepa nada por el momento. Escuche que ahora le diré lo que sé yo.

Conforme Francisco me contaba el episodio del lunes a las tres, cuando yo ya me había ido, sentía que la ira me sacudía las entrañas. Habría destrozado las de Arturo, sin duda, de tenerlo delante. «¿No tenía bastante conmigo? ¿Tenía que amedrentar también a Ágatha solo porque estoy a su lado?», me pregunté para mis adentros. Francisco debió notar la rabia que sentía y me preguntó si estaba bien. Le dije que sí y nos dimos la mano de una manera que dejaba a las claras que contábamos el uno con el otro.

Regresé a Talleres. Otro día que llegaba tarde. Fui a disculparme ante Ágatha, pero no le dije a qué se debía mi retraso. Lo que en otro momento me habría producido mucho apuro ahora no le concedí importancia. Me había quitado un gran peso de encima confesándoselo todo a Francisco Abellán. *Confiesa un pistolero*. Me sentía perdonado y limpio y, lo más importante, sabía que contaba con *La ayuda de un amigo*. Pero, a su vez, lo que él me hizo saber me producía un gran desasosiego.

A media mañana me reclamó Ágatha. Yo siempre con mi complejo de culpa pensé que se había arrepentido de no regañarme antes y que iba a hacerlo ahora. Pero me llevé una sorpresa.

—Fidel, acabo de hablar con Alda sobre este fin de semana en que he de ir a Tabarca por unas gestiones que me ha pedido, y no se imagina lo que me dicho.

—No —le contesté, al tiempo que pensaba que mi vida en Talleres era un continuo sobresalto.

—Pues quiere que me acompañes.

—¿Cómo? —pregunté sorprendido en grado máximo.

—Como lo oyes —y añadió—: Fidel, si tienes ya algún compromiso, dímelo y ya hablo yo con ella.

—No, no te preocupes. Soy viudo y mi único hijo vive en Madrid. Llevo una vida solitaria y poco social. Hace muchos años que no voy a

Tabarca. La última vez que fui lo hice con mi mujer hace ya… Bueno, quiero decir que me gustará mucho acompañarte.

—Es que ya sabes, Alda se ha puesto muy nerviosa con el altercado que hubo hace poco con uno de los maridos de las mujeres de la Casa Refugio y, por lo que se ve, quiere que usted sea mi sombra. Yo, encantada, no se moleste. Quiero decir, que no tengo nada que ver con esa decisión.

—Lo comprendo. Estaré encantado de acompañarla señorita Ágatha.

—Por supuesto se le abonarán dietas y no tendrá que pagar nada. Podemos salir el sábado a primera hora y así disfrutar un poco de la playa, del sol, de los rincones de la isla. Yo soy de allí, ¿lo sabía?

Iba y venía con el tú y el usted. Esa combinación tan aleatoria y espontánea me hacía mucha gracia. Y al mismo tiempo iba notando un gusanillo en el estómago. Ir a Tabarca, de por sí, me hacía ilusión, pero ir acompañado de Ágatha me entusiasmaba. No sé cómo decirlo. Noté un cosquilleo que hacía mucho, muchísimo tiempo que no sentía.

—Sí, me lo imaginé por los apellidos. Ese Leoni Ruso la delata. —Noté cómo caía en el juego del tratamiento—. Bueno, y que usted podría pasar por una tunecina; tan morena, con su pelo tan negro y… —note que me embalaba y decidí frenar—. Pues que sí, que me imaginé que era de Tabarca.

—Entonces, reservo para el sábado en la Kontiki. Iremos hasta Alicante con mi coche. Pasaré a recogerle si me da su dirección. Tendré mucho gusto en enseñarte mi isla y ya verá cómo no se hace pesado. Eso sí, no olvide llevar un sombrero, crema solar, toalla y un bañador. También me tendrá que dar su teléfono para que pueda avisarle si surge algún imprevisto.

—Claro, claro, ahora mismo —dije mientras cogía un papel y un boli de su mesa y notaba como mis pies flotaban sobre el suelo de aquel espacio de pinturas.

Mientras anotaba mis señas era consciente de que me temblaba el pulso. Estaba nervioso. La perspectiva que se presentaba ante mí me ilusionaba como hacía tiempo nada lo hacía. Terminé de escribir y le entregué el papel. Mientras ella lo guardaba en su bolso me fijé en las paredes decoradas y se lo dije.

—Por cierto, le ha quedado muy bonito el despacho con los posters que ha puesto. Debería de haberme pedido ayuda para colgarlos.

—Muchas gracias Fidel, pero me las arreglé bien. Descuide que si alguna vez necesito su ayuda se la pediré.

—Pues… si no manda nada más, me voy a hacer mi ronda por el patio —le dije con tono jovial. Seguro que había notado que estaba muy, pero que muy contento.

Por la tarde acudí en busca de Abellán para informarle de mi viaje a Tabarca. Cuando lo encontré, a eso de las tres y cuarto, no se sorprendió mucho de verme. Es más, parecía saberlo, porque tras salir a la puerta encendió un cigarrillo y me dijo con ojos de picardía antes de que yo abriera el pico:

—Se va de excursión ¡eh!

—Yo, por el contrario, le miré muy sorprendido preguntándome si acaso se lo habría contado Ágatha. Pero no había sido ella.

—No me mire así. Ahora se lo explico. Verá, ya sé que Ágatha no quiere contar a nadie lo que ha pasado, pero yo tengo un imperativo moral, el mismo que habrá tenido usted cuando pensaba que era el único que lo sabía. Vamos a respetar su deseo, pero la concejala debía saberlo. De modo que he tenido una conversación cara a cara con ella y le he explicado lo que ocurrió el lunes con Arturo y lo que le ha dicho a usted Andrés Navarro. Ella, como se imaginará ha querido tomar cartas en el asunto, pero he conseguido disuadirla. Le he dado las razones que me expuso Ágatha y lo ha comprendido. Por eso quiere que usted la acompañe. Haga como si nada y vaya con ella. Dejémosla que haga las cosas a su modo. Pero era necesario tomar otro tipo de precauciones. No la pierda de vista en la isla. No sabemos qué puede estar urdiendo Arturo Domínguez. Confíe en mí.

Asentí.

Eta

De sobra debería saber que Carlota era y es un bálsamo de amistad. No sé por qué no corrí el mismo lunes a su casa o por qué no acepté su invitación de tomar una copa. Lo importante es que la salida a La barra de Elcidia, el paseo último por el mar, su compañía. Todo contribuyó a que me sintiera mejor y cuando llegué a casa dormí plácidamente hasta que sobre las cinco de la mañana sonó el teléfono. Contesté, pero nadie dijo nada. Noté palpitaciones. Me pareció oír una respiración agitada y colgué. Ya no pude dormirme. Comprendí que Carlota tenía razón, si aún albergaba alguna duda sobre lo de irme un tiempo a su casa esta última llamada me había decidido a hacerlo.

De camino al trabajo el día siguiente, decidí concentrarme en las tareas que tenía pendientes y tratar de olvidar el asunto. Lo conseguí. Sobre las once me llamó Alda.

—¿Cómo llevas lo de Tabarca? —me preguntó.

—Bien. Iré este sábado y el lunes te entregaré la planificación, las reservas y todo. Pero tienes que decirme el número total de personas para hacer la reserva.

—Seremos quince, y dieciséis si quieres venir tú.

—No Alda, díselo a Eulalia o a Remedios.

—¡Qué manía con darme órdenes! Mira que te gusta ponerme

peros y alternativas. —No lo dijo con mal tono esta vez, lo dijo casi con complicidad.

—Alda, ellas son las que llevan tercera edad. ¡Cómo voy a ir yo!

—Bueno…, te concedo que en eso tienes razón. Otra cosa, te llamarán hoy de alcaldía por lo de la inauguración. ¿Le has dicho ya a Fidel que se va contigo?

—Sí… pero ¿estás segura?

—Agathita… te vas con Fidel y punto. Lo he puesto ahí para que te vigile, ¿no? Pues si te vas a Tabarca se va contigo y no se hable más. Esta mañana se lo confirmas.

—Pero ese hombre ¿qué va a hacer conmigo todo un día? O… ¿qué voy a hacer yo con él?

—Eso es asunto tuyo, le das conversación y le enseñas tu isla.

Así era siempre Alda. En realidad, teníamos una corriente de simpatía mutua y yo diría que de cariño disfrazado de jerarquía, por la que ella asumía su papel de gran jefa y yo de sumisa subordinada que, según ella, le tocaba mucho las pelotas. Lo importante es que nos entendíamos. Tras su fachada dura y mandona vislumbraba una sensibilidad por lo social y una voluntad férrea por sacar su concejalía adelante. Yo a menudo la cuestionaba, ella se hacía la enfadada, pero acababa haciéndome caso. De ese modo funcionábamos muy bien, lo que sin duda creaba una cercanía que no tenía con las demás.

Le confirmé a Fidel que nos íbamos a Tabarca. Mira por dónde me había encontrado con un guardaespaldas, quizás en el momento que más lo necesitaba. No estaba mal. Además, pensé en lo tranquilo que podía resultar pasar un día con un hombre sin preocuparme de que me quiera llevar a la cama. ¡Ay, sí, aprovecharía esa oportunidad! Me vino a la mente la canción *Libre* de Nino Bravo. Mi isla, sol, mar y un hombre que no me iba a causar problemas.

El sonido del teléfono me sacó de mis cantos de libertad. Efectivamente, tal como me había anunciado Alda se trataba de la secretaria del alcalde, Teresa Martínez. Me dijo lo que ya esperaba oír, que fuera a la una a la alcaldía. Le pregunté cuánto tiempo pensaba que podíamos tardar en resolver la cuestión y me dijo que seguramente menos de una hora, por lo que, tras colgar, llamé al archivo por si podía ver a Genoveva. No era la hora del café, pero podíamos hablar en su despacho, si a ella le parecía bien. Tardaron en pasarme con ella. Estaba a punto de colgar cuando oí su voz.

—Ágatha, disculpa, me has pillado en la biblioteca, en el piso de abajo, y he tardado un poco en llegar a mi despacho. Dime.

—Pues que me han llamado de alcaldía y creo que puedo estar libre sobre las dos. No es lo que habíamos acordado del café, pero he pensado que a lo mejor no te venía mal que me pasara.

—Me parece perfecto. Las dos es una buena hora porque no

suelen haber llamadas ni interrupciones.

Le di las gracias y colgué tras despedirme. Algo me subió y me bajo desde la garganta hasta la barriga. Como un sobresalto. Por un momento me quedé sin fuerzas. Me daba cierta impresión presentarme ante esa mujer que no conocía y plantearle que me guardara aquel informe. Pero tenía que hacerlo. Lo saqué del sobre en que lo había guardado, lo leí por última vez y lo cerré poniendo saliva en la solapa, después estampé el sello de mi servicio sobre la misma. «La suerte está echada», pensé suspirando.

Cuando llegué a la alcaldía me estaba esperando Teresa Martínez, la secretaria particular del alcalde. Una mujer seguramente joven, pero que debido a que siempre la había visto vestida de negro, o como mucho de oscuro, me parecía mayor. No tenía la faz triste sino más bien un gesto entre irónico y desganado. Dejó al cargo de las posibles llamadas a un auxiliar administrativo, al que no había visto en mis anteriores visitas, y me llevó a una salita contigua a su despacho. Nos sentamos en un sofá de cuero color blanco, dispuesto frente a un escritorio con dos sillas confidente. La estancia tenía un aire sobrio. Los lienzos que la adornaban estaban enmarcados en madera dorada. Mostraban lugares típicos de Albovar, entre ellos algunas de sus fuentes. Delante del sofá había una mesa rectangular baja con patas de madera haciendo un dibujo de canales que soportaban una superficie de mármol rosado con vetas curvilíneas un poco más claras. Probablemente provinieran de las canteras de Ayacor, porque me recordaba a las columnas de la Comandancia de Marina de Alicante cuyo mármol procedía de allí, según Carlota. Sobre la mesa había un cenicero circular de vidrio con el escudo de Albovar en el centro y sin ninguna colilla. La estancia despedía un olor a poder masculino pretendidamente neutro, que a mí se me antojó provenía de caros productos de limpieza.

Teresa fue al grano. Transmitía la eficiencia de quien ha sido elegida por el mismísimo alcalde para ser su persona de confianza.

—El quince de septiembre es el mejor día. Los lunes la agenda está más vacía y caso de que surja algo importante quedaría hueco para ajustarlo. Díselo a Alda y si no pone inconveniente lo cierro con esa fecha a las doce.

—No hace falta —le respondí—. Alda ya me ha dicho que la fecha que digas tú le parecerá bien.

—Entonces la anoto como definitiva. Pondremos una carpa blanca en el patio de Talleres por si sigue cayendo este sol de justicia. De Parques y Jardines llevarán algunas plantas y se montará un catering. De todo eso, junto con las invitaciones, nos ocuparemos nosotros. Solo necesito que me des tu lista de invitados.

Abrí la carpeta marrón que había dejado sobre la mesa de mármol

y extraje dos folios cosidos con una grapa, con cuidado de que no se deslizara el sobre que quería entregar a Genoveva. Mientras alargaba el brazo hacia su mano le dije:

—Aquí tienes. Como verás es el listado de asociaciones feministas y variadas oenegés de Albovar. Por la proximidad, hemos incluido también las de Alicante. No he señalado ninguna institución porque ya me ha dicho Alda que os ocupáis vosotros. Alda me ha pedido que no olvidéis, por favor, incluir al *Servei de la Dona*.

—Dile que esté tranquila. Bueno, pues esto es todo. Ah, no, espera un momento —dijo desviando los ojos a la izquierda, como si acabara de recordar algo.

Y salió del despacho. Me quedé un rato esperando. Después, como vi que tardaba, me levanté y estuve mirando las fotos enmarcadas. Diez minutos después entró con una maceta preciosa que identifiqué como un lirio de la paz. Estaba dentro de un doble macetero blanco. El interior era liso y el segundo hacía un enrejado ajustado al primero. Me lo entregó con una sonrisa. La primera que le veía desde que la conocí.

—Para ti —me dijo con una sonrisa.

—Oh, muchas gracias. ¿Y eso? —pregunté conmovida.

—Sé que estás decorando tu despacho —me respondió.

Tuve reflejos para pedirle si podía recogerla luego porque iba a pasar por el archivo. No quería que Genoveva me viera aparecer con lo que podía parecer un soborno para que accediera a custodiar mi sobre.

—Sin problema —me dijo.

Nos despedimos con un beso. Salí del Ayuntamiento, un edificio del siglo XIX, de tendencia neoclásica, según me había informado Carlota. Disponía de tres cuerpos, dos laterales y uno central, de los cuales los situados a derecha e izquierda eran iguales, con dos puertas terminadas en arco y una elevación en las fachadas que terminaba con sendas circunferencias de cristal a modo de rosetón de un único color hueso sobre las que se posaba un pequeño frontispicio triangular. El edificio central terminaba igualmente con un frontón triangular de mayor tamaño que descansaba sobre una base recta. Disponía de una puerta de idéntico tamaño que la ventana situada sobre ella a modo de balconada. A la alcaldía había accedido por la puerta central, en la que siempre había un policía local y un conserje. Ahora me despedía de ellos para acudir a la cita con Genoveva en la manzana posterior al Ayuntamiento.

Genoveva me impresionó. Su figura, de unos cuarenta años, se me antojó igualmente neoclásica, por la limpieza y armonía que desprendía. Vestía traje y chaqueta gris perla con algunos filamentos rosáceos, de tela veraniega y ligera; llevaba un pañuelo diminuto, rosa

pálido, anudado impecablemente al cuello como Ava Gadner en *Mogambo*, y unos zapatos de tacón grises en tono más oscuro. El pelo, de color entre dorado y gris lo llevaba corto y un poco ondulado, de peluquería, con las justas joyas, que se adivinaban de familia. Un reloj de oro completaba la imagen. Me esperaba de pie.

En ese momento lamenté ir vestida con aquel pantalón de lino, color crudo, bastante arrugado y aquel jersey verde limón, sin más adorno que mi carpeta marrón. Nos saludamos, me invito a sentarme y le expuse mi propósito. Lo que me contestó, mirándome fijamente con sus ojos azules, me dejó petrificada en la cómoda silla tapizada de azul, frente a su escritorio de madera de abedul.

VIII

Ya sabía yo que antes o después tendría que actualizar mi aspecto. El próximo viaje a Tabarca solo había hecho que acelerar el momento. Cuando llegué a mi casa, después de comer en la taberna Brillante, fui directo al armario de mi habitación. Ni me senté a tomar un triste descafeinado en la mesa de girasoles, que ya había dejado perfectamente limpia, tras una buena sesión de lejía, jabón, agua y secado. Justo lo que necesitaba yo, una limpieza, pero de armario. Cuando abrí el cuerpo que me correspondía (el de mi mujer estaba tal cual. Yo no me había atrevido a tocarlo), donde recordaba que estaba el bañador, me quedé estupefacto. Era un triste meyba con rayas a los lados, de un desvaído color beige. ¡Cómo me iba a presentar delante de Ágatha con semejante adefesio! Y los pantalones ¿Debería ir con pantalón largo o corto? ¿Camiseta o camisa? ¿Zapatos o chanclas? ¡Ay, Dios mío! Sentí temblar el suelo bajo mis pies. Necesitaba urgentemente ayuda. Estaba anclado en el pasado. La rutina con Amparo me había hecho desentenderme de mi parte coqueta, si es que alguna vez la tuve. Además, como la mayor parte del tiempo iba de uniforme no prestaba mucha atención a mi atuendo, y era mi mujer la que me compraba la ropa. Tenía que ponerme al día antes del sábado. Disponía de esa tarde y dos días. ¿A quién acudiría? No me venía a la cabeza nadie. Tenía que pensar. Decidí echarme un rato y descansar; cuando abriera los ojos igual se me había ocurrido algo.

Lo que se me ocurrió fue *Un Truco de cobardes*: Ir a la mercería de Modesta, una amiga de mi mujer, que había heredado la tienda de sus padres. Estaba cerca de mi casa, a un cuarto de hora andando. Así lo hice, pero Modesta ya no vendía trajes de baño. Me dijo que la gente prefería, para ese tipo de compras, ir al paseo de la playa de *Les*

conxetes, donde había proliferado el comercio de accesorios de playa. Me recomendó que fuera allí, donde encontraría todo lo que necesitaba. Me dio un poco de pereza, pero acabé armándome de valor. La voluntad de que Ágatha me viera presentable se impuso. Tal como me había dicho Modesta encontré dos o tres tiendas que ofrecían lo que yo buscaba. Tras pensármelo mucho me incliné por un bañador azul marino, unas chanclas del mismo color y una gorra blanca con un escudo de capitán de yate. Una vez fuera de la tienda me di cuenta de lo monótono que era yo en mis gustos. Del uniforme azul pasaba al bañador azul. «Qué soso soy», pensé.

Los dos días que faltaban para el sábado los pasé pendiente no solo de mi vestuario, sino de todos los accesorios para un día de playa: cremas, toalla, una bolsa… ¡Ah, y unas gafas de sol! Me di cuenta de que las que tenía eran muy antiguas, así que fui a una óptica y me estuve probando varias. La dependienta fue la que me orientó. Y el viernes por la tarde estuve probándomelo todo, mirando también qué ropa llevaría en el barco. Parecía un chaval preparando su primera cita. Y lo mejor era que tampoco sabía el porqué de mi actuar. Me costaba reconocer lo obvio: quería causar no solo buena impresión sino… ¿tal vez gustarle? Preferí no contestarme.

Vino a recogerme a las nueve de la mañana. La Kontíki salía a las diez en punto del puerto de Alicante y teníamos que llegar hasta allí desde Albovar. Yo estaba ya en la puerta con mi bolsa de deporte, donde había metido todos los complementos, cuando ella llegó con su Alfa Romeo azul que yo tan bien conocía por custodiarlo todos los días mientras estaba aparcado bajo aquella verde parra de Talleres. Subí al coche y la vi hermosa, con un vestido blanco muy suelto y el cuello barco simulando unos encajes que también estaban al final de las anchas mangas que terminaban en punta. En los pies llevaba unas sandalias como de esparto, atadas desde el tobillo hasta el comienzo de la pierna por un cordón rústico, en blanco y azul.

—Buenos días, Fidel. Suba, que nos vamos —me dijo.

Entré sin decir nada y una vez sentado le contesté, mirándola extasiado:

—Buenos días, señorita Ágatha.

—¿Está preparado para pasar un día de mar y playa?

—Sí…, sí —contesté con una pizca de emoción y cierto temblor en la voz que esperaba no me hubiera notado.

—Pues allá vamos. Espero que lo pase bien y no se aburra mucho.

—Desde luego que no —le contesté convencido.

La Kontiki era un catamarán que yo conocía bien. Operaba desde 1966 y en él había hecho yo el trayecto más de una vez con mi mujer, cuando ella vivía. La verdad es que no pensé que volvería a la isla. Como tantas otras cosas había enterrado esa posibilidad en algún

lugar cuando perdí a Amparo. Pero lo que me estaba sucediendo me demostraba que aquello que pensamos que está sepultado puede emerger y revivir. Algo así como lo que pasa con el árido invierno, que da paso a una explosión de nueva vida.

El catamarán estaba lleno y el alboroto me permitió observar a Ágatha distraídamente. Su larga melena azabache bailaba con el viento. Estaba sentada con los brazos extendidos y la cabeza inclinada hacia atrás. Parecía absorber la brisa marina y el sol. Por mi parte, yo sentía el ruido del barco al avanzar por el mar como un torbellino de presagios que aceleraban los latidos de mi viejo corazón.

Cuando llegamos a puerto fuimos de los últimos en bajar. Un fotógrafo nos inmortalizó con su cámara, al igual que a todos los pasajeros que iban descendiendo. Advirtió que a la vuelta estarían disponibles las fotos. Me hizo mucha ilusión pensar que podría tener una foto con Ágatha. Una foto de los dos, como si yo no tuviera sesenta años, como si pudiéramos ser una pareja de verdad.

Entramos en el pueblo por el arco de la muralla y me sugirió que fuéramos antes de nada a la zona de la playa para reservar una mesa para ambos en el restaurante Gloria, donde también tenía que concertar el menú y la reserva para la comitiva que encabezaría Alda. Observé cómo saludaban efusivamente a Ágatha, no solo los dueños del restaurante sino también otras personas que estaban por allí. A ella se la notaba feliz por el reencuentro.

Hacía mucho calor y, aunque me propuso enseñarme su isla, le dije que la conocía y que si prefería ir directamente a tomar el sol por mí no había problema. Pareció aliviada y nos encaminamos a la playa de canto rodado y aguas transparentes.

Una vez allí, se despojó del vestido blanco y la vi con un bikini verde que resaltaba sus ojos. La imité y quedaron a la vista mis carnes blancas y sesentonas cubiertas por aquel bañador azul recién adquirido. Extendimos sendas toallas y tras untarnos de crema solar nos dispusimos a tomar el sol. No me pidió ayuda para desplegarla por la espalda. Contemplé cómo usaba mañas de experta para que no quedara ni un milímetro por cubrir. No fue mi caso, y torpemente me embadurné como pude. Ella, al verme tan patoso se ofreció a ayudarme, pero yo no pude por la vergüenza que sentía y le dije que no era necesario (arrepintiéndome en el mismo instante).

Fuimos combinando el estar tumbados con zambullidas en el mar. Yo me quedaba más en la orilla tratando de disimular mis escasas habilidades nadadoras, pero ella se adentraba hasta donde casi no podía verla. Por ello miraba sin cesar de un lado a otro desalentado y preocupado por su ausencia, aunque siempre emergía por algún lugar inesperado. Si miraba hacia la izquierda ella aparecía por la derecha. Si creía que estaba en la diestra afloraba por la siniestra. Esto último

lo sabía por mi afición a la heráldica, ya que son términos que se usan para indicar el lugar en un blasón que es portado como escudo de armas. Diestra se refiere a la propia derecha del portador, que es la izquierda desde el punto de vista del que mira, y al revés. (Cosas en las que me entretengo).

Yo hubiera preferido que se quedara quieta a mi lado. Eso me habría permitido estar más tranquilo y relajado. Además, su presencia reposada, a veces extendida, otras flexionando una o ambas rodillas, me producía intensas emociones y sensaciones olvidadas. Fue como si mi cuerpo y mi alma hubieran salido de una caverna oscura y maloliente y se hubieran trasladado a un oasis embriagador de aromas, sonidos y visiones donde los sentidos adormecidos hubieran despertado y yo hubiera resucitado de un largo y sombrío cautiverio para aparecer en un escenario de *Las mil y una noches*.

Recibía el sol como si lo hubiera descubierto ese mismo día. Sentía la arena como un envoltorio de albahaca. Todo yo era sentido puro que traspasaba el cuerpo y se adentraba en el terreno desconocido del espíritu. Me habría girado y la habría abrazado, la habría hecho mía en ese mismo instante y no hubiera necesitado un día más de mi existencia. No la había tocado y sentía su cuerpo y su alma en mí. No sé cómo había llegado ahí. No sé si ya estaba antes de embarcar o había sido la isla. Hubiera querido decirle: «Ágatha, tú que me entiendes, deja que una sola vez te posea y mi vida habrá tenido sentido. Moriré al instante y habrá valido la pena».

«¡Oh, si ella sintiera lo mismo!», me dije a mí mismo. Lamenté ser quién era, un policía de sesenta años sin demasiados arrestos y valentía y no un hombre joven sin barreras ni pasado, sin el vínculo de protección laboral impuesta.

«¡Oh, si no existieran obstáculos y yo fuera solo un hombre para ella! —continué diciéndome—, porque entonces podía suceder el milagro y vivir un encuentro donde las palabras fluyeran y resonaran en ambos, y sentirme entendido por ella como si nuestras almas se besaran y navegaran por las estrellas. Y si eso sucediera, podría creer que estoy en las nubes. Y es que no hay casi nada comparable a sentirse bien entendido, no juzgado y suficientemente valorado. De ahí solo hay un paso a sentirse apreciado. Y con esos cuatro pilares ya hay marco para que cualquier paisaje se torne acaracolado; es decir uno está en su casa y habitado; uno está a salvo y protegido. Uno es uno mismo, sin miedo, porque se siente aceptado y querido como es, sin necesidad de fingimientos, sin necesidad de justificaciones, sin necesidad de aparentar ser lo que no se es. Y todo ello tiene un nombre y se llama amistad, amor en algunos casos. Y se reconoce porque el cuerpo cobra soltura y las manos autonomía y se vuelven viajeras y solo encuentran un destino que son las manos del otro que

también han cogido la mochila dispuestas para el viaje. Amor o amistad son los trenes por los que transita la felicidad. Están en la estación a la que uno acude cuando el mundo se desmorona, cuando se han perdido las señales del camino, cuando no se ve ni la senda que lleva al mismo, ni el afluente que nos conduciría al río. Tiene un nombre y tiene un sonido que se llama risa, porque la risa es el complemento, el jardín del caracol con sus múltiples flores. La risa del amor y la amistad es el estallido cómplice de los sobreentendidos, de la historia en común, de los códigos crípticos que nadie descifrará jamás. Es el movimiento curvo porque uno se dobla con la carcajada mientras crea ondas de viento. Es el carrusel de la feria, la noria circular, como el tiempo, sin pasado, ni presente ni futuro. Todo a la vez, en un ciclo que atraviesa las estaciones y sabe que al igual que se siembra se recogerá el fruto, para volver a sembrar y a lidiar con el otoño gris, con la lluvia de invierno. Por tener tiene hasta perfume. Es el aroma de la confianza, es ese olernos que todo irá bien, que las manos llevan buen camino, que las palabras serán interpretadas en su justo término, que las acciones solo obedecerán a motivos justificados, que pase lo que pase, no seremos traicionados. Que siempre pensaré bien de ti y tú de mí, que jamás te atribuiré ni tú me adjudicarás una intención oscura. Que siempre, estaré contigo y tú conmigo, como se está en casa y en el jardín, y si me miras me verás, como te veo yo a ti: transparente y acaracolada», todo eso, de corrido, me dije apasionadamente.

¡Ay, no poder vivir eso! La tenía allí a mi lado. Todo lo demás estaba en mi mundo. Pero me volví a sentir un hombre. Había resucitado.

Zeta

—Quizás no sepas —me dijo Genoveva— que lo que me pides no puede ser. El Archivo solo custodia documentos oficiales, y yo no puedo hacer ninguna excepción.

No supe qué responder porque lo dijo con autoridad y sin resquicio para una nimia negociación. Es más, me sentí ridícula por haberle hecho aquella propuesta a la vista de su total impasibilidad y su mirada recriminatoria. Por sus gestos, más que por sus palabras, estimé que había metido la pata, que nunca debí pedirle una cita y mucho menos lo de salvaguardar mi informe. Me juré que nunca más haría algo similar.

Me dio una pequeña charla sobre lo que se puede y no se puede hacer en aquellas paredes que ella regía, y su tono, junto con su mirada, parecían decirme: «Y tú como funcionaria deberías de saberlo». Quise que la tierra me tragara, que una mano maga me hiciera desaparecer, que se personase Merlín y le borrara la memoria

de la última media hora de mi vida. Pero nada de eso pasó y ahí seguía yo sin saber qué decir, hasta que acabó su discurso y me miró fijamente, como pensándose qué castigo merecía por mi atrevimiento. Y me atreví a balbucir con voz trémula, medio mirándome los pies y no a ella:

—Lo siento.

—Quizás haya una solución —me susurró acercando su cuerpo hacia delante, cambiando la expresión de su cara y mirándome con picardía.

Esas palabras me devolvieron un poco el aliento, así que la miré medio aturdida, volviendo en mí.

—¿Cómo dice? —pregunté, obviando que cuando hablamos por teléfono la primera vez me pidió que la tuteara.

—Estoy pensando… ¿Es tan importante para ti que ese sobre esté a buen recaudo y custodiado?

—Por supuesto —dije sin dudar.

—Es posible que algo que se me ha ocurrido pueda funcionar.

—¿Qué cosa? —pregunté con total expectación, mientras sentía que adelantaba mi cuerpo y me situaba en el borde de la silla tapizada de azul.

—No te lo puedo asegurar, pero lo voy a intentar.

—Se lo agradecería mucho. La escucho. —Noté que si seguía avanzando acabaría cayéndome al suelo y retrocedí a la postura original, alejándome de su escritorio de madera de abedul.

—Mi familia ha sido desde hace muchos años benefactora del convento de las capuchinas de Alicante. Aparte de donaciones económicas hemos regalado objetos religiosos de valor y también hemos contribuido a nutrir su biblioteca. Tengo amistad con la comunidad y en particular con la abadesa. Puedo preguntarles si tendrían inconveniente en guardar tu sobre en su convento. Por cierto, ¿lo conoces?

—No, nunca había oído hablar de él —dije en *shock* por su propuesta.

—Déjame que hable con la abadesa. Si accediera, te puedo acompañar un día y lo depositamos allí. —Noté el cambio de persona en el verbo. Depositamos significaba que, de alguna manera, se hacía cómplice de mi empresa.

—Claro, claro —contesté satisfecha—. Sería una solución perfecta y se lo agradezco mucho. No sabe cuánto.

—Pues dame un poco de tiempo. Me pondré en contacto contigo.

Le reiteré mi agradecimiento. Me disculpé por haber abusado de su tiempo y casi haciéndole una reverencia salí de su despacho, notando el sudor en las axilas.

Durante el trayecto hasta Talleres me regocijé en mi buena suerte.

De la decepción inicial y la sorpresa por su propuesta pasé a un contento interior y a una cierta admiración por la sagacidad y los reflejos que Genoveva Abal de Fresneda había demostrado.

Llegué a mi despacho y, tras dejar el lirio de la paz de Teresa Martínez en una esquina de mi mesa, tuve tiempo de llamar a la Casa de Acogida y avisarles de que el lunes comería con ellas. Por delante tenía el fin de semana. El sábado dejaría arreglado el encargo de Alda en Tabarca y tendría el domingo para mí. También tuve tiempo de llamar a Francisco Abellán y contarle la sorprendente propuesta de su amiga la archivera. Se rio con su risa sonora y potente cuando le conté mi entrevista con Genoveva. Se sorprendió por el posible destino de mi sobre, y con el relato de lo acontecido aquel lunes 18 de agosto, el día que Fidel Arias apareció en mi vida. No sé por qué al pensar esto último me di cuenta de que la primera letra de su nombre y la primera de su apellido formaban la nota musical fa, y que del mismo modo la primera letra de su nombre y la primera del mío la formaban también. «Somos una sinfonía en clave de fa este policía y yo».

De camino a casa, con las ventanillas del coche bajadas, en un intento de aliviar el calor que sentía, y mientras iba pensando en las cosas que tendría que llevar a la casa de Carlota, acabé enredándome en más juegos con las palabras. Me di cuenta de que la primera letra de mi nombre y la primera de mi apellido formaban la contracción de la preposición a y el artículo el, es decir al, y que si unía AL a FA formaba la primera letra del alfabeto griego ALFA, es decir el comienzo. De ese modo me percaté de que con la llegada de Fidel se había iniciado la pesadilla con Arturo, ya que si a Fidel no lo hubieran destinado a Talleres seguramente nunca le hubiera conocido. Seguí pensando en la letra A y recordé que en un curso de meditación que hice en Madrid, al poco de terminar la carrera, nos enseñaron una meditación con las letras, basándose en que el sonido de la palabra recorre todo el organismo y estampa en él sus vibraciones, buenas o malas, antes de salir al espacio. ALFA, nuestra A, la primera letra del, es el primer sonido que articula el ser humano. Recuerdo que nos dijeron que estaba asociado al sol y que su tono musical era FA y ayudaba a la meditación. Me pareció una coincidencia admirable. Seguí haciendo memoria y recordé que en el Tarot estaba vinculada al Mago, el creador del mundo pequeño, el que tiene un corazón sin pasiones y debe estar preparado para toda aflicción y traición. En ese momento oí un bocinazo que me despertó. Me había abstraído y sin darme cuenta me había saltado un semáforo en rojo. Reaccioné inmediatamente y traté de concentrarme en la conducción, aunque sin dejar de pensar cómo todas esas asociaciones me habían conducido al mensaje de que debía estar preparada para toda aflicción y traición. No me extrañó nada.

Ya en casa me sacudí mis disquisiciones mentales. Quise preparar los dos equipajes, uno más pequeño para pasar el día en Tabarca y otro un poco mayor para mi estancia en casa de Carlota. Sin embargo, no tuve ánimos. Decidí que pasaría la tarde relajada en casa y al día siguiente, viernes, me encargaría de esas tareas. Pero había abierto la Caja de Pandora con la letra A y me perdí imaginándome por Madrid recordando los paseos por el Barrio de las Letras. «No puedo librarme del embrujo caligráfico», me dije para mis adentros. Imbuida de aflicción y traición recordé la enemistad más famosa entre dos de los escritores que vivieron en ese barrio: Góngora y Quevedo. La rivalidad de los dos poetas se tradujo en los poemas que se dirigían el uno al otro, burlescos y satíricos y plagados de insultos entre metáforas e ingenios varios. El colmo de la animadversión alcanzó su cénit cuando Quevedo adquirió la casa de Góngora, que estaba sumido en una gran deuda, y le obligó a desalojarla.

A su vez la hostilidad entre Góngora y Quevedo me llevó a pensar en Agostino Tassi y Artemisia Gentileschi. Muchas veces había oído decir a Carlota que el arte nos salva. Y es verdad que la contemplación de la belleza eleva los sentidos, pero la violación de Artemisia por el pintor Tassi y el poco corazón que demostró Quevedo expulsando a Góngora de su casa me llevó a descorrer la cortina de la belleza y ver los aspectos sucios que tapaba. También mi profesión, revestida de nobleza, tenía velos que ocultaban rivalidades y celos.

Entre letras, recuerdos y meditaciones pensé en mis aflicciones. Estaba segura de que no habían terminado, sino que, por el contrario, no habían hecho más que empezar. Pero de momento tenía Tabarca a la vista y eso era un aliciente.

Recogí a Fidel a las nueve de la mañana como le prometí. Allí estaba, en la puerta de su casa pertrechado de uniforme playero. Me costó hacerme a la idea de que era él al verlo en pantalón corto, gafas de sol y un cierto aire desenvuelto. Me hizo gracia. Le invité a que subiera al coche, y al hacerlo dejó caer una bolsa de deporte en los asientos de atrás. Me pregunté qué me depararía un día entero con aquel hombre en funciones de protector, al que apenas conocía. Lo que sí tenía claro era que se trataba de un buen hombre, alejado del Arturo de los cojones. Nunca mejor dicho. ¡Vaya rodillazo que le lancé en los mismísimos! Visto con esta pequeña distancia no estuve nada mal. No me acobardé, aunque luego las piernas me temblaran y la ansiedad me comiera. Estaría hasta contenta si no presintiera que su amenaza de que se las pagaría iba totalmente en serio.

Hasta la llegada a la isla apenas si conservamos. Solo tratamos los típicos convencionalismos. Me habló de su hijo, su única familia desde que murió su mujer. Como vivía en Madrid su compañía era esporádica, aunque siempre estaba pendiente de su padre y era muy

cariñoso. Me enseñó una foto que llevaba en su cartera y pude ver a Fidel en su juventud, porque se le parecía mucho. Era un chico atractivo, de ojos profundos y una expresión transparente. Era moreno de cara y de piel. Esto fue lo único en lo que no encontré parecido con Fidel, ya que él es de piel muy blanca. Del pelo no podía hablar porque ahora lo tenía cano, aunque se apreciaban mechas un poco más oscuras que le conferían un cierto aire interesante.

Conocía la isla, o eso me dijo, por lo que le sugerí que fuéramos a la playa, tras concertar el restaurante y buscar a alguien de la isla para que hiciera de guía a la comitiva de Alda. El restaurante era el mismo al que solía ir con mis padres y mi hermano Juan. ¡Qué añoranzas! Ellos estaban en Ibiza. Juan estudió medicina en Barcelona, pero decidió volver a la isla y ayudar en el negocio de nuestros padres, así que combinaba su trabajo de médico con el supermercado. Ya no teníamos la denominación de ultramarinos, ahora éramos Supermercado Leoni Ruso. No sabía cuándo podría ir a verlos. Había pensado hacerlo el mes que viene, pero al marcar alcaldía la fecha del quince de septiembre para la inauguración de Talleres ya no era posible. Alda no permitiría que no estuviera con ella ese día. Tendría que aplazar mi visita vacacional para finales de septiembre y parte de octubre.

Concertar el restaurante fue fácil, y el reencuentro con los dueños muy reconfortante. También estaba allí Luito. Su nombre era Luis, pero cuando era pequeño todo el mundo le llamaba Luisito y él, que hablaba comiéndose palabras, se decía a sí mismo Luito, y de ese modo quedó bautizado para los restos. Su oficio era pescador y conocía como nadie los secretos de la isla. Le propuse que fuera el guía de la visita de Alda y aceptó. Le di algunas recomendaciones que facilitaran la visita y nos encaminamos hacia la playa Fidel y yo.

El día era menos caluroso, o eso me parecía a mí. Estaba en Tabarca, me iba a sumergir en el mar que era mi raíz y pensé que eso me iba a sanar de lo que había vivido el lunes. Dicen que el tiempo lo cura todo, y es una de las frases preferidas para consolar: *Hay que dar tiempo al tiempo, con el tiempo se le pasará*… Pero sucede que a veces el tiempo se para en un instante, se detiene, y entonces no puede curar nada. Es como si una se quedara prendida, maniatada al hecho doloroso, como un náufrago atado a una palmera en un trozo de tierra en mitad del océano. Los barcos transitan, van y vienen, y los peces bordean la orilla. Todo circula, todo se mueve, pero la palmera de doble tronco, el humano y el vegetal queda estática, fijada a un instante.

«Por eso el tiempo estático es el tiempo de la enfermedad», barrunté para mis adentros. Yo quería el tiempo dinámico, que es el tiempo de la salud y que incluye movimiento y esperanza. Pasar de

uno a otro es un misterio, uno lo consiguen y otros no. En las mismas circunstancias y con idénticas posibilidades unos se sobreponen y otros se estancan. Yo estaba decidida a ser de los primeros y así vencer las amenazas de Arturo Domínguez.

Estuve nadando mucho tiempo y me alejé bastante de la orilla. De repente pensé en Fidel y en que tal vez se preocupara por mi ausencia. Regresé a su lado y me tumbé a tomar el sol. Desconocía si durante el tiempo que había estado en el agua él se habría bañado también. Cerré los ojos para sentir mejor el sol y no sé cuánto tiempo estuve así ni si llegué a dormirme. Cuando los abrí Fidel me estaba mirando fijamente.

IX

Ellos sabían bien mis horarios, tan predecibles por otra parte, así que me dieron el alto en un cruce por el que yo pasaba todos los días para ir al trabajo. Paré el motor y les pregunté qué querían. Sabía que no había cometido ninguna irregularidad ni ninguna infracción. Era otra cosa la que querían Arturo Domínguez y Lorenzo Arribas.

—Estás protegiendo a una puta y a su burdel. Eres tan indeseable como ella. Entrarás en el mismo lote cuando actuemos. Estás avisado. Sabemos dónde está la Casa —dijo Lorenzo mientras Arturo masticaba un palillo en la boca y apoyaba su brazo derecho en el techo de mi Peugeot.

—Estoy protegiendo a una persona bondadosa —respondí con bastante aplomo para lo que soy yo, pero algo había cambiado en mí hacía tan solo dos días.

—Querrás decir una “bobasosa” —dijo con sorna Arturo.

—Apártate del coche que voy a arrancar —dije con decisión y voz potente mientras encendía el motor. Debí desconcertarles, por lo menos momentáneamente, porque se apartaron ambos.

Saqué el brazo por la ventanilla y les hice una peineta sorprendiéndome yo mismo de mí osadía. Estaba decidido a plantar cara a esos *Buitres humanos*. Como he dicho, me sentía otro.

Ese cambio lo noté en el trayecto de regreso desde Tabarca a Albovar. Podía decirse que había mudado la piel como lo hacen las serpientes, y en el mismo tiempo que ellas. Una semana había bastado para que la percepción de mi propia vida hubiera cambiado. Estos últimos años se podría decir que había hibernado, creyendo que mi existencia era ya solo un puro sobrevivir. Pero seguía vivo y tenía una misión. Lo sentí de una manera muy clara en el sueño que tuve el

sábado por la noche: estaba en el centro de una habitación cuadrada con dos amplios ventanales en las dos paredes enfrentadas. En una se veía la luz del crepúsculo vespertino y en la otra se apreciaba el alba. Yo tenía que elegir entre ambas. Dudé, pero al final opté por la aurora. Yo no era ducho en analizar sueños, pero este se me presentó con claridad meridiana. Tenía que elegir entre ir apagándome poco a poco, como había hecho en estos últimos tres años o decidirme por un nuevo comienzo. No es que fuera tan iluso como para creer que en ese amanecer estaría junto a Ágata, pero ella me había transmitido, sin querer, un nuevo estímulo, una esperanza o un deseo de vivir del que carecía. Eso es lo que me dio fuerza para hacerle una peineta a esos dos mastuerzos.

Había vivido con la idea de que la muerte de Amparo no tenía que haber ocurrido, como si yo hubiera venido al mundo con un contrato que especificara los acontecimientos que me podían pasar y los que no. Pero estaba empezando a aceptar que lo que nos no está sujeto a reclamaciones. Pensamos que no debería haber pasado porque contradice el guion inconsciente que albergamos en la mente, en el que no cabe ni el dolor ni el sufrimiento. Por ello cuando sobrevienen, algo se rebela en el interior rechazándolos el hecho y clamando justicia a los cuatro vientos: “No es justo y no me tenía que haber pasado”. Pues ha sucedido, sea justo o injusto. Ha sucedido, y aceptarlo, estaba empezando a ver con nitidez, es la mejor manera de seguir adelante.

Cuando llegué a Talleres no me molesté en ir a disculparme por mi tardanza (que empezaba a ser habitual por unas cosas o por otras). Por el contrario, lo que hice fue aparcar el coche y decirle a Presente que me iba a ausentar un momento, por si Ágatha preguntaba por mí. Le pedí que le dijera que no iba a demorarme. Presente me dijo que no tardara porque había venido un hombre muy alterado preguntando dónde estaba la Casa de Acogida.

—Le he dicho que vuelva a las once y que le atenderá Ágatha. Ella ya está avisada —me dijo.

—Pero, le habrás dicho que no podemos decir dónde está ¿no?

—Se lo he dicho, pero ha dicho que quería hablar con el jefe. Le he dicho que no hay jefe, que lo que hay es una responsable de la Casa, y ha dicho que quiere verla —me dijo como alertándome: «tú verás lo que haces».

—No te preocupes. No tardo ni quince minutos —le dije dirigiéndome hacia la puerta.

Mi intención, claro, era acercarme a Bomberos y ver si tenía suerte y encontraba a Francisco Abellán para contarle el incidente con Arturo y Lorenzo. Parecía que me estaba esperando porque lo encontré en la misma puerta.

—Pasa Fidel. Me has pillado yendo a verte.

—¿Y eso? —pregunté intrigado mientras me conducía a su despacho.

—Siéntate y escucha —me dijo cuando llegamos.

No me atreví ni a echar una ojeada al amplio despacho donde me había llevado. Estaba muy serio y yo empecé a preocuparme desde el mismo momento en que me dejé caer en la silla confidente.

—La cosa está fea, Fidel —empezó diciendo—. Me llamó el viernes Álvaro Carrascosa. No sé si lo conoces. Es el periodista que se ocupa de la información municipal. Somos amigos y me tiene confianza. Parece ser que ha llegado una información anónima al periódico de que la Casa de Acogida de mujeres se utiliza como burdel y te puedes imaginar lo que dicen de Ágatha. Álvaro no va a publicar nada porque la fuente es anónima y quiere contrastarla, pero ya se imaginará que esa noticia es pura carnaza y el director le ha dicho que lo investigue. Yo, por supuesto le he dicho que eso es una patraña y él me asegura que me cree, pero tiene la presión de su jefe. Imagínese que se le ocurre preguntar a alguien malintencionado o que otro anónimo le dirige a Arturo Domínguez. Él sabría cómo apañárselas para confirmarlo y quedar al margen.

No daba crédito a lo que estaba oyendo. Quedé conmocionado y en blanco. No supe qué decir y él continuó.

»Como ve, esto no pinta nada bien. Y no tengo claro cómo pararlo. Quizás haya llegado el momento de que Alda tome cartas en el asunto, porque de publicarse esa mentira ella saldría igual de perjudicada que Ágatha. Pero eso supone que habría que contarle lo que está pasando a Ágatha. Así que quiero encontrar otra manera de resolver esto sin hacerle pasar por este mal trago. Esté atento, Fidel y téngame al corriente de cualquier cosa.

Yo aproveché para contarle lo que me acababa de suceder y pude ver cómo su rostro se encendía de ira.

—Es un mal bicho. Es un mal bicho —repitió—. Y ese Lorenzo otro que tal.

—Sí, los dos se apoyan y se protegen. En aquel asunto de la paliza a un chico, participaron los dos. Lorenzo cargó con toda la culpa, fue a la cárcel y Arturo se libró, no se sabe cómo. Y lo que más me jode es que los que no lo conocen creen que es un tipo simpático y encantador.

—Vuelva al trabajo, Fidel, y recuerde lo que le he dicho: cualquier cosa llámeme o venga enseguida.

—De acuerdo —dije, y me despedí de él.

—Espere, le acompaño hasta la puerta.

Una vez en la calle me apresuré a llegar a Talleres. Le pregunté a Presente si había regresado el hombre del que me había hablado y me

respondió que no. Respiré aliviado, de momento.

La mañana transcurrió con tranquilidad hasta que a las once vi entrar a un hombre muy decidido. Fui hacia él y le pregunté en qué podía ayudarle. Me contestó que quería ver a la que llevaba la casa donde encierran a las mujeres. Le corregí diciéndole que no se encerraba a ninguna mujer y que se llamaba Casa de Acogida.

—Como sea, quiero verla.

—Dígame su nombre y espere aquí. Ahora la aviso —le contesté.

—Soy Mateo, el marido de Esmeralda —dijo esto último a modo de apellido, como marcando autoridad.

Me encaminé hacia el despacho de Ágatha pensando que no pintaba bien esta visita. Este hombre parecía agresivo. Llamé a la puerta y ella me indicó que pasara.

—Hola Fidel, ¿Qué tal ha descansado? Le noto buen color. Le ha sentado bien Tabarca.

Yo ni contesté y le dije directamente:

—Está ahí fuera el marido de Esmeralda y quiere verte.

—El marido está en la cárcel, será la pareja que tiene ahora. Fidel, por favor, cuando entre asegúrate de que la puerta quede abierta y quédate allí mismo. Si ves que la situación se pone fea entras y le invitas a que se marche.

—De acuerdo, así lo haré.

Salí pensando que esta chica tenía el peligro en sus cuatro puntos cardinales y aquello no había hecho más que empezar. Estábamos *Sobre un volcán*.

Desde la puerta vi cómo el hombre entró como una furia y ni se sentó. Apoyó las dos manos en el escritorio de Ágatha y le espetó, inclinándose sobre la mesa:

—¿Dónde están mi mujer y mi hijo?

—Ágatha respondió con voz serena.

—Siéntese, por favor. Cuando lo haga hablaremos.

—Quiero saber dónde está mi mujer y mi hijo.

—¿Cómo se llama usted y cómo se llama su mujer?

—Yo soy Mateo y mi mujer Esmeralda. Usted la tiene encerrada junto a mi hijo Alfonso. Dígame dónde está.

—Yo no tengo encerrado a nadie. Esmeralda ha venido libremente a un servicio público pidiendo ayuda y se la hemos ofrecido.

—¿Dónde está —repitió alterado.

—No le puedo decir dónde está porque no podemos facilitar esa información.

—Que me diga dónde está —dijo levantándose de la silla e inclinando el cuerpo hacia delante.

Entré en ese momento y le dije:

—Caballero, haga el favor de marcharse.

—No me iré hasta que no me diga dónde está mi mujer —me respondió airado.

—Váyase por las buenas o vendrá una patrulla de la Policía Local y será peor.

—La encontraré como sea —dijo amenazante, mirándonos a ambos.

—No siga por ahí —le dije llevándome la mano a la porra.

—Nos volveremos a ver —le espetó a Ágatha con un gesto amenazante mientras salía por la puerta.

Ágatha me dio las gracias mientras suspiraba profundamente.

—Hoy voy a comer a la Casa.

—Te acompaño —dije como quien no espera una negativa.

—No Fidel. Su puesto está aquí, en Talleres, lo de Tabarca fue porque se empeñó Alda, pero ya vio que no ocurrió nada. Yo se lo agradezco, pero es imposible que sea mi sombra siempre. Quédese tranquilo que no pasará nada.

—Como quiera —respondí resignado.

Era valiente, pero desconocía los oscuros planes que se cernían sobre ella.

Iota

«Fue agradable la compañía de Fidel», pensé cuando llegué a casa tras la relajante visita a la isla. La verdad es que su nombre le va como anillo al dedo. Se aprecia que es un hombre confiable. Tiene algo entre tímido y aventurado. Esta última faceta, la de la aventura, la descubrí en Tabarca. Tras el baño y el descanso en la arena le vi como más suelto. Durante la comida estuvo hasta locuaz. Me dijo que de joven había leído todas las novelas de Marcial Lafuente Estefanía, un autor del que yo no sabía nada ni había oído hablar en mi vida. Cuando se lo dije se entusiasmó y empezó a hablarme de esas lecturas. A través de lo que me contaba, y la pasión que ponía al hacerlo, vislumbré en él un fondo de acción que no hubiera sospechado nunca. Estaba tan metido en las historias del Oeste que me contaba que hasta las escenificaba un poco. Hacía como que disparaba o como que arrestaba a un fugitivo que cabalgaba. Y lo más sorprendente es que —me confesó— había adquirido la costumbre de definir algunas cosas que le pasaban con títulos de ese autor. Al día de hoy lo había bautizado *Un amigo de verdad*, porque eso es lo que quería ser para mí. La verdad es que me dejó sorprendida por esa declaración de lealtad y también entendí por qué se hizo policía. Con ese afán justiciero no me extrañó nada. Aunque por otro lado se le veía tan educado, tan de

modales suaves… Por eso digo que le descubrí una faceta que no habría sospechado nunca, de no haberme acompañado a Tabarca. También me confesó que leía otros libros, pero que de esos no hablaba con nadie. Le pregunté qué tipo de libros eran y se resistió un poco a abrirse, pero acabó revelándome que le gustaban los de filosofía, aunque había leído pocos, no como con las novelas de Marcial Lafuente que no se había dejado ni una.

Cuando se lo conté a Carlota al llegar a su casa, donde me trasladé finalmente el viernes, se partía de la risa. Empezó a meterse conmigo y a aventurar que acabaría enamorándome de Fidel. «Calla, loca —le dije—, no se te puede contar nada». Y ahí lo dejamos, pero intuía que había abierto un melón contándole mi aventura tabarquina y que ella no perdería ocasión de sacar tajada. Le gustaba reírse de todo e imaginar historias. Por eso apreciaba tanto su amistad y su compañía. Era espontánea, natural, nada enrevesada, y al mismo tiempo sesuda y concienzuda. Hicimos planes para el domingo. A ella le gustaba la montaña, hacer senderismo, escalar. Me sugirió que fuéramos a la *Font de la Coveta*, un paraje en la montaña, en el pueblo de Bañeres. Sonaba bien, la verdad. Me dijo que era el pueblo más alto de la provincia y que tenía muchas fuentes, como Albovar. Total, que me convenció y allí que fuimos en mi coche, claro. Carlota siempre prefería mi Alfa Romeo Spider de color azul a su Wolkswagen Golf de color rojo. «Mi casa, tu coche», me dijo. Me reí y le contesté: «trato hecho». Fue un fin de semana completo: mar y montaña. Me gustó mucho el pueblo, aunque era la antítesis de Tabarca, isla plana. Este pueblo solo tenía cuestas y más cuestas. «Fin de semana de contrastes acentuados», pensé para mis adentros, aunque acabé diciéndolo en voz alta. Carlota que me oyó contestó:

—Como el Siglo de Oro.

—¿Cómo dices? —le pregunté asombrada, mientras me apartaba el pelo de la cara para escuchar mejor su respuesta.

—Pues como el Siglo de Oro, que fue un siglo de contrastes acentuados.

—¿Y eso? —pregunté intrigada.

—Pues porque junto a la decadencia del Imperio Español se dio el gran despliegue de las artes —empezó a decirme—. Es el siglo de Cervantes, Velázquez, Murillo, Zurbarán, Lope de Vega y su hija, Sor Marcela de San Félix, pero también el de Ana Heylan, que fue grabadora de láminas y María de Zayas y Ana Caro de Mallén, ambas escritoras, como la gran Sor Juana Inés de la Cruz o Sor María Jesús de Agreda que fue consejera del rey Felipe IV, para cuya gloria se construyó el palacio del Buen Retiro con su programa decorativo dedicado a ensalzar la monarquía hispánica.

Lo dijo así, seguidito, sin dudar, como si fuera una lección

aprendida. ¡Qué amiga más culta tenía!

—Al decir programa decorativo te refieres a las pinturas que colgaron en ese palacio ¿no? —quise saber.

—Sí querida, entre ellas tu preferida: *El embarco de Santa Paula romana en el puerto de Ostia*, la que me has dicho que has colgado en tu despacho. Ese cuadro, junto con otros de Claudio de Lorena, fueron encargados para decorar la Galería de los Paisajes. No tienes mal gusto para no entender de arte, porque su estilo causó sensación y tuvo muchos imitadores. Tuvo que confeccionar el *Liber Veritatis*, que está en el British Museum de Londres. Contenía los dibujos de sus lienzos, para evitar copias y réplicas fraudulentas. Cuando estuve en Londres, en el viaje en que te traje el poster de *Judit y Holofernes*, fui a verlo.

—Vaya… ¡qué interesante! —dije conmovida por los conocimientos de Carlota, al tiempo que pensaba en el Barrio de las Letras de Madrid donde habían vivido gran parte de esos escritores.

¡Qué vidas tan distintas las nuestras! Carlota vivía rodeada de belleza, de arte. Es verdad que las clases no eran idílicas, pero su contenido sí. Yo, por el contrario, vivía la parte más oscura y triste: vidas destrozadas, niños creciendo en ambientes agresivos, pobreza y miseria. Carlota y yo, como el Siglo de Oro, teníamos vidas de contrastes acentuados que confluían en una verdadera amistad. La amistad de la que me había hablado Fidel durante la comida, cuando me contó lo de su afición a los libros de filosofía. El don de ser uno mismo, al saberse aceptado sin necesidad de fingir y aparentar lo que no se es. Y era verdad. Lo sabía por experiencia.

Mientras desayunábamos juntas a la mañana siguiente, le dije a Carlota que comería en la Casa de Acogida y que no sabía cuándo regresaría. Cuando como con ellas aprovecho la tarde para tener una reunión de seguimiento que siempre se alarga.

Me extrañó no ver a Fidel cuando llegué a las ocho a Talleres. Le pregunté a Presente si le había visto y me miró torciendo la boca y negando con la cabeza. Un gesto que claramente no denotaba simpatía. Al poco vino a buscarme para decirme que un hombre había preguntado por mí. Le dije lo que él ya sabía, que le atendería a las once. A menos que fuera una urgencia, la atención se centraba de once a una, ya que el resto del tiempo requería gestiones o visitas.

A las once pude comprobar que era la pareja de Esmeralda. Quería saber dónde estaba ella y su hijo. Tuvo que intervenir Fidel porque se mostró agresivo y amenazante. En fin, era lo que cabía esperar con este trabajo. Y pensé en Carlota y su plácida vida artística. Miré *El embarco de Santa Paula*… y pensé que mi isla se había llamado en un momento determinado como ella y por ella.

Ese lunes de finales de agosto amaneció caluroso, así que antes de salir de mi despacho para encaminarme a la Casa decidí recogerme el

pelo en un moño. La melena en el verano era como una manta toledana. No cogí ninguna carpeta porque en la casa estaba todo lo que necesitaba. Aparqué en la calle, entré en la urbanización y me encaminé al portal del bloque al que se accedía por un pequeño camino asfaltado con césped a ambos lados. También había algún que otro árbol, así como plantas sembradas directamente en la tierra. Apenas había dado dos pasos cuando lo vi apoyado en el quicio del portón. Era Mateo.

No sé cómo pude hacerlo, pero no vacilé y continué con el mismo paso decidido hasta situarme a su lado. Él se apartó y yo toqué el timbre de la Casa. No preguntaron quién era porque me esperaban y entré. En ese mismo momento él cayó en la cuenta y empezó a aporrear la puerta: «Abre puta, abre», oí que bramaba. Yo subí los pisos hasta la Casa a toda velocidad y cuando llegué ya estaba abierta la puerta. Allí estaban congregadas Merche, Laura y Blanca, así como las mujeres y niños que estaban en ese momento. Habían oído los gritos de Mateo y estaban alarmadas.

—Llamad a la policía, rápido —les dije.

Fue Blanca la que se encaminó hacia la salita donde estaba el teléfono y efectuó la llamada. Mientras, se seguían oyendo los gritos y el alboroto que estaba causando Mateo. Merche, por su parte, se llevó a los niños a un cuarto donde protegerlos del jaleo que se había armado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Laura con gesto de preocupación.

—Me han salvado el moño y las gafas de sol. Me imagino que también el que he actuado como si no lo hubiera visto en mi vida. Lo he desconcertado y ha reaccionado unos segundos tarde.

La verdad es que no me dio tiempo a pensar en nada. Actué por instinto. Algo me hizo seguir como si tal cosa cuando le vi. Creo que fue eso y mi apariencia diferente a la que él recordaría cuando estuvo en el despacho, lo que me protegió.

—Menuda suerte, si te llega a pillar a saber lo que podía haber pasado —dijo Laura con cara de susto.

La Policía Local llegó rápidamente. Yo rogaba para mis adentros que entre ellos no estuviera Arturo Domínguez. Y no estaba. Mateo se debió de oler algo y desapareció unos minutos antes de que llegaran los policías. Subieron al piso y les explicamos lo que había sucedido. Yo añadí el episodio sucedido en mi despacho. Tomaron nota de todo y se fueron, no sin antes hacer recomendaciones de seguridad, como que cerráramos todo bien, etc., etc. No obstante, nos dijeron que se quedarían un rato por los alrededores por si volvía.

Cuando pareció que la calma se había restablecido y que Mateo no había vuelto a dar señales de vida, preparamos la mesa para comer. Ese día solo había dos mujeres en la casa: Esmeralda y sus tres hijos,

María, Javier y Alfonso y Fina, una mujer de 26 años con su hija Pilar de cinco. Los niños ya habían comido y estaban en el piso contiguo que se conectaba merced a un vano que habían abierto los operarios de los nuevos Talleres, los que ahora estaban en los terrenos de la casa de los Solana.

La comida fue distendida, pese al episodio vivido. Las gobernantas me pusieron al día de las gestiones de denuncias, búsqueda de colegios, de empleo, etcétera. Fina, la otra mujer, estaba más relajada, pero a Esmeralda se la veía perturbada por el episodio que acababa de protagonizar su pareja. Cuando terminó la comida prepararon café y sirvieron unas pastas para acompañarlo. Nos sentamos más cómodamente en los sillones y en el sofá tapizados en tela acrílica de rayas marrones y naranjas. Al rato aparecieron los niños. María era una niña preciosa. Llegó la primera con una muñeca en las manos. Tenía un bonito cabello rubio ondulado y unos ojos azules claros muy expresivos. Era muy linda y vivaracha; Javier apareció un poco después, se le veía más travieso y juguetón. Le seguía el pequeño Alfonso de solo año y medio. Era, en comparación, más robusto que sus hermanos de madre y más moreno. La última en salir fue Pilar, la hija de Fina, de tan solo cinco años. Enseguida se puso al lado de María. Me dio la sensación de que la había adoptado como hermana mayor. No mencionamos el incidente. Tras acabar el café y las pastas, nos quedamos solas las gobernantas y yo para tratar las cuestiones de organización y detalles de la vida en la casa, así como la evolución de las mujeres, los niños y las gestiones que se estaban realizando. Un punto importante fue tratar la seguridad de Esmeralda y sus hijos. Mateo sabía dónde estaban y aunque su trabajo estaba en otro municipio no podíamos descartar nuevas visitas como la de hoy. Concluimos que debíamos plantearle trasladarlos a otra ciudad que tuviera Casa Refugio. La más cercana era Castellón de la Plana. Quedamos en que Merche, Blanca y Laura se lo irían planteando con calma. Mientras, tendríamos que extremar las precauciones hasta que pudiéramos llevar a cabo la mudanza, si ella aceptaba.

Me fui sobre las siete de la tarde con la imagen de Esmeralda y sus tres niños. En ese momento no sabía que no volvería a verlos.

X

No me quedé tranquilo cuando Ágatha partió hacia la Casa de Acogida. Lo que había olvidado el primer día que llegué a Talleres me vino ahora a la mente. El recuerdo de la mirada que Arturo le dirigió a

Presente al marcharse, y la señal con los ojos que este le devolvió. Recreando esa escena, siete días después, me pareció entenderla. Merche se acababa de ir con Esmeralda y sus tres hijos. Ahora estaba seguro de que esa señal significaba que si la seguía sabría dónde estaba la casa. Arturo tenía un aliado en Talleres. Esta revelación me impulsó a seguir a Ágatha cuando se marchó, pero concluí que era imposible. Aunque cogiera mi coche inmediatamente después de salir ella, ya la habría perdido.

Regresaba cabizbajo hacía la parra para protegerme del sol cuando Presente se asomó a la puerta de recepción y me dijo:

—Fidel, al teléfono.

—Voy —le contesté.

Solo por andar de la parra hasta el aparato noté el calor húmedo en la cara y el cuello. Eran las dos y media. ¿Quién me llamaría a esas horas? Lo supe inmediatamente cuando tras coger el teléfono oí la voz de Francisco Abellán.

—Fidel, ¿puede pasarse por mi despacho un momento?

—Claro, claro, sin problema. Voy enseguida.

A Presente solo le aclaré:

—Ahora vuelvo.

Ya conocía el camino. Le dije al bombero que estaba en la puerta que me esperaba su jefe y me indicó la escalera para que subiera. Esta vez sí que me fijé en el espacioso despacho. Las paredes estaban cubiertas casi en su totalidad por fotos de diferentes tamaños, en marcos parecidos. Todas ellas eran imágenes del Cuerpo de Bomberos de tiempos pasados. En algunas posaban y en otras estaban en acción. Se respiraba fuego y pasado. Sin embargo, cuando mirabas a Francisco te topabas con el hoy. Su figura, su porte y sus movimientos, sugerían la potencia del presente.

—Pase Fidel, siéntese —me dijo cordialmente.

—Cuénteme, ¿ha pasado algo?, ¿tiene alguna novedad?

—No —le contesté—. Pero rectifiqué inmediatamente. —Sí, perdone, sí que ha pasado algo, y le referí el incidente con Mateo, el marido o pareja de Esmeralda —y añadí—: Lo peor es que Ágatha ha ido hoy a comer a la Casa Refugio. He querido acompañarla y no ha querido.

—También le conté lo que había recordado y mi deducción de que Presente estaba conchabado con Arturo de alguna manera.

—Bueno —contestó él—. No se agobie. Creo que estoy consiguiendo parar esto. Se lo voy a contar para que esté al tanto y sepa en todo momento cómo están las cosas. Esta mañana me ha llamado Álvaro Carrascosa. Me ha dicho que no podía detener más la información sobre Ágatha y la Casa Refugio. Al parecer, además del anónimo ha recibido una llamada telefónica. Quieren publicarlo

aludiendo a “varias” fuentes anónimas. Le he dicho que me diera de tiempo esta mañana y que esta tarde antes de las cinco recibiría una llamada desmintiendo esa vil noticia.

—¿Y cómo va a conseguirlo? —le pregunté intrigado.

—Ya lo he conseguido. Esta mañana, después de lo que usted me ha contado y de la llamada de Álvaro Carrascosa me he dirigido directamente al jefe de la Policía Local. No es que seamos amigos. Pero tener el mismo rango en el organigrama crea cierta afinidad y contacto fácil. Le he contado lo que estaba pasando. Ya sé que Ágatha no quería, pero ella se refería al suceso desagradable en su despacho, de lo demás no está al tanto.

Me quedé estupefacto. Yo al jefe de la Policía Local solo lo había visto de lejos. Mi jefe, a todos los efectos, era Andrés Navarro. El gran jefe solo se relacionaba con mandos. Francisco continuó:

—Por suerte, es un hombre recto y de principios. Se ha indignado y con razón. Además, aprecia mucho a Alda Blanco Moreno, hecho que yo desconocía, y me ha dicho que tomaría cartas en el asunto. Le he dicho que teníamos poco tiempo, según la conversación que había mantenido con Álvaro Carrascosa que, por supuesto, le narré. Me ha asegurado que lo iba a solucionar de inmediato y que él mismo llamaría al periodista antes de la hora convenida. Esto ha sido en torno a las diez de la mañana. A las doce y media me ha llamado para decirme que se había resuelto y que, con independencia de las acciones que tomara con respecto a Arturo Domínguez y Lorenzo Arribas, podía estar tranquilo.

Respiré profundamente. Estaba dispuesto a seguir escuchando, pero me picó la curiosidad.

—¿Le ha contado también lo que ha pasado esta mañana conmigo?

—Por supuesto. No me he dejado nada en el tintero.

—Siga por favor —le supliqué.

—No hay nada más, Fidel. Sé que el tema con el *Noticiando* está resuelto. Ya he hablado con Álvaro Carrascosa y me lo ha confirmado. Lo que pase con Arturo y Álvaro ya no es cosa nuestra, pero seguro que no van a molestarle ni a usted ni a Ágatha. No contaban con la amistad que mantenemos ella y yo, como tampoco se imaginaron que usted y yo nos pondríamos de acuerdo. Han pecado de prepotencia.

—Sí —contesté—. ¿Cómo se iban a imaginar ellos que un policía como yo iba a tener ni una conversación con usted?

—No se minusvalore, Fidel. Usted ha demostrado valor y ha cumplido lo que le encomendaron con competencia. Ha protegido a Ágatha. Es un buen policía, no como los que siguen pensando que la autoridad tiene algo que ver con la bravuconería. Váyase tranquilo a casa que ya ha pasado todo.

—Gracias, don Francisco.

Salí pletórico de Bomberos. No solo había salvado a Ágatha sino que mi autoestima había subido gracias a las palabras de Francisco Abellán. Empecé a creer un poco más en mí mismo. Hasta pensé en irme de compras esa tarde y renovarme también por fuera. Mi elección de la aurora en lugar del crepúsculo vespertino había sido acertada.

Cuando estaba llegando a casa empecé a notar que me salía toda la tensión que había acumulado porque me notaba exhausto. Me sirvió de excusa para decidirme a ir a la taberna Brillante y ahorrarme preparar algo de comida. La taberna estaba más llena que de costumbre y había cierto alboroto, así que estuve el tiempo mínimo imprescindible y me fui con la idea de prepararme un descafeinado, previo a mi tradicional siesta. Mientras lo tomaba empecé a pensar en el ataque personal que habíamos vivido Ágatha y yo. Ella había salido más perjudicada, indudablemente. Pero yo también me había llevado mi parte.

Lo de Ágatha era una venganza, a través del ataque personal, por no haberse doblegado a la exhibición de superioridad y acoso de Arturo Domínguez. Este se había valido de la difamación aprovechándose de: *calumnia que algo queda,* para sembrar la duda sobre Ágatha y dejarla indefensa. Pensé que la calumnia, a fin de cuentas, es el arma preferida de los pusilánimes, es la agresión rastrera de quienes no tienen el valor de medirse con argumentos. Resulta más despreciable si además se practica recurriendo al victimismo, poniendo por delante el ficticio afecto que se profesa al rival. Cuántas veces Arturo después de ofenderme me había dicho: «Pero si yo te quiero mucho, hombre», y bien alto para que lo oyeran todos y así dejar caer en mí la sospecha de ser el raro, pretendiendo con ello presentarse con ropajes de moralidad y destruir mi imagen.

Yo, al principio negaba el ataque diciéndome que habría tenido un mal día, que algo le habría puesto nervioso, etcétera, hasta que me di cuenta que eso era una trampa peligrosísima porque cuando veía que su ataque no había sufrido efecto lo incrementaba la siguiente vez.

Estuve tentado de llamar a Ágatha y darle la buena noticia, pero me contuve. Ella no sabía nada. Francisco Abellán me había dicho al despedirnos, mientras bajábamos las escaleras, que él se encargaría cuando llegara el momento oportuno de hablar con ella y contárselo todo. Quería esperar a que el tiempo suavizara el episodio. El impacto, entonces, sería menor. Por el contrario, a Alda la informaría inmediatamente.

«¡Qué suerte tuve aquella mañana cuando Francisco Abellán me abordó para invitarme a tomar café!», me dije, y noté que se me

empezaban a cerrar los ojos. Así y todo, sentí una desazón. Arturo era rencoroso. Buscaría otra vía para atacar y quedar al margen. Tenía un presagio, como si aún estuviera por llegar una *Tormenta de plomo*.

Cappa

Durante la cena, Carlota escuchó la historia del portal y de cómo me libré por los pelos, nunca mejor dicho.

—Menuda temporadita llevas, Ágatha —me dijo en un tono que conocía muy bien, como de hermana mayor.

—Gajes del oficio —le contesté flexionando los codos, mostrándole las palmas de las manos y encogiéndome de hombros.

—No se te ocurrió otra profesión ¿no?

—Pues no. La tuve clara desde la adolescencia y, además, tiene sus compensaciones. ¿Tú sabes qué alegría se siente cuando ayudas a alguien? O, aunque no consigas ayudar, la sensación de intentarlo, de saber que esa es tu misión; a mí me da la vida. Mi madre me dijo una vez que «cada persona tiene un destino». El tuyo es enseñar arte, mostrar la belleza, descubrir la genialidad de diferentes artistas. Tú eres necesaria en eso. El mío es tratar de mejorar las condiciones de vida de las personas. Yo sé que tú escuchas a Monteverdi mientras estás preparando clases o cuando lees libros de arte. Yo, cuando entro en mi despacho por las mañanas pongo en marcha el radio casete y escucho *We Are The Word* y reconecto con mi vocación. Todos hacemos falta, cada uno en lo suyo. Seguro que sabes que la canción, escrita por Michael Jackson, fue un acto solidario de grandes músicos que dieron los beneficios a una campaña humanitaria para intentar acabar con la hambruna en Etiopía

—Sí, lo sé. Bueno, pero tú lleva cuidado —me dijo como si fuera una orden.

—Lo tendré. De todas formas, ahora cuando escucho *We Are The World* no puedo dejar de pensar en Camerún, un país equidistante de Etiopía. Allí acaba de pasar un suceso extraordinario que no se explica nadie: “La catástrofe del lago Nyos”. En un valle remoto del oeste de Camerún ese lago se tiñó de rojo, expulsó no se sabe qué y ha acabado con cualquier forma de vida. Han muerto más de mil personas y animales; han caído pájaros del cielo. Pero curiosamente las casas, los puestos del mercado y los árboles no han sufrido daño. Es un enigma. Están investigando para saber qué es lo que ha ocasionado este desastre.

—¡Cuánta desgracia! —dijo Carlota siguiendo mi línea—. Y eso que este año ha sido declarado Año Internacional de la Paz por la ONU. Empezamos muy bien ingresando el mismo día uno en la Comunidad Económica Europea, pero nueve días después ETA ya

estaba haciendo de las suyas secuestrando al empresario Juan Pedro Guzmán. ¡Menos mal que los GEO lo rescataron doce días después, pero ¡menudos doce días pasaría ese hombre! Y si no lo del Challenger, a finales de mes, nada más despegar se desintegra y sus siete tripulantes caen al mar y fin. No sé yo a estas alturas de agosto cómo acabará la cosa —dijo en un tono pesimista impropio de ella. Por eso la atajé.

—Carlota, que han pasado muchas cosas buenas.

—¿Sí? ¿Cuáles?

—Pues Francisco Mingote ha entrado en la Real Academia Española.

—¡Ah, eso sí! ¡Qué gran dibujante y qué humorista tan bueno! Un artista.

Pareció que con el tema artístico se le iba la murria en la que la veía yo entrar. Así que aproveché para tirar de lo suyo.

—Y además robaron el cuadro de Picasso *La mujer que llora* y lo devolvieron días después. ¿En qué museo estaba?

—En el Museo Nacional de Melbourne, en Australia. Pero no nos desviemos del tema; ya que has mencionado lo de tu profesión, nunca me has contado cómo es que se ocurrió hacerte Trabajadora Social.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Claro, yo te he contado muchas veces cómo fue lo mío. Fácil, por otra parte, ya que nací y crecí entre artistas.

—Es un poco largo —repliqué.

—No te hagas de rogar y cuenta —contestó ella.

—Era de noche, mi padre me había castigado, o eso creo recordar. Me envió a su despacho donde había un escritorio, una máquina de escribir, unas estanterías, un perchero, una papelera y hasta una máquina de coser, de la marca *Singer,* que utilizaba mi madre. Yo encendí la lámpara y me puse a hojear unas revistas que había encima de la mesa. En una de ellas me encontré con un recuadro publicitario de una revista titulada *Genial.* El anuncio venía a decir que si rellenabas el recuadro con tus datos te enviarían un número gratis, junto con el *cascabel de la amistad*, para que pudieras ver de qué trataba y suscribirte, si querías.

»Puesto que no tenía nada que hacer, rellené el recuadro y lo envié por correo. Y lo cierto es que no era publicidad engañosa: recibí mi cascabel y un número (atrasado) de la revista *Genial*. La abrí y descubrí un mundo. Ten en cuenta que yo vivía en una isla y que todo lo que se saliera de lo conocido era toda una aventura, un descubrimiento, un territorio nuevo. *Genial* contaba con muchas secciones: *Tu letra eres tú*, por el profesor Mauricio Xandró, que hablaba de la grafología (yo nunca antes había oído esa palabra) y analizaba un párrafo escrito por una persona famosa. Otra sección que

me abrió, más que un mundo, un universo, fue la que trataba los distintos rasgos físicos asociados a un temperamento: sanguíneo, pícnico, atlético y leptosomático asténico. Pero había mucho más. Una sección en particular determinó mi destino profesional y tal vez vital, si es que ambas cosas no suelen ir entrelazadas.

»Dicha sección informaba de diferentes profesiones. Cada número estaba dedicado a una carrera. Y justo el número que me enviaron a mí, junto el cascabel prometido, rezaba así en su título: *Asistente Social, experto en humanidad*. Me atrajeron esas palabras como un imán ¿Qué podría haber mejor en el mundo que ser un experto en humanidad? Nada. El artículo explicaba la profesión, indicaba las asignaturas que se estudiaban y daba cuenta de las escuelas que existían en España. Vi que había una escuela en Alicante y eso me entusiasmó por la cercanía con Tabarca. Las asignaturas eran un cóctel explosivo, una mezcla fascinante: psicología, sociología, estadística, demografía, derecho, así como los procesos metodológicos y las técnicas de investigación. Supe en ese mismo momento que quería ser asistente social. Las salidas que ofrecía eran otro cóctel de sabores: la empresa, los barrios, los colegios. Cualquier lugar en el que hubiera personas, grupos o comunidades que necesitaran ayuda para salir de situaciones de carencia, necesidad o pobreza. Cuando terminó mi encierro anuncié a mi familia mi decisión, que no tomaron en serio porque ellos tampoco habían oído hablar nunca de esa carrera.

»Seguí recibiendo la revista mes a mes con la misma rigurosidad con que yo mantuve mi decisión de futuro. La esperaba ardientemente. Me seguía ofreciendo unos contenidos que me abrían mundos desconocidos. A base de seguir los artículos del profesor Mauricio Xandró conseguí aprender a leer las diferentes formas de escritura y eso me ayudó a conocer a las personas de una manera que no era al uso. La sección de psicología me ofreció otra ventana para agudizar la observación de las conductas y la mía propia. Otra de las secciones se titulada *Foto comentada*. En ella aparecía una foto y los lectores que quisieran podían escribir sobre lo que la imagen les sugería. La revista seleccionaba el texto que consideraban el mejor, y este aparecía publicado en el número siguiente. Ahí me adentré en el mundo de la escritura y del ver más allá de lo aparente. Nunca un castigo pudo ser tan efectivo como aquel encierro en el despacho paterno.

—¡Qué interesante! Y no ha sido tan largo. Te has explicado muy bien —me dijo Carlota, halagándome.

—Ya ves… Las coincidencias de la vida y de qué manera a veces se fragua un destino. O es que el destino nos persigue hasta que nos encuentra y una vez que nos ha cogido ya no nos suelta. Piensa que si yo no hubiera elegido esta profesión nunca te habría conocido. Viniste a la escuela a buscar a tu hermana Manoli, mi compañera, y en El Coscorrón empezamos a hacernos amigas.

—Tienes toda la razón —asintió Carlota—. Visto así, buena elección, Ágatha.

—Gracias, señora Carlota. Me voy a dormir que mañana hay más tarea.

—Buenas noches —me contestó ella, bostezando.

—Por cierto, son más de las doce. Feliz cumple, Carlota. Ya estamos a 26 de agosto. —Le di un beso y un abrazo.

—Muchas gracias. Estás en todo. Mañana te invito a comer y lo celebramos.

—Mira con qué buena oferta me voy a la cama —contesté complacida.

—Que descanses, que te hace mucha falta.

Pero no me fue fácil descansar. Me iban y venían las imágenes del día. Y quizás al rememorar con Carlota la revista *Genial* y sus secciones: la foto comentada, la grafología y aquello que está relacionado con ver más allá de lo aparente, me vino a la mente una pregunta: ¿Cómo supo Mateo donde estaba la casa? Con todo el alboroto que hubo no llegamos a hablarlo las gobernantas y yo. Pero ahora, en la quietud de la noche, esa pregunta empezó a martillearme y acabé barruntando que no pudo seguirme porque ya estaba allí cuando yo llegué. Tuvo que decírselo alguien. Repasé a quién le había dicho que iba a comer en la casa y concluí que lo sabían las gobernantas, las propias mujeres de la casa, Fidel y Presente. Ni las gobernantas ni las mujeres ni Fidel habían dicho nada, de eso estaba segura. Quedaba Presente. ¿Tendría él algo que ver? Y si era así ¿con qué fin?

Esbocé una teoría. Arturo Domínguez había rondado Talleres el mismo lunes que llegó Fidel y me preguntó la ubicación de la Casa. Estaba allí cuando vino Merche a por Esmeralda y sus hijos. Pero él no conocía a Merche ni tenía por qué saber a qué había venido Esmeralda. A menos que… a menos que conociera a Presente y le hubiera sonsacado esa información. Presente y yo nunca habíamos hecho migas, en parte porque sus gestos no me habían infundido confianza. Es posible que se sintiera importante detentando información que pocos conocen, que se hubiera hecho de más ante Arturo y que este se hubiera aprovechado. Por otro lado, estaba la

cuestión de las llamadas telefónicas. Mi número no constaba en la guía. Si, como sospechaba, era cosa de Arturo ¿Quién le había facilitado mi número? Presente tenía el de todas por si tenía que avisarnos de algo. Era solo una teoría, pero no me pareció descabellada. Había coincidencias que no podía pasar por alto. Sabía que había coincidencias de sentido, de las que hablaba Jung en su Teoría de la Sincronicidad. Pero no era el caso. Esto eran coincidencias puras y duras. Tenía que hablar con Fidel, alertarle y exponerle lo que había conjeturado, porque él estaba cerca de Presente y podía observarle mejor. Iba siendo de hora de que confiara en él y empezara a verle no solo como una imposición de Alda sino como un verdadero compañero y aliado.

XI

Parecía una mañana tranquila. Por fin había conseguido llegar a las ocho sin sobresaltos. Sobre la diez de la mañana Ágatha me llamó y me puso al corriente del resultado de nuestras gestiones en Tabarca. Había hablado con Alda y ya estaba todo listo para la excursión. No me pareció relevante que me informara de todo eso, así que me imaginé que el motivo por el que me había llamado era otro. Y no me equivoqué, porque añadió:

—Fidel, he de confesarte una cosa.

—Dime Ágatha —le dije intrigado.

—No te asustes, yo creo que es una cosa buena. Verás, cuando Alda, la concejala, me dijo que iban a traer un policía a Talleres no lo vi claro. Me pareció una medida excesiva y lo cierto es que protesté. Ya vas viendo cómo es nuestro trabajo y lo delicado de las situaciones que tratamos. No me pareció oportuna la presencia de un policía, pero Alda lo tenía decidido y yo no tuve más remedio que aceptarlo.

—Gracias por tu sinceridad —le dije, interrumpiéndola, impelido por el tono firme de su voz.

—Al principio actué un poco como si no existieras, movida por mi creencia de que no necesitábamos un policía. Pero me he dado cuenta de que no solo eres un buen policía, sino que realmente tienes ganas de implicarte de verdad. Así que te pido perdón si mi confesión te ha molestado.

—De ninguna manera —le contesté—. Nunca me habían tratado tan bien y de forma tan considerada como lo has hecho tú. Al revés, te estoy muy agradecido.

—Exactamente como te mereces Fidel. Verás, me gustaría decirte algunas cosas que antes no he sido capaz.

—¿Se trata de Arturo Domínguez? —le pregunté sin pensar y tal

vez porque yo también necesitaba ser sincero con ella.

—Sí, así es. Y si me lo has preguntado deduzco que debe de ser porque has estado observando y observándome.

Le reconocí que así era.

»Pues bien —continuó ella—, Arturo me acosó en el despacho de Carmela el mismo día que tú llegaste. —Traté de que no notara que yo estaba al tanto de ese episodio, por lealtad a Francisco Abellán.

—Lo siento mucho, señorita Ágatha.

—No pasó nada porque le metí un rodillazo en la entrepierna.

—¡No me diga! —respondí como si lo oyera por primera vez. Y es que oírselo decir a ella tenía otra emoción. Reconozco que se me escapó una sonrisa.

—Y han pasado más cosas. He recibido llamadas telefónicas y nadie ha respondido. He estado muy asustada, al punto de que me he mudado provisionalmente a casa de una amiga que vive en mi misma urbanización, pero en otro bloque.

—Has hecho bien —le dije, alegrándome por la decisión que había tomado.

—Ayer, cuando fui a la Casa de Acogida estaba esperándome en el portal un hombre, el mismo al que tuviste que pararle los pies esa misma mañana. Necesito saber… —se paró en seco. Hizo una larga pausa mirándome a los ojos fijamente—, necesito saber, antes de continuar, que puedo contar con tu silencio y tu confianza.

—Cuenta con ello Ágatha —le dije con total convicción.

—Te lo agradezco, Fidel. Te decía que todo eso me hace pensar que Arturo está detrás porque cuando le di el rodillazo y salí corriendo oí cómo me decía que me lo haría pagar.

—¡Infame! —exclamé. Ese detalle no me lo había contado Francisco Abellán.

—Pero creo, y esto es solo una teoría, que está conchabado con Presente. Lo he deducido porque era el único, excepto tú, que sabía que yo iba a ir a la casa. Se lo pudo decir a Arturo, y… no sé, quizás él haya contactado con Mateo. Puede ser que cuando llegó a Albovar le preguntara dónde estaba Talleres. No sé… Esto son especulaciones. Pero me rondan y quisiera cerciorarme de lo qué está pasando. Anoche pensé que tú estabas cerca de Presente y podías fijarte si lo que pienso tiene algún fundamento o son figuraciones mías.

—Al revés. Yo creo que estás muy acertada.

—Y le conté lo que había observado el día que vino Merche a recoger a Esmeralda para llevarla a la Casa de Acogida.

—O sea, que no iba desencaminada en mis deducciones —dijo ella con un tono severo mientras giraba el cuello hacia el lado derecho y situaba su mano en torno a la oreja—. Fidel —continuó—, esté alerta, por favor. Y téngame al corriente de lo que observe.

—Cuente con ello. No sabe la alegría que me ha dado sincerándose conmigo. Para mí es muy importante.

—Y vuelvo a pedirte disculpas por haber minusvalorado tu trabajo cuando llegaste

No la dejé terminar.

—Olvida eso, por favor. Yo tampoco te lo he contado todo.

—¿Qué me dices? —me preguntó asombrada e inclinándose con curiosidad hacia delante.

—Pues que no se le he contado todo —volví al *usted*. Decidí no preocuparme más y tutearla o no, como me fuera surgiendo—. Arturo lleva tiempo tratándome con desdén y no perdiendo ocasión para meterse conmigo. Yo había fantaseado con pedir el traslado a otro servicio porque estaba harto de sus maneras chulescas y de sus ofensas. En esas que me comunicaron que tenía que venir a Talleres. Yo creo que por eso vino aquí el día que me incorporé. ¿Lo recuerdas?

—Sí, sí…, claro, como para olvidarlo.

—Ceo que vino para hacerme una demostración de fuerza y para controlar mi nuevo destino. Creo que no soportó que estuviera contigo, una chica joven y guapa y quiso dejar claro que él era el machito. Y de repente, después de lo suyo, hemos pasado los dos a estar en su punto de mira.

—¡Dios mío! ¿Cómo iba siquiera a sospecharlo?

—Sí, estamos los dos en su punto de mira. Y hay más…

—¿Más? —dijo abriendo al límite sus ojos oliva.

Y le conté el episodio de ayer, cuando me dieron el alto él y Lorenzo. Aproveché para hablarle de este último y lo que se comentaba sobre la paliza que le dieron a aquel chico y la reclusión en la cárcel.

—Arturo se libró. Yo creo que de alguna manera obligó a Lorenzo a que cargara él solo con las culpas. Yo les oí cuando se jactaron de lo que habían hecho y Arturo lo sabe. Esa es otra razón por la que me amedranta.

—¡Madre mía, Fidel! Y yo sin tener idea de nada. Gracias también por tu confianza. A partir de ahora te haré partícipe de todo lo que vaya ocurriendo. Es más, te pediré que me acompañe, si así lo deseas, cuando vea que puede ser necesario o incluso por si te apetece únicamente. También me gustaría contarte cosas sobre este trabajo mío con las mujeres y por qué aguantan que las maltraten. Todo eso si quieres, claro. Creo que te vendrá bien si vas a seguir más tiempo aquí en Talleres. Haré de ti un policía especializado en violencia hacia las mujeres. ¿Qué te parece?

—Que me suena a música celestial. He estado años con papeles en una oficina gris. Lo que me ofreces es una ventana a una vida nueva. —Y le guiñé un ojo con complicidad.

Esta euforia inicial por la nueva relación que se estaba estableciendo entre Ágatha y yo dio paso a una cierta inquietud porque al abrirse esa línea de confianza y colaboración me vinieron a la mente nuevas imágenes (tal como me pasó cuando recordé las miradas entre Arturo y Presente) y estas no tenían que ver con nuestro común enemigo sino con sus compañeras. Pensé que era el momento adecuado para advertirla.

—Hay algo más —le dije con un tono apesadumbrado—. Es una apreciación mía, algo que he observado.

—Pues es el momento de decírmelo. Adelante —me urgió ella con decisión.

—Sabes que, excepto para ti, mi presencia pasa inadvertida —adiviné que quiso interrumpirme para salvar mi autoestima, pero no la dejé—. Déjeme terminar. Sí, es cierto, noto que Eulalia, Remedios, Elvira y Ana ni me miran. Para ellas es como si no existiera porque tienen muy claro que no estoy aquí por ellas, sino por ti. Eso me permite observarlas y escucharlas a veces. Por eso sé que Eulalia y Remedios están que trinan porque nos fuimos a Tabarca y ellas no. —Aquí sí que me interrumpió.

—Se lo dije a Alda, se lo dije…

—Murmuran —añadí.

—Sí, yo también lo noto.

—Creo que opinan que tienes más privilegios que ellas. Las tienes en contra, Ágatha. —Acabé de advertirla y respiré. Esa espina quería sacármela. Ella no pareció sorprenderse.

—Lo sé, Fidel. Yo también lo noto. Sé que van juntas a tomar café sin mí. Noto sus miradas y sus gestos.

—Tienes que estar alerta Ágatha —le supliqué.

—Fidel, no puedo. Tengo que concentrarme en mi trabajo. Es lo único que me da paz. No puedo estar pensando qué traman contra mí y atender mis tareas. Hasta ahí no llego. De todas formas, sé que cuento contigo por si notas algo más evidente y no solo sutilezas de desdén. Muchas gracias, de corazón.

—No me las des. En todo caso yo a ti. Por primera vez siento que cuento para alguien.

Se levantó y me dio un fuerte apretón de mano.

Lambda

Cuando me desperté al día siguiente creí que tal vez me arrepentiría de la decisión que tomé de hablar con Fidel y exponerle mi teoría y mi propuesta. Pero no fue así. Por el contrario, con la luz de día me pareció una idea acertadísima, y eso era muy buena señal. Normalmente los pensamientos o las sensaciones que tenía nada más

despertarme eran certeros. La noche, con sus sueños, cocinaba mis inquietudes y cuando abría los ojos solía tener certezas. Eso me infundió buen ánimo y fui a cantarle el *Cumpleaños Feliz* a Carlota de muy buen humor. Quedamos en comer en el restaurante Némesis. Tenerlo tan cerca de casa era muy buena opción, sobre todo en agosto, cuando después de comer solo apetece descansar.

Pero cuando llegué a Talleres descubrí muy pronto que lo de descansar sería para otro día. Sobre las ocho y cuarto me llamó Genoveva Abal de Fresneda (¡cómo me gustaba pronunciar su nombre y sus apellidos!). La verdad es que con los últimos acontecimientos no había pensado en ella y en que tenía una respuesta que darme, pero ella no lo había olvidado. Me pasó la llamada Presente.

—Una breva no sé qué de Fresneda quiere hablar contigo.

—Presente, buenos días. Se llama Genoveva Abal de Fresneda, y es la directora del Archivo.

—Pues eso. Te la paso.

—Buenos días Genoveva —dije con inquietud por lo que pudiera comunicarme.

—Buenos días Ágatha. Oye, antes de nada ¿Quién ha cogido el teléfono?

—El conserje, Presente.

—Sí, presente lo he notado, pero me ha parecido un poco grosero. No me ha dicho ni buenos días. Lo primero que me ha espetado es que las citas para hoy estaban completas y que llamara a las dos.

No podía con Presente. Hacía lo que quería. Igual era eficiente y trataba bien que se podía poner impertinente. Y, desde luego, si estaba torcido por algo a con alguien podía ser insufrible. Hoy debía de ser uno de esos días.

—Disculpa, tiene días y días. No elegimos al personal que nos mandan. Tenemos que adaptarnos. Los servicios comunitarios y sociales aún no son demasiado conocidos. Tal vez por eso no siempre nos envían perfiles adecuados. Ya lo siento, porque en nuestro trabajo necesitamos personas…

No me dejó terminar.

—No pasa solo en tu servicio. Eso lo sufrimos todos. Bueno —continuó—, lo que quería decirte es que he hablado con la abadesa de las capuchinas. Nos puede recibir esta tarde. ¿Estás disponible?

—Oh, muchas gracias. Claro. ¿A qué hora?

—A las seis. Tendrías que recogerme a las cinco. Porque quiero que lleguemos puntuales. No quiero hacer esperar a la abadesa, y siempre hay un tiempo que podemos perder entre el tráfico, aparcar, o cualquier imprevisto.

—Sí, sí, claro, lo comprendo. Ningún problema. ¿Dónde te viene bien que te recoja?

—Si quieres en la misma plaza Mayor. La conocemos bien las dos y yo vivo cerca.

—De acuerdo, allí estaré. Hasta la tarde.

Me venía un poco mal por la comida con Carlota, pero dado lo que me llevaba entre manos era mejor adaptarse y, por otro lado, seguro que Carlota lo comprendería. Por cierto, tendría que buscarle un regalo en el tiempo del café.

Retrasé la llamada a Fidel porque quise afianzar lo que quería decirle. Por fin sobre las diez lo llamé, y lo cierto es que resultó muy fácil. Él, como siempre, estuvo atento y colaborador. Yo le hablé sinceramente y él también se sinceró conmigo. La sorpresa fue descubrir que Arturo Domínguez también llevaba tiempo atacando a Fidel. Pero lo mejor fue cuando me confesó sus observaciones con respecto a Presente y a Arturo del lunes pasado, cuando vino Merche a por Esmeralda y sus hijos. Pero no solo eso, también se había percatado del vacío de mis compañeras y sus desdenes, de los que quiso alertarme. Todo ello me afianzó en que había hecho bien manteniendo esa conversación con él. Había tenido la confirmación de que estaba sola, de que solo podía contar con Fidel.

Las gobernantas de la Casa de Acogida eran otra historia. Al estar alejadas de Talleres llevaban su propio ritmo y no había detectado nada anómalo. Por el contrario, teníamos fluidez en el trato y en lo que concernía a las mujeres que atendíamos. Al poco de salir Fidel de mi despacho me llamó Merche para hablarme de Esmeralda. Normalmente la gobernanta que se hacía cargo de una mujer cuando llegaba a la casa se convertía en su tutora, Es decir, la que más responsabilidad tenía con respecto a todo el proceso de adaptación y gestiones necesarias (denuncia, búsqueda de colegios, búsqueda de empleo y posibles salidas, etc.). Cogí el teléfono enseguida.

—Buenos días, Merche, dime.

—Estoy preocupada, Ágatha —me dijo apurada, ya que obvió hasta el “buenos días”.

—¿Qué ocurre? Es por Esmeralda, ¿no?

—Sí, es por Esmeralda —me confirmó—. Está rara desde que se presentó su pareja y montó el numerito.

—¿Qué quieres decir con rara?

—Pues que está nerviosa, más alterada. Dice cosas como para sí, pero para que la oigamos.

—¿Qué cosas dice?

—Pues que si debería volver con Mateo, que si no podrá salir sola adelante, que si ha ido a buscarla es porque la necesita…

—¡Madre mía, ya empezamos! —dije desolada, sabiendo que lo que me estaba diciendo Merche era parte del proceso: sentirse culpables y querer volver con sus parejas, cayendo en el error de creer

que las quieren.

—Sí… —dijo Merche en tono lacónico.

—¿Habéis hablado con ella?

—Queríamos hacerlo esta tarde Laura y yo cuando venga en el cambio de turno. Te llamaba por si quieres venir.

—Justo esta tarde no puedo, pero lo haréis muy bien sin mí. Contadme mañana cómo ha ido.

—De acuerdo.

—Suerte.

Pintaba mal. Cuando colgué el teléfono me recorrió un escalofrío. ¡Con lo que cuesta que tomen la decisión de huir de esas vidas de tortura y qué fácil es que vuelvan a caer! La dependencia emocional jugaba esas malas pasadas. «¡Ojalá Merche y Laura consigan enderezar la situación», pensé, y lamenté hasta el límite la intervención de Arturo Domínguez! Estaba segura de que Mateo no habría encontrado la casa sin su colaboración. No sabía de qué manera, pero tenía la certeza absoluta. La confesión de Fidel sobre la complicidad de Presente y él me lo había confirmado. Lamentablemente mi compromiso con Genoveva me impedía estar esta tarde junto a Merche y Laura para apoyarlas. Y tampoco podría alargar la tarde con Carlota en su cumpleaños. Mi objetivo principal era depositar mi informe en el archivo de las capuchinas de Alicante con la ayuda de Genoveva Abal de Fresneda.

La recogí puntualmente después de una comida rápida con Carlota en el Némesis, y de la entrega de su regalo (un bonito broche con forma de mariposa multicolor). Quedamos en que nos resarciríamos un día de estos yendo a La barra de Elcidia. Por supuesto que comprendió la importancia que tenía ir a Alicante esa tarde con la directora del archivo. No quise beber vino para estar despejada, tanto para conducir como para estar lúcida con Genoveva y la abadesa. Carlota estaba espléndida. Lucía sus treinta y dos abriles como una rosa, y me confesó que había quedado por la noche con Adolfo, un colega del trabajo con el que salía de vez en cuando. Me alegré porque le vendría bien otra compañía que la mía, tan dramática los últimos días. Le propuse quedarme esa noche en mi casa, así ella se sentiría más libre si quería luego tomar una copa en casa con Adolfo. Por otro lado, en algún momento tendría que ir pensando en volver a mi ático y recobrar poco a poco la normalidad. Le pareció bien y ya pude concentrarme en la tarde y Genoveva. Estaba un poco nerviosa; creo que me imponía un poco lo que sucediera en las próximas horas. «¿De qué hablaríamos?», me preguntaba mientras comprobaba que en mi bolso estaba el sobre municipal.

Genoveva lucía el mismo estilo que descubrí en su despacho la otra mañana. Un aire clásico, absolutamente medido, donde nada

estaba escogido al azar. Los complementos perfectamente armonizados con su traje y chaqueta veraniego en beige satinado. Ni un pelo fuera de su sitio y perfectamente maquillada. Fantaseé con emparejarla con Fidel. Supongo que para quitarme tensión. No sé por qué intuía que no se había casado. No le vi el consabido anillo. Empecé a barruntar para mis adentros: «Fidel cada día estaba más aparente. Yo creo que Tabarca le sentó muy bien. Juraría que ahora se da algún que otro paseo por la playa porque el color de piel es mucho más tostado que cuando llegó aquel dieciocho de agosto a mi vida». Me sorprendí de mi recién descubierta vena celestina.

Al final, fue Genoveva la que habló casi todo el tiempo. Al principio me dio instrucciones. Me sugirió que le dejara a ella llevar la conversación, que me mostrara respetuosa, que me dirigiera a la abadesa llamándola "Madre" y que no interrumpiera cuando ella hablara. Asentí a todo. Luego me habló de ese convento. Me dijo que las capuchinas, eran una reforma de la orden de las clarisas que fundó Santa Clara de Asís. En el siglo XVII llegaron a Alicante, procedentes del convento de Murcia y comandadas por la fundadora, la madre Úrsula Micaela Morata, cuyo cuerpo incorrupto se conserva en el convento y puede visitarse. También me contó que el convento donde están ahora no es el que ocuparon a lo largo de tres siglos, ya que este fue quemado en los disturbios anticlericales de mayo de mil novecientos treinta y uno. Posteriormente les fue expropiado por el Ayuntamiento, quien en subasta púbica adjudicó los terrenos al Banco de España para que construyera una sucursal. Cuando acabó la Guerra Civil el Ayuntamiento les cedió los terrenos que ahora ocupan para que pudieran regresar a la clausura. Al parecer esos terrenos fueron un sobrante de las obras que se hicieron para el ensanche de la ciudad en la zona oeste, que hizo necesario el desmonte de la *muntanyeta* (donde se construyeron los edificios de Hacienda y del Gobierno Civil, en lo que se denominó "Operación Rambla"). Lo curioso es que esos terrenos que les donaron fueron parte de la expropiación que se les hizo en su día. Aquella donación, en realidad, fue una recuperación de parte de lo que había sido suyo.

Era un espacio de contrastes acentuados: en el lugar en el que unas monjas habían vivido, según la máxima de su fundadora Santa Clara de Asís, en la pobreza más absoluta, se asentaba ahora el símbolo de la riqueza: el Banco de España. Si hubiera estado Carlota conmigo me habría dicho: «Como el Siglo de Oro».

No tuvimos problema para aparcar y llegamos antes de tiempo. Genoveva se mostró muy segura. Nos dirigimos a la fachada trasera, donde había una puerta normal, que no tenía nada que ver por la portada de la fachada principal que hablaba a las claras de que se trataba de una iglesia. Pulsó un timbre, que sonó como una campana.

Tardaron un poco en abrir. La monja que nos recibió se deshizo en cortesías con Genoveva y al mismo tiempo en disculpas porque al parecer la madre abadesa había sufrido una indisposición y no podía atendernos. Nos dijo que lo haría la madre Adelaida y que entráramos por la iglesia y nos dirigiéramos a donde se mostraba el cuerpo incorrupto de la madre Úrsula Micaela. Así lo hicimos. La madre Adelaida tendría unos sesenta y cinco años. Vestía el hábito marrón capuchino y ofrecía otro contraste, ya que se mostraba seria; pero sus ojos eran muy vivos y sonrientes. Estaba al corriente del motivo de nuestra visita, de modo que nos preguntó enseguida por el informe. Le di el sobre que lo contenía. En el reverso del mismo hizo constar que lo recibía el veintiséis de agosto de mil novecientos ochenta y seis. Nos dijo que lo guardaría en esa misma estancia, cerca de la fundadora, y que allí estaría bien custodiado. Le dimos las gracias y salimos del convento. Me sentí muy agradecida a Genoveva, a la que empezaba a apreciar. Había cumplido mi objetivo y la energía de aquel lugar me traspasó como una ola azul, suave y brillante que me evocó los baños en las calas de Ibiza, donde casi podían tocarse los pinos y sus sombras.

Durante el regreso hablamos más distendidamente. Ya no éramos dos desconocidas compañeras del Ayuntamiento de Albovar. Empezaba a sospechar que acabábamos de empezar una sólida amistad.

XII

Pese a que llegué muy puntual a Talleres Presente ya estaba allí y me abordó nada más aparcar mi Peugeot.

—Fidel, llama a tu jefe —me dijo con un tono y una mirada que traslucía una advertencia.

—¿Cuándo ha llamado? —le contesté obviando el “buenos días” con el que él tendría que haber iniciado la conversación.

—Hace un buen rato.

Era imposible que hubiera llamado hacía tanto tiempo porque sabía de sobra que mi hora de entrada era a las ocho. En ese momento era en punto. Estaba seguro de que lo decía para infundirme desazón.

—Vale, gracias. Ahora le llamo.

—¿No pasas al despacho? —me preguntó señalando la puerta de recepción.

Sabía que él quería que llamara desde allí para poder oírme, pero no estaba dispuesto.

—No, gracias. Lo haré desde el de Carmela —le dije con una

sonrisa a conciencia, haciéndole saber que desbarataba sus planes.

Carmela solía llegar un poco tarde, no mucho, pero lo suficiente para poder hacer la llamada sin que estuviera ella. Ágatha tampoco había llegado, por lo que me di prisa para que ninguna de las dos pudiera oír mi conversación con Andrés Navarro.

—Dígame jefe, buenos días.

—¿Buenos días? ¿Estás seguro? ¿No tendrías que haberme llamado para informarme de lo que hablamos? —dijo con un tono de voz que delataba que estaba cabreado.

—Lo siento jefe. No le he llamado porque no he visto ni oído nada raro por lo que tuviera que molestarle.

—¡Ah…! ¿No has visto ni oído nada? Claro, ya lo suponía yo. Se ha enterado hasta el jefe supremo, y tú que trabajas ahí estás en la mismísima inopia.

—Perdone jefe, no sé de qué me habla.

Lo sabía de sobra, claro que lo sabía, pero me vino bien el concepto que tenía de mí para que le pareciera normal que no me enterara de nada.

—Sepa que lo que le dije ha trascendido y ha llegado a la prensa, pero no sé por qué cojones el jefe supremo lo ha parado. Esa "gata" ha tenido suerte, por el momento, porque yo sigo teniendo fuentes que me dicen lo contrario.

Demasiado bien sabía yo cuáles eran sus fuentes. «fuentes contaminadas», pensé. Me hice el loco.

—Lo siento jefe, sabe de sobra que de haberme enterado de algo se lo habría dicho inmediatamente.

—¿Estás seguro? —me dijo con cierta sorna.

—¿Por qué lo dice?

—¡Hombre, no te hagas el inocente!, que te has ido a Tabarca con ella.

Me quedé de piedra, pero pude reaccionar.

—Claro jefe. Fue una orden de la concejala. ¿Cómo lo ha sabido? —me atreví a preguntar.

—Yo me entero de todo, Fidel, así que ojito con lo que haces. Adiós. —Y colgó sin esperar respuesta.

Eso sí que me dejó inquieto ¿Sabría Andrés que estaba en contacto con Francisco Abellán? No me dio tiempo a responderme, Ágatha había llegado. Lo supe porque siempre que entraba a su despacho por la mañana hacía sonar en su radiocasete el We *Are The Word*, así que salí del despacho de Carmela cuando acabó la canción y la saludé disculpándome.

—Buenos días Ágatha, he aprovechado que no ha llegado Carmela todavía para hacer una llamada.

—Buenos días, Fidel, no pasa nada. Ya me imagino que prefieres

hablar desde aquí y no cerca de Presente.

—Así es —reconocí, y aproveché para preguntarle—: Por cierto, Ágatha, he observado que todos los días hace sonar esa canción. ¿A qué es debido?

—Bueno, es una canción solidaria. Creo que representa el espíritu de mi trabajo y me gusta oírla antes de empezar la jornada laboral. El origen fue la hambruna en Etiopía. Harry Belafonte, activista social, tuvo la iniciativa de juntar a las mejores voces del momento para que interpretaran esta canción. Con ello se recaudaron fondos y además se convirtió en uno de los singles más vendidos de la historia. Hasta obtuvo el Grammy a la canción y disco del año 1985. Pero lo más importante de todo es que *We Are The World* marcó el camino a seguir a los artistas que quisieran aportar su granito de arena ante los problemas humanitarios. Se convirtió en un emblema de la lucha contra la pobreza.

—Interesante. Conocía la canción, pero no lo que me has contado.

—Me falta conseguir una cinta de A*fternoons In Utopia*, de la banda alemana Alphaville, para escucharla también. Me encanta la música y la letra: *[…]Las mariposas lilas están cruzando sin miedo. […] Pinta tus sombreros y tus zapatos con flores y estrellas. […] Vamos a detener las guerras en estas tardes de Utopía*. ¿Qué te parece?

—Pues que estoy anclado en el pasado, Ágatha. Creo que me he quedado en Antonio Machín.

—Bueno, para gustos, los colores. A mí también me gusta Machín y sus angelitos negros. Pero ahora es mejor que empecemos el trabajo y veamos qué nos depara el día —titubeó, se quedó pensativa y añadió —: ¿Sabes qué? Como es temprano, y ya que estás aquí podría contarte algo sobre los malos tratos, tal como te propuse. ¿Qué te parece?

—Encantado —contesté.

—Lo primero que debo aclararle es que la cuestión tiende a banalizarse. Se suele atribuir la culpa a las mujeres diciendo que si les pegan es porque quieren, que con irse o no consentir la primera agresión solucionarían el problema. Pero, indudablemente esa conclusión es fruto de no conocer el complejo laberinto emocional por el que pasa una mujer cuando está siendo maltratada. Para poder entenderlo es necesario adentrarnos en las causas y comprender que este maltrato es un fenómeno continuado en el tiempo y que se desarrolla de una manera paulatina y ascendente. La violencia física no es sino la punta del iceberg de la violencia enquistada. No hay que confundir, por tanto, episodio violento con violencia contra la mujer. La violencia contra la mujer —recalcó— no es un hecho puntual, sino que se va volviendo crónico. De manera que se pueden establecer tres fases, lo que se denomina “Teoría del ciclo de la violencia”, que fue

descrita hace dos años por Leonore Walter. ¿Me sigue? —preguntó.

—La sigo, la sigo. Quiere decir que no es cosa de un día, sino que va creciendo poco a poco como una espiral ¿no?

—Así es. La primera fase es aquella en la que la relación se va haciendo cada vez más tensa y distante. Predomina el silencio, la indiferencia, la ira contenida y las agresiones verbales en forma de menosprecios y sarcasmos que se van haciendo cada vez más intensos y frecuentes. El hombre se muestra irritable y no reconoce su enfado, por lo que la mujer no logra comunicarse con él, lo que provoca en ella un sentimiento de frustración. El mensaje reiterado es que no ve las cosas como son, por lo que la mujer empieza a preguntarse qué es lo que hace mal y comienza a culpabilizarse de lo que sucede.

—¡Encima! —dije mientras la miraba complacido por lo bien que se expresaba y lo fácil que hacía que la entendiera.

—Pues sí, encima… Así que llega a pensar que no se somete lo suficiente, por lo que intenta portarse mejor para que no se vuelva a enfadar. Finalmente se produce la agresión física. A este primer momento le sigue la segunda fase, llamada de explosión violenta, marcada por golpes y/o abusos sexuales, acompañados de agresión verbal en forma de insultos, frases hirientes y ataques.

—Eso que me dice me suena. A veces salíamos a comer o a cenar con un grupo de amigos. Y a uno de los maridos le encantaba ridiculizar a su mujer. Ella callaba y cada vez era más solícita, pero él cada vez más cabrón, perdone la palabra.

—No se preocupe, lo entiendo. Bueno pues de ahí se pasa a una tercera fase en la que él se muestra amable y por ello es conocida como “luna de miel”. El agresor regresa mostrando arrepentimiento y prometiendo que no volverá a ocurrir. El hombre busca justificar su actuación con múltiples argumentos referidos a que había bebido o que está pasando por un mal momento en el trabajo., etcétera. Con ello busca trasladar la responsabilidad a la mujer por llevarle la contraria y sacarle de sus casillas. Al final la conclusión es que no ha sido él quien la ha golpeado, sino que lo han hecho las circunstancias.

—Eso también me suena. Este marido otras veces se deshacía en carantoñas y proclamaba a los cuatro vientos lo que la quería.

—Claro —continuó ella—. Durante esta fase, el hombre cambia para contentar a su compañera y durante un tiempo se comporta como ella espera. En cierto modo, tanto el agresor como la víctima creen sinceramente que los episodios de violencia no volverán a ocurrir. Él cree que no se repetirán debido a la lección que ha dado a su mujer, y ella se siente reforzada por la buena conducta de su pareja. Asume que han sido esas circunstancias “especiales” las que le han llevado a mostrarse violento, ya que si pensara lo contrario supondría un choque y un derrumbamiento de todas sus expectativas vitales. A esta

falsa ilusión sigue un nuevo ciclo de tensiones en el momento en que el hombre considere que está perdiendo el control sobre la mujer, al que seguirán otras agresiones y otras lunas de miel, y así sucesivamente.

—O sea que esas tres fases van repitiéndose.

—Sí, y de este modo se produce la victimización completa de la mujer. Queda atrapada en una tela de araña de la que no intenta salir porque piensa que está donde debe estar. Niega la realidad autoengañándose y usando esos artificios como mecanismos de protección, reduciendo así su nivel de ansiedad, pero también su capacidad de salir de esa situación.

—De modo que así es como queda atrapada y por eso le cuesta salir de esa espiral que le decía ¿no?

—Así es, y tiene un nombre. Se llama "Síndrome de la mujer maltratada". Se caracteriza por una baja autoestima, depresión crónica, reacciones de estrés y sensación de impotencia y de abandono por parte de los demás, embotamiento afectivo y aislamiento social. Así, las mujeres maltratadas presentan ansiedad, fatiga, temor, alteraciones del sueño y del apetito, molestias y dolores inespecíficos. A pesar de todo ello, no suelen ser conscientes de la gravedad de su estado y como consecuencia de los mensajes de su agresor y del contexto sociocultural, piensan que son ellas las culpables y que se merecen lo que les está pasando.

—¡Qué horror! No tenía ni idea de todo lo que me cuentas.

—Sí, y se da una situación paradójica. Debido a que el agresor va cortando los lazos de la mujer con el mundo exterior, esta queda recluida en el hogar que es el escenario donde sufre las agresiones, pero también donde recibe las pequeñas dosis de cariño durante la fase de afecto (luna de miel), por lo que la mujer se va empequeñeciendo y permitiendo al hombre llevarla y traerla a voluntad.

—¿Y cuando llegan aquí? ¿qué suele pasar?

—Pues que existe el riesgo de que caigan en la segunda fase, la de la luna de miel, ya que si él logra contactar con ella y se muestra arrepentido y todo eso que le he dicho, es fácil que vuelva con él y vuelva a caer en la tela de araña. Afortunadamente no pasa mucho. Yo he observado que cuando se deciden a dar el paso de pedir protección suele ser porque han tocado a sus hijos, y ahí sí que reaccionan y ven claro que deben apartarse de su agresor.

Los hijos, claro, también pueden agredir a los hijos —dije conmovido y dolido.

—Sí Fidel, sí. Ojalá cada vez más la sociedad vaya comprendiendo por qué las mujeres permanecen en relaciones donde son maltratadas y así se deje de trivializar sobre la cuestión, responsabilizándolas

encima, por ser incapaces de salir de dichas relaciones.

—Esto que me has contado debería de saberlo todo el mundo.

—Sí, espero que esta nueva época lo permita.

Lo que no sabía yo en ese momento era que muy pronto sería testigo de los estragos que causa caer en "la luna de miel".

My

El regreso a Albovar fue mucho más distendido que la ida. Me sentía más cómoda con Genoveva y conversamos de forma fluida. Me habló de su trabajo con mucho entusiasmo y consiguió que me interesara por él. Yo tenía una idea muy simple del Archivo. Pensaba que solo era un lugar donde se llevaban los expedientes y la documentación de cada Negociado cada cierto tiempo y nada más. Pero ella me habló de los fondos antiguos, de las donaciones, del material gráfico, de los planos… En fin, que me amplió la perspectiva y me hizo tomar conciencia de la importancia de los documentos y materiales del pasado para el estudio de la historia local. Me gustó tanto que fantaseé sobre la posibilidad de pedir un traslado si en algún momento me veía apurada. Lo que no tuve en cuenta, claro, es que mi formación no encajaba con ese destino.

Nos despedimos y le di encarecidamente las gracias, no solo por haberse hecho cargo de mi súplica, sino por haber buscado una solución y haberme acompañado en la resolución de la misma. Además, me había abierto un horizonte muy bello: el de la historia. Ella fue muy amable y me respondió que lo había hecho con mucho gusto y que estaba dispuesta a que fuéramos alguna otra vez a visitar a las capuchinas alicantinas y de paso tomarnos un gin-tonic. Me pareció una excelente idea.

Entrar de nuevo en mi ático me produjo cierta desazón. Sin darme cuenta lo primero que hice fue dirigir la mirada al teléfono góndola azul turquesa que tantas alegrías me había dado y que ahora miraba con recelo. De pronto caí en la cuenta y no entendí cómo no se me había ocurrido antes: haría una gestión con Telefónica y pediría que me cambiaran el número y que no figurara en la Guía Telefónica. Con ese pensamiento tranquilizador me dispuse a recuperar mi casa. Me notaba un poco rara; los días pasados con Carlota me habían acostumbrado a su compañía. La llamé para ver cómo había ido el día de su cumple. Estaba eufórica. Había pasado un día excelente y, como sospechaba, estaba tomando una copa con Adolfo. Le dije lo que había pensado sobre el cambio de número de teléfono, me dijo que le parecía muy bien, aunque eso significara que dejara de estar en su casa. Adiviné que ella también se había acostumbrado un poco a mi compañía, y con ese buen sabor le deseé de nuevo que fuera un año

inmejorable.

Me levanté con la idea de que lo primero que haría sería llamar a la Casa de Acogida para que me contaran cómo había ido la entrevista con Esmeralda, pero tuve que esperar un poco porque me encontré a Fidel en el despacho de Carmela haciendo una llamada telefónica. Aproveché para hablarle, tal como le había prometido, sobre el ciclo de la violencia a las mujeres. Le vi interesado y motivado. Eso me alegró. Lo cierto es que estaba contenta de la buena sintonía que teníamos. Sin embargo, cuando tras salir de mi despacho llamé a la Casa, las noticias que me dieron me desalentaron mucho. Al parecer Merche y Laura habían entrevistado a Esmeralda tal como estaba previsto. Pero lo que descubrieron es que, como sospechaban, rumiaba la idea de irse. La irrupción de Mateo la había desestabilizado. Les dijo que se iría esa misma noche con sus tres hijos. No hubo manera de convencerla de la importancia del paso que había dado y que debía aprovecharlo. Sobre las ocho la tarde abandonó la Casa. Le dijeron que llamara alguna vez para ver cómo le iban las cosas. Pero la vieron turbada y nerviosa. Me dijeron que desconfiaban de que lo hiciera. Apenas había estado ocho días. Nos dio pena, pero no podíamos hacer nada contra su voluntad. Y yo no podía dejar de pensar que si Mateo no hubiera localizado la casa ella no se habría ido. Sentí la certeza de que detrás de ello estaba Arturo Domínguez. Él le había dicho a Mateo donde estaba la Casa de Acogida.

Quizás para quitarme el mal sabor de boca me vino a la mente la idea de llamar a Francisco Abellán y contarle la visita al convento de las capuchinas. Me pareció buena idea porque Francisco tenía el arte de devolverme el aliento cuando lo perdía. Era la hora del café. Tenté a la suerte y lo llamé. Me dijo que estaba disponible y quedamos en la cafetería Fuentes en cuestión de quince minutos. Cuando llegué ya estaba allí. Le noté el semblante más serio que de costumbre. Le pregunté si le ocurría algo y me dijo que le contara yo primero, así que le puse al corriente de lo sucedido la tarde anterior. Le dije también que me había caído muy bien Genoveva y le reiteré mi agradecimiento. Tal vez en otro momento me habría detenido más en detalles, pero su aspecto serio y el pedirme que hablara antes me hizo pensar que tenía algo importante que decirme y que posiblemente no fuera grato.

Así que cuando terminé mi narración me dijo que se alegraba de que hubiera ido todo bien y de que Genoveva y yo hubiéramos sintonizado. Tras lo cual añadió:

—Ágatha, aunque me disgusta contarte lo que voy a decirte, creo que debes saberlo.

Mientras hablaba me fijé que sujetaba la taza del café con ambas manos formando un ángulo acentuado con los codos e inclinándose un

poco hacia delante. Por momentos tuve la sensación de que podría romperla por la presión que estaba ejerciendo.

—¿Qué pasa, Francisco? —le pregunté sintiendo una angustia en el pecho. Nunca le había visto tan serio.

—Arturo Domínguez no se contentó con intimidarte…

—Bueno, fue algo más que intimidarme —le interrumpí, quizás también por los nervios que estaba empezando a sentir.

—No se contentó —dijo él, retomando lo que había empezado y haciendo caso omiso de mi puntualización—. Hizo algo más.

Estuve a punto de volver a interrumpirle, pero comprendí que era mejor escucharle hasta el final.

—Fabricó y dejó correr el bulo de que la Casa de Acogida era un burdel, y tú quien lo regentaba.

Aquí sí que me faltó la voluntad y exclamé sin pensar:

—¿Cómo?

—Déjame terminar —dijo con decisión —. Me enteré por Álvaro Carrascosa, del Diario *Noticiando*. Por suerte me llamó porque es amigo mío. La noticia, que le llegó por un anónimo, le extrañó. Así que eso me permitió un margen de maniobra. Hablé con Alda y me autorizó para que hiciera lo que creyera más conveniente.

—Y no me dijisteis nada —dije apesadumbrada.

—No podíamos hasta que no estuviera controlada esa información. Pensé que sería contraproducente para ti y que sería mejor que te lo contara cuando todo hubiera pasado.

—¿Ha pasado todo? Francisco, termina de contármelo, por favor.

—Hablé con el Jefe de la Policía Local y le expuse mis sospechas de que Arturo Domínguez estaba detrás de esa infamia.

—¿Le contaste lo que me hizo? —le pregunté con ansiedad.

—No, eso habría sido traicionar tu confianza y no era necesaria esa información. Me dijo que se encargaría de resolver la situación. No me dijo cómo lo haría, pero me imagino que llamaría al orden a Arturo.

—¿Y qué más has sabido?

—Nada, me dijo que me quedara tranquilo que él se encargaba. Y así ha debido de ser, porque como habrás podido comprobar no ha salido ninguna noticia al respecto. Él lo ha parado.

Con la tranquilidad que me dio saber que Francisco había resuelto la grave situación me relajé y respiré hondo, pero dentro de mí sentía una indignación creciente.

—¿Cómo pudo? ¿Cómo pudo? —repetí moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¿Te extraña? —dijo Francisco—. Tú misma viste lo que fue capaz de hacerte antes de saber esto.

—Tienes razón —asentí—. Pero jamás habría imaginado que

llegaría tan lejos.

—Ágatha, ¿estás bien? Te noto pálida.

—Sí, creo que estoy bien. Me imagino que no me he repuesto de la impresión que me ha producido.

—Claro… Me parece que hoy tendré que llevarte de nuevo a comer al Némesis —me dijo sonriendo.

—Sí, por favor. Lo necesito.

—Pues hecho. Vamos cada uno con su coche ¿no? y así no tienes que volver a Talleres.

—Buena idea. Gracias Francisco, por tanto. ¿Te parece que hable con Alda?

—Sí, le he dicho que hoy hablaría contigo y te pondría al corriente. Si no me hubieras llamado tú lo habría hecho yo.

—Durante la comida te contaré otra cosa —le dije mirando el reloj y pensando en exponerle mis sospechas de que Arturo estaba detrás de que Mateo hubiera localizado la Casa.

—De acuerdo. —Nos levantamos para irnos y él se adelantó para pagar. Fue directo a la barra, pero se volvió para decirme lo que yo ya había deducido:

—Te invito yo.

—Gracias —le contesté—. Voy delante. Hasta luego.

—Hasta luego y piensa que el tiempo pone a cada uno en su lugar —me contestó él con una de sus mejores sonrisas.

Cuando salí de la cafetería me sentí mareada y noté que me venían arcadas. Era como si no fuera yo porque me hubieran arrebatado el alma. Y al mismo tiempo sentía indignación, un no creer lo que había oído. Lo que Arturo me había hecho el lunes que lo conocí no era sino el preámbulo de una pesadilla. Yo adoraba mi trabajo, sentía que estaba llevando a cabo una función noble. Me entregaba con todo mi corazón y mis energías y de repente todo eso que era mi vida lo habían mancillado hasta el extremo. «Me acusan de representar justo lo que deseo evitar, lo que no quiero para ninguna mujer, que sea esclava de un hombre», me dije para mis adentros.

«El tiempo pone a cada uno en su lugar», me había dicho Francisco a modo de despedida, pero yo sabía que no era así. Es solamente una frase tranquilizadora para los que creen que cada uno recibe lo que merece. Las personas que ven la realidad con el prejuicio del mundo justo tienden a creer que las víctimas que han sufrido una violación han debido de mostrarse seductoras, o que las mujeres maltratadas han tenido que merecer los golpes, que las personas enfermas se han buscado su enfermedad y los pobres su pobreza… Todo ello porque el mundo es justo y pone a cada uno en su sitio. No, no es así, pero pensarlo da tranquilidad: si alguien sufre es porque se lo ha buscado y se lo merece. Uno puede lavarse las manos. ¡Qué

tranquilidad para la conciencia!

No, no vomité, pero sentía la mirada perdida. Estaba en *shock*. Las fuerzas me habían abandonado, aunque sabía que tenía que llamar a Alda. Y desde luego ella me sacó del atontamiento con su particular manera de ver la vida.

—De la que nos hemos librado, Ágatha —así empezó. Yo estaba por los suelos y ella feliz de que no hubiera trascendido la noticia a la prensa.

—Ya…

—Que sí, mujer, no te me amilanes. Francisco lo ha resuelto de maravilla. El cabrón ese de Arturo se las verá con su jefe, aunque igual se libra; el *Cuerpo* lo protegerá. Pasa siempre. "Los trapos sucios se lavan en casa", pero hay que andar con ojo con él. Espero que se le hayan quitado las ganas de seguir incordiando.

—Alda, ha hecho algo más que incordiar.

—Que sí, que ya lo sé, pero se ha arreglado. ¡Venga, levanta ese ánimo! ¿De verdad no te quieres venir a Tabarca conmigo, con lo bien que me lo has organizado?

«Y abrir más la brecha que ya tengo con las vecinas», pensé para mis adentros.

—No Alda, Ve tú y diviértete.

—Bueno, pero me tienes que prometer que iremos a Ibiza un fin de semana.

—Claro, claro…

—Viaje privado, eh. Ahí no me dirás que si tus compañeras, que si esto, que si lo otro… Bueno, adiós, y cuídate. No quiero que sufras por un imbécil.

—Adiós, Alda.

—¡Ah, espera un momento! Casi se me olvida. En lo que queda de mañana irán de Parques y Jardines. Quieren decorar el patio para el día de la inauguración, y de paso os traerán macetas para los despachos. Avisa a tus compañeras.

Llamé a Francisco y anulé la comida. Le agradecí su gesto y le pedí que la pospusiéramos, que estaba muy cansada. Él lo comprendió. También le dije a Carlota que me quedaría en mi casa, que ya había comunicado a Telefónica que quería cambiar de número. Ella solo me dijo: «Te pasa algo Ágatha».

XIII

La vi llegar pálida y lívida del desayuno. Me preocupé, pero no quise agobiarla. Fue ella la que me llamó.

—Dime, Ágatha.

—Tú lo sabías ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —le pregunté, pero intuyendo ya por dónde iban los tiros.

—Acabo de hablar con Francisco Abellán.

—Agaché la cabeza un tanto avergonzado, miré al suelo y finalmente la miré.

—Sí, lo sabía. Son *Acusaciones injustas.*

—Su amigo Marcial Lafuente da para todo ¿no?

Me sorprendió que hubiera advertido que estaba refiriéndome a uno de los títulos de mi colección. «¿Me estaba estudiando ella a mi como la escrutaba yo a ella?».

—Lo has adivinado, ¿Cómo lo has hecho? —le dije, alegrándome de que mi particular obsesión por el Oeste estuviera quitando un poco de hierro al asunto.

—No es difícil, Fidel. Ya me voy acostumbrando, pero además es que pones un tono especial en la voz, algo así como un énfasis.

—¡Caray! Pues no me doy cuenta.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Me dijo Francisco que lo haría él —le contesté poniendo en mi voz un tono de disculpa.

—Lo entiendo. Comprendo que habría sido duro para ti venirme con semejante pastel.

—Me alegro de que lo comprenda. *Son un nido de cobardes. Disparan como demonios*.

—Fidel… que se embala.

—Disculpe. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—No podemos hacer nada. Parece que está resuelto. Yo esperaré a que se me pase el berrinche y tú… tú que conoces más a Arturo Domínguez, ¿qué crees que hará ahora? ¿Por qué hace esto?

Creo que me lo dijo sin reflexionar, como queriendo desahogarse y hacerme partícipe de algo que yo debería saber.

—Ha sido siempre así, conmigo por lo menos. Lo conozco hace mucho tiempo. De jóvenes estábamos en la misma pandilla. No sé… me cogió manía porque la chica que le gustaba me prefirió a mí.

—¿Su mujer?

—Sí, Amparo. Nunca me lo perdonó, y luego cuando coincidimos en el *Cuerpo* se dedicó a no perder ocasión para humillarme. Es un tipo turbio. Y ahora me imagino que no soporta que esté contigo.

—¿Cómo dices?

—Bueno, disculpe, me refiero, a tu lado, siendo compañeros de trabajo.

—O sea, unos celos patológicos.

Sí, le va al pelo la canción de Alaska y Dinarama: *Yo sé que me critican, me consta que me odian, la envidia les corroe. Mi vida les agobia.*

¿Por qué será? Yo no tengo la culpa. Mi circunstancia les insulta… —dije canturreando y sorprendiéndome por mi osadía.

Sacudió la cabeza con los ojos cerrados como para volver de algún lado y me dijo:

—Fidel, veo que va abandonando a Machín. Me alegro de que se ponga al día con la música. Y sí, lo que me ha contado explica "algo" el comportamiento de este hombre. Ah, y otra cosa. Vendrán a lo largo de la mañana de Parques y Jardines. ¿Le importa avisar a mis compañeras de que además traerán macetas para los despachos?

—Claro que no. Voy enseguida.

—Bueno, dígales también que no todo el cargamento será para nosotras, la parte fundamental es para la decoración del patio con vistas al día de la inauguración.

—No te preocupes. Hasta luego. Me alegro de verte un poco mejor que cuando has llegado.

—Gracias, Fidel.

—Me había fijado que Ágatha llevaba vaqueros y una camisa blanca. También había observado que no llevaba sujetador. Se lo podía permitir. Sin darme cuenta me sorprendí emulando a Ana Belén y canturreando: *España, camisa blanca de mi esperanza, reseca historia que nos abraza con solo acercarse a mirarla. Paloma buscando cielos más estrellados*…. Sí, estaba saliendo de Machín y me adentraba en la música de ahora.

Hice lo que me pidió y avisé a Remedios, Eulalia, Elvira y Ana, y también a Presente y a Carmela. Al poco oí el ruido de un motor y allí estaban el conductor y un operario. Presente fue a su encuentro y pronto empezaron a descargar las macetas. Vi que algunas eran grandes. Reconocí varios ficus benjamina y alguna palma kentia y también macetas más pequeñas de potos. Se hizo un poco de alboroto y el operario puso orden diciendo que dejaría las macetas pequeñas en un mismo lugar para que se repartieran en los despachos y que las macetas grandes las colocaría él distribuidas por el patio. Cuando terminaron la tarea y se fueron Ágatha me llamó.

—Fidel ¿Ha visto mi lirio de la paz?

Miré por todo el despacho de Ágatha, buscándolo allí, como o si no fuera obvio que ella ya habría registrado el despacho.

—No, no lo veo.

—Me refiero en otro lugar. Aquí ya he mirado yo.

—Voy a ver si en la confusión ha ido a parar a algún lado.

—Espera, iré contigo.

Miramos primero por todo el patio. Revisamos los alrededores de la higuera, por entre los coches guarecidos del sol bajo la parra y no encontramos nada. Vi su camisa blanca con un rodal de sudor en las exilas y su cara desolada. Fuimos por todos los despachos,

preguntamos a todo el mundo. Nadie dijo nada. Se hizo un mutismo impregnado de miradas retadoras. Cuando regresamos al despacho de Ágatha se derrumbó y comenzó a llorar amargamente. Yo comprendí que en su lirio desaparecido estaba volcando toda la aflicción del día. Me culpé por no haber estado suficientemente atento. El lirio de la paz no se podía haber esfumado. Se lo habían robado *Espíritus pendencieros.*

Pensé en ella y rememoré su cuerpo tumbado en la arena, brillando al sol, moreno y estilizado y lo que sentí mientras la miraba. Y hubiera querido abrazarla y consolarla, no, ¿para qué mentirme? Lo que hubiera querido era besarla y que nos hubiéramos adentrado juntos en el mar de Tabarca y haber jugado con las olas y la arena y haber reído y cantado, y después seguir como si estuviéramos enamorados, como si ella pudiera quererme como sentía yo que la amaba. Me imaginé que comíamos todos los días en la taberna Brillante huevos fritos y patatas y que las cenefas de las cerámicas se desprendían de jarrones y botijos y nos envolvían formando guirnaldas de colores sobre nuestros cuerpos enamorados y enredados. «No hay como el calor del amor en un bar», pensé.

¡Ay Ágatha! Y yo te hubiera cantado el tango que no podía apartar de mi mente desde que te conocí: *Ya no fumo, ni puedo beber vino, tú sabes por qué. Ni gafas uso, aunque nada veo. Y todo por ti. Vivo solo con la paga, de empleado de Ayuntamiento. Poco gano, mucho gastas, y me cuesta la salud. Me revuelvo y luego cedo, por tenerte junto a mí. Y tú en cambio me la pegas con el dueño de un café. Ágata, tú que me entiendes, Ágata. Tu no comprendes, Ágata, mira, entérate, como este hombre se humilla por ti. […]. Hoy me hago un solitario, miro al cielo y pienso en ti.[3]*

Ny

Respiré al verme libre de compromisos. No tenía que comer con Francisco ni ir a casa de Carlota. Puedo parecer injusta porque ambos son un gran apoyo para mí, pero necesitaba soledad y calma interior. Me costaba entender por qué me había difamado Arturo y cómo había sido capaz de ensuciar un servicio que está concebido para ayudar. Y todo porque no le había bailado el agua y lo había rechazado, al igual que lo rechazó Amparo en su juventud. Por ello Fidel también estaba en su diana particular. Extraños días me habían deparado las diosas este verano, aunque no tan negros como la hecatombe que supuso el atentado del *Comando Madrid* de ETA el mes pasado en la plaza de la República Dominicana. Me costaba quitármelo de la cabeza. Doce Guardias Civiles, entre veinticuatro y diecinueve años, fallecidos y sesenta heridos (algunos de ellos civiles). No sé por qué mezclaba esos sucesos que no tenían nada que ver. Posiblemente era fruto de la negrura en la que me hallaba que me hacía pensar en cosas terribles.

Fue una alegría en medio de esas disquisiciones la llegada de la furgoneta cargada de plantas espléndidas. Las estaba esperando con ganas para darle el toque final a mi despacho. Lo que no me esperaba era que también esa alegría quedara ensombrecida. Mi lirio de la paz en su precioso macetero blanco trenzado, regalo de Teresa Martínez, desapareció. Fidel opinó que me lo habían robado, y era la hipótesis más plausible. Pero me ocurría lo mismo que con lo de Arturo "me costaba entenderlo". Estaba claro que todo lo que tenía que ver con mi paz se estaba evaporando como el vino en las salsas.

Miré a Tanit y dije para mis adentros: «Bendita Tanit, protectora de las mujeres, madre del *mare nostrum* en cuyas cuevas habitas, ayúdame para que yo también pueda proteger a otras mujeres y a mí misma. Dame la fuerza guerrera que ostentas en tu cabeza leonina. Vela por nosotras que te adoramos». Cumplía mi promesa de mirar mis láminas y tomar de ellas lo que significaban para mí: Claudio de Lorena sería ahora la ansiada serenidad, la ternura del mar, la evocación del viaje. Artemisia la fiereza guerrera, como Tanit. Islas bellas, saladas de agua y arena. Descansaré en ellas.

Recordé mi juego con la letra ALFA y al Mago creador del mundo pequeño, el que tiene un corazón sin pasiones y debe estar preparado para toda aflicción y traición. Y en esas caí que mi coche era un Alfa Romeo. Un pequeño mago en su logo junto con la cruz de San Jorge y el biscione con cabeza de dragón representando un monstruo marino que expulsa a un niño, simbolizando así el renacer. Quise pensar que a la aflicción le seguiría el renacimiento.

Todas las pistas estaban ahí. Moví la cabeza con los ojos cerrados de un lado a otro para salir de mi propio hechizo y encantamiento. Era ya la hora de irse. Desde la puerta de carpintería vi caminar a Eulalia y a Remedios hacia la salida. Las miré y les pregunté:

—¿Os han gustado las plantas?

Eulalia me miró entornando los ojos y ladeando la cabeza, sin dejar de caminar. De repente se paró y desafiante dijo:

—Mucho.

Se me acercó Fidel, que estaba en el patio y había contemplado la escena.

—Ágatha, no pienses más en ello. Vete a casa y descansa.

Pero a mí se me habían quitado de repente las ganas de soledad y lamenté haber anulado la comida con Francisco. A toda velocidad urdí un plan.

—Fidel, ¿Te gustaría conocer la Casa? He pensado que ya que te he hablado de la teoría podíamos pasar a la práctica y ver *in situ* el servicio que ofrecemos. Si no tienes otros planes, claro. Podíamos tomar cualquier cosa en cualquier sitio y… —no me dejó terminar.

—Claro, claro. Me gustaría mucho.

Lo dijo con verdadero entusiasmo, así que su vehemencia me contagió.

—Pues nos vamos ¿Dónde te apetecería tomar algo?

—Yo suelo ir a una taberna cerca de mi casa, si no le importa.

—Claro que no, y así veo tu ambiente.

Me gustó el sitio, me recordó el Mesón Labradores de Alicante donde a veces íbamos a comer algunas compañeras, tras las prácticas de la carrera. A Fidel le vi muy expansivo, se notaba que estaba en su ambiente. Le trataban con agrado y familiaridad, aunque yo estaba corroída de culpa por el plantón que le había dado a Francisco. «Me moriría de vergüenza si me viera», me decía a mí misma, pero las cosas habían venido así.

No pude evitar, cuando llegamos a la urbanización donde estaba la casa, recordar el susto que pasé la última vez que estuve allí. Ese día había desencadenado la marcha de Esmeralda. No podía evitar pensar en ella y en sus tres hijos. «¿qué habrá sido de ellos?», me pregunté.

Abrió la puerta Merche. Lo primero que vi fueron sus rizos y sus gafas redondas a lo John Lennon. Se extrañó al verme y mucho más por ir acompañada de Fidel. Le expliqué que había sido algo improvisado y nos hizo pasar. Los niños habían vuelto del colegio y la casa presentaba un alegre alboroto. Era la hora de la merienda y andaban con sus bocadillos jugando por la casa. Vi a Fidel encantado, sobre todo porque los niños lo miraban con curiosidad y tocaban tímidamente su uniforme. Él no se cortó e hizo un corro con ellos. Se pasaban su gorra de unos a otros. Fue un momento precioso.

Mientras, estuve hablando con Merche sobre Esmeralda sentadas alrededor de la mesa del comedor donde habíamos comido el lunes. Me dio más detalles. Me dijo que se fue sobre las ocho de la tarde. Pidió un taxi y desapareció. Es decir, casi enseguida de la conversación que tuvieron con ella mientras yo estaba con Genoveva en las capuchinas. No pudieron hacer nada. Por un momento se me pasó por la cabeza contarle las mentiras que habían circulado sobre la Casa y sobre mí, pero valoré que era mejor ahorrarles el trago, sobre todo una vez que había pasado sin consecuencias. Le informé de que la inauguración sería el lunes quince de septiembre y que lo comunicara a Laura y a Blanca. Finalmente le dije a Fidel que podíamos irnos. Los niños protestaron, se lo estaban pasando muy bien con él. No sé qué cuentos les estuvo contando de policías y ladrones, y nos fuimos.

Fidel estaba rebosante de alegría. Le había encantado conocer la casa y jugar con los niños. Me llevó a Talleres, cogí mi coche y me fui a Némesis, ahora sí, a descansar. Pero me seguía remordiendo la conciencia por Francisco. Me dije que mañana por la mañana le

llamaría o iría a verle y le contaría mi excursión con Fidel. Cuando estaba ya con una bata veraniega y unas chanclas de tela *patchwork*, de fondo verde, cómoda y relajada en mi hamaca de la terraza sonó el timbre de la puerta. Me sobresalté. Estaba claro que aún tenía restos de inquietud de cuando sonaba el teléfono. Miré por la mirilla y vi a Carlota. Abrí la puerta.

—¿Creías que me iba a quedar tranquila sabiendo que no estabas bien?

—¡Ay, Carlota! Pasa… —Me aparté a un lado y me fijé en que aparte de su bolso bandolera llevaba una bolsa de fin de semana, así que me resultó fácil adivinar sus intenciones.

—Quiero que me lo cuentes todo —dijo con decisión—. ¿Qué ha pasado?

—Vale, te lo voy a contar. ¿Qué quieres tomar? —le dije, yendo hacia la nevera.

—Pues una cerveza estará bien. Pero tú me acompañas ¿no?

—Claro, ve yendo a la terraza y yo buscaré algo para picar.

—Pero no te entretengas, que estoy intrigada.

Preparé la mesa baja de la terraza con un bonito mantel blanco con una cenefa de punto de cruz que bordé en la escuela en las largas tardes de costura y rosario; puse unos platos de cerámica con algo de embutido, unas patatas fritas y cacahuetes y una cestita de mimbre con unas rebanadas de pan. Cuando estuvo todo listo brindamos (siempre lo hacíamos antes de empezar a beber. Nos gustaba a las dos) y me dispuse a contarle todo lo que me había dicho Francisco en el café. Me escuchó atentamente y cuando acabé se levantó de la hamaca, gemela de la mía, me abrazó y solo me dijo con calidez:

—Me alegro de que haya quedado así y no haya ido a más. Entiendo que esto para ti sea un estrago. Siempre te lo digo: este trabajo tuyo no es seguro.

—Carlota, no empieces —le supliqué.

—No, no voy a empezar, solo es que me preocupo por ti. Venga, vamos a beber y a hablar de otras cosas. Me quedo contigo, que hoy necesitas compañía.

No se lo discutí. Lo sabía desde que entró por la puerta.

XIV

Me había ido a la higuera para tener un poco de sombra después del acaloramiento que me vino buscando el lirio de la paz de Ágatha. Me culpé por no haber estado más atento. Y ya regresaba cabizbajo cuando al doblar la esquina la vi en la puerta de carpintería. No sabía qué decirle para consolarla, así que solo se me ocurrió sugerirle que se

fuera a casa y descansara. Pero ella me sorprendió con una propuesta que no esperaba: tomar algo por ahí y luego enseñarme la Casa. Como si me hubiera propuesto bajar a los mismísimos infiernos. Le dije que si quería venir a la taberna Brillante y accedió. Fuimos en mi coche. Entré a la taberna como quien ha cortado dos orejas y un rabo en una corrida de toros. Así de exultante me sentía. No podía creer que mi sueño de comer con ella allí y que las cenefas de las cerámicas se desprendieran de los jarrones y botijos y nos envolvieran se pudiera hacer realidad. El camarero que siempre me atendía lo hizo con una sonrisa socarrona. Pensé que nunca se habría imaginado que comiera con compañía y que esta fuera femenina y del porte que tenía Ágatha. Yo pasaba de sentirme como si hubiera salido triunfador de una corrida de toros a verme como el ganador de un Premio Óscar a la mejor película, aunque trataba de disimular mi regocijo para que no se me notara demasiado la felicidad que sentía. Ella no sé si se dio cuenta, si fue así actuaba como si tal cosa, lo que a mí me tranquilizó sobremanera.

Seguí sus instrucciones y llegamos a la Casa. Me resultó acogedora. No sé qué fantasías me había hecho yo porque quedé sorprendido de que fueran dos pisos normales unidos. Nos abrió Merche, a la que yo ya conocía, y Ágatha le explicó que quería que yo me familiarizara con el servicio por el cual él había sido destinado a Talleres. Casi enseguida me vi rodeado de niños y niñas que miraban con curiosidad mi uniforme. Ágatha me sugirió que me quedara con ellos mientras hablaba con Merche y así lo hice. Estaba sorprendido de la cordialidad con que me trataban. Algunos de ellos se agarraban a mis piernas y cuando nos sentamos en el suelo haciendo un corro me arrebataron la gorra y estuvieron jugando con ella. Yo no entiendo mucho de psicología, pero para mí que estos niños tenían falta de un hombre, de un padre o de una figura masculina. Me sentí fuerte como un *Hombre roca*.

Duró poco el sueño, una media hora después salíamos de la Casa y dejé a Ágatha en Talleres para que recogiera su coche. Le di las gracias y ella me las dio a mí y enfilé hacia mi casa con los sones del tango en mi cabeza. Sentí el deseo de hablar con Samuel. El rato que pasé con los niños me removió el sabor de la paternidad. Contestó a la primera, y eso era raro.

—Samuel, ¿cómo estás?

—Muy bien papá, estaba a punto de salir. ¿Pasa algo?

No me extrañó la pregunta porque normalmente le llamaba por la noche.

—No, nada, que he pasado un rato con unos niños y me he acordado de ti cuando eras pequeño. Me imagino que me he puesto un poco sentimental —confesé.

—¿Qué niños papá?

—Los de la Casa de Acogida. Ágatha me ha llevado a que conociera la Casa…

—¿Quién es Ágatha?

¿Ágatha? Pues la trabajadora social que me han encomendado que vigile. Bueno, más que vigilar son labores de custodia porque en el servicio a veces hay situaciones tensas.

—Te noto un poco raro papá.

—No… es que de repente me preguntaba si habría jugado suficiente contigo…

—Papá, ¿qué dices? Pues claro ¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada, hijo, nada, que quería oírte, solo eso.

—¡Anda…! Que sí que estás raro sí.

—Puede ser.

—Bueno, te dejo, que tengo un poco de prisa.

—Vale, adiós Samuel.

Me dirigí al sillón de enfrente de la librería y me dejé caer. Tras un rato decidí que a la mañana siguiente iría a ver a Andrés Navarro.

El sueño no me hizo dudar de mi decisión. Me levanté con la misma convicción. Era hora de cumplir con lo que me había pedido Andrés. Pasé antes por Talleres y le dije a Presente que iba a las dependencias de la Policía Local y que regresaría más tarde, para que avisara a Ágatha si preguntaba por mí.

Concha se extrañó al verme, pero con mucha amabilidad me preguntó si podía hacer algo por mí. Le dije que venía a ver al jefe. Se quedó sorprendida.

—¡Ah!, es que no me ha avisado de que vendrías.

—No lo sabe —le respondí—. ¿Puedes decirle que quiero verle?

Descolgó el teléfono y pulsó llamada interna. Cuando colgó me dijo que pasara. Toqué con los nudillos la puerta mientras entraba.

—¿Se puede?

—Andrés me miró con incredulidad y sin cambiar de postura me dijo:

—Siéntese Fidel. ¿Cómo usted por aquí? —puso énfasis en el "usted", que pronunció con cierto tono agrio.

—Vengo para cumplir sus órdenes.

—¿Qué ordenes?

Usted me dijo que estuviera atento y que todo lo que viera u oyera se lo transmitiera. Pues a eso he venido. Y a otra cosa más que luego le diré.

Puso cara expectante y se le escapó una medio sonrisa.

—¡No me diga! Así que ya se ha dado cuenta de lo que pasa. Cuente, cuente…

Me retrepé en la silla y adopté un aire solemne. Le miré fijamente

a los ojos antes de hablar. Él se adelantó en su sillón e inclinó el cuerpo hacia delante, haciendo que su barriga chocara con la mesa.

—He estado en la Casa de Acogida.

Tardó unos segundos en reaccionar y se notaba que no sabía cómo hacerlo. Le había descolocado.

—Así que ha ido. No contaba con ello. ¿Cómo ha sido eso? —dijo finalmente, pero sin sus aires de superioridad habituales, sino con desconcierto.

—Ágatha me estuvo hablando de cómo son las relaciones entre parejas en las que él es un maltratador y ayer me propuso visitar la Casa y que viera en directo cómo es la vida allí.

—¿Y qué ha visto?

Pues he visto que es una casa normal donde conviven las mujeres y sus hijos con las gobernantas que se ocupan de la organización y de ayudarlas en todo lo que necesitan para restablecer sus vidas. Y donde los niños están tranquilos y viven sin miedo.

—O sea que esa Ágatha le ha engatusado —dijo recuperando parte de sus habituales modales.

—Mire, don Andrés. A mí no me ha engatusado nadie. Solo he venido a decirle lo que he visto y a pedirle que no vuelva a solicitarme estas labores de espionaje que no entran en mi sueldo.

—Vaya, Fidel, no te reconozco. Tú exigiendo…

—No estoy exigiendo nada —repuse—. Estoy diciéndole que solo voy a hacer las funciones de un agente de la Policía Local y que no voy a participar en intrigas ni en nada que se le parezca.

Observé que me miraba sin tener claro cómo reaccionar. Lo veía en sus ojos y hasta en las entradas de su frente. Percibía que la sorpresa le había descolocado. Ese desconcierto que adiviné me envalentonó y añadí:

—¿Le queda claro?

—Sí… muy claro, tranquilícese Fidel —dijo mientras se levantaba y se dirigía a mí. Ese movimiento me sobresaltó un poco, pero no me moví.

—¿Quiere tomar un café? —me dijo casi en tono servil cuando llegó hasta mi lado—. Se lo preparo yo mismo.

Estaba claro que mi comportamiento decidido le había hecho actuar de manera diferente. Hasta me habló de *usted*. Pensé que mi vida habría sido diferente allí si no hubiera sido tan pusilánime.

—No, no quiero tomar café. He de irme.

—Bueno, hombre, ya lo tomará otro día que venga a verme.

—Solo volveré a venir si me lo ordena —dije levantándome y dirigiéndome hacia la puerta.

—Adiós don Andrés.

—Adiós, adiós, Fidel.

Salí muy digno de su despacho. Miré a Concha y le sonreí al despedirme. Ella me miró con cierta perplejidad y creo que también con cierta admiración. Creo que había oído la conversación en la que me quité las cadenas. Salí orgulloso. Me sentía *Un buen pistolero.*

Xi

Me levanté con cierto embotamiento, leve, pero embotamiento, a fin de cuentas. A la cerveza le siguió un poco de vino dulce con unas pastas que Carlota sacó de su bolsa de fin de semana envueltas en una bandeja dorada y papel de la pastelería Trigo Dorado, que estaba en uno de los bajos comerciales del bloque Inari de nuestra urbanización. También fumamos y charlamos hasta tarde. Me contó su tarde noche con Adolfo el día de su cumpleaños. Entusiasmada, por cierto. Yo no le conocía, pero ella me había hablado bastante de él. No es que estuviera enamorada, pero salían de vez en cuando a tomar algo, al cine e incluso a algún concierto. El cuatro de agosto pasado, desde luego, no se perdieron el de *Queen* en Madrid. Yo le hablé de la tarde en la Casa con Fidel y ella me hizo toda clase de bromas del repertorio que había confeccionado a raíz de nuestra excursión a Tabarca. A mí me hacía gracia ese empeño de Carlota en bromear con el enamoramiento de Fidel y le pedí que lo trasladara a Francisco que me molaba más. ¡Dios mío, Francisco! Seguía con la culpa por no haber comido ayer con él. Decidí que lo primero que haría al llegar al trabajo sería llamarle o ir a verle y proponerle que comiéramos hoy. Se lo debía.

Con un café bien cargado me sacudí los restos de la modorra, le dejé una nota de buenos días a Carlota y me encaminé a Talleres. Antes puse buen cuidado en vestirme pensando en la comida. Opté por una blusa estampada donde predominaba el verde que combinaba con mis ojos y un pantalón pirata blanco con pinzas y un cinturón a juego. Para los pies elegí unas cangrejeras blancas. Esperaba que mi esmero se viera recompensado y Francisco no tuviera ningún compromiso

No me enteré de que Fidel había ido a ver a su jefe hasta pasadas las ocho, porque decidí pasar por Bomberos en vez de llamarle. Pregunté por él y apareció casi al instante. Le recité un rosario de disculpas que él se tomó con mucho humor. Lo que me dijo me puso contenta:

—Como contigo si luego me prometes que pasamos la tarde juntos. Vamos al cine o lo que se nos ocurra.

No podía decir que no. No podía haber tenido más suerte.

—De mil amores.

—Nos vemos a las tres.

Nada más entrar en Talleres Presente me informó con el tono indolente de sus días torcidos que Fidel estaba en la Policía. Le di las

gracias y me encaminé a mi despacho para echar de menos mi lirio de la paz nada más entrar. Más que nunca necesitaba oír *We Are the world*. Las voces de Lionel Richie, Stevie Wonder, Paul Simon, Tina Turner, Diana Ross, Bruce Springsteen, Michael Jackson, Bob Dylan, Ray Charles y todos los demás, así como el potente coro me conectaron de nuevo con la tarea.

Necesitaba redactar los últimos acontecimientos. La agresión de Arturo quedaba coja si no añadía los nuevos descubrimientos. Rápidamente decidí lo que iba a hacer: escribiría el informe y lo llevaría a las capuchinas para unirlo al anterior. Para eso necesitaba llamar a Genoveva, pedirle el teléfono y quedar con las monjas esa tarde. Tras la comida, le propondría a Francisco que fuéramos al cine. Quería ver la película La misión. Podíamos ir tras dejar el informe en el convento. También le pediría a Francisco, como la otra vez, que lo firmara conmigo. A fin de cuentas, él había sido artífice del desarrollo de los hechos.

Estaba terminándolo cuando entró Fidel en mi despacho.

—Hola Ágatha, buenos días.

—¡Fidel! ¿dónde estabas?

—He ido a la Policía a hablar con mi jefe

—¿Y eso?

—Tenía que cerrar un asunto.

—¡Cuánto misterio! ¿Todo bien?

—Mejor que nunca. Solo venía a decirte que ya he regresado.

—Me alegro. Pues a ver qué nos depara el día.

A Genoveva le pareció bien que llamara yo directamente a las capuchinas. A fin de cuentas, ya conocía a la madre Adelaida que es la que nos atendió la primera vez. Así que concerté la visita con ella para esa tarde. Me pidió que no fuera más allá de las seis. Le prometí que así sería. Todo iba encajando.

Llegó un nuevo ingreso para la Casa procedente de Castellón de la Plana. Allí también tenían una Casa de Acogida, pero estaba llena y nosotras disponíamos de la plaza que había dejado Esmeralda. Solíamos colaborar en esta cuestión. Otras veces éramos nosotras las que enviábamos a alguna mujer con sus hijos. Recuerdo en especial una ocasión en que mientras esperábamos un coche de alcaldía para que les trasladara a la estación con todos los bártulos, los dos niños de entre tres y cinco años se me agarraron a las piernas y no había manera de que me soltaran. Me acababan de conocer, y a mí se me partió el alma.

A las tres nos encontramos Francisco y yo. Cuando le propuse ir a Alicante y pasar por las capuchinas vio el cielo abierto.

—Perfecto, entonces comemos en Alicante y así ya estamos allí. Anhelo ir a comer un arroz con salmonetes en La Goleta.

—Perfecto —contesté muy contenta por la propuesta—. Vamos en mi coche. Conduzco yo a la ida y tú a la vuelta ¿te parece?

—Me parece muy bien. Te veo venir. Lo que tú quieres es echar una cabezadita a la vuelta —me dijo cómplice.

—Me has pillado —admití levantando los brazos, en actitud de rendición.

Yo había ido alguna que otra vez. Me pareció una idea estupenda. Ciertamente ese plato era una delicia, además estaba en el Paseo de la Explanada; un lugar emblemático de la ciudad y con mesas al aire libre. Llegamos por los pelos, antes de que cerraran, pero a tiempo de no perdernos ese arroz delicioso que acompañamos con una ensalada y una botella de vino blanco. Durante la comida le recordé que había prometido contarle una cosa. Él se mostró intrigado.

—¿De qué se trata? —me preguntó mientras llenaba mi copa de vino.

—De Arturo Domínguez —le contesté, al tiempo que con la mano le hacía un gesto para que no me echara más.

—No nos libramos de él, eh, Ágatha —dijo como queriendo quitar hierro—. ¿De qué se trata? ¿Ha pasado algo nuevo?

—No, en realidad se trata del primer día que vino a Talleres, el día que lo conocí.

Y le conté mis sospechas de que hubiera localizado la ubicación de la Casa con la complicidad de Presente y de que le hubiera transmitido la información a Mateo, lo que habría propiciado que él apareciera allí, provocando que Esmeralda y sus hijos la abandonaran al día siguiente.

—Es plausible —contestó—. Pero ya no pienses más en ello. Dejemos el informe y regresemos a Albovar. ¿No has dicho que te gustaría ver La misión?

—Sí, es lo mejor. Dejemos el informe y regresemos. Pero antes hay que terminar de saborear este delicioso arroz.

—Y un postre ¿no? —añadió él.

—Por supuesto.

—¿Sabes que este restaurante data de mil novecientos cincuenta y que se llamaba El chico de la blusa?

—Pero ese… ¿no era un torero?

—Sí, era un torero. A lo mejor la familia que lo fundó era amante de los toros.

La madre Adelaida nos recibió y repetimos el ritual. Francisco no conocía el convento y yo le conté lo que me había transmitido Genoveva. No quiso entrar a ver el cuerpo incorrupto de la madre Úrsula Micaela. Yo sí lo hice. No me daba ninguna impresión. Me estaba acostumbrando a ese espacio y a la paz que me transmitía.

Yendo hacia el coche Francisco me miró circunspecto.

—Ágatha, tú sabes bien que estos informes que has dejado aquí no te servirán de nada ¿no?

—¿Por qué lo dices?

—¿Tú crees realmente que alguien podría tomar como prueba que Presente miró a Arturo y que eso fue una señal de que siguiera el coche de Merche? No quiero desilusionarte, pero con eso no vas a ningún sitio.

—Tienes razón. La vida está hecha de sutilezas, de palabras, de gestos que van componiendo una situación, pero que por sí mismas, aisladas no prueban nada. Puedes ser sarcástico y luego decir que ha sido una broma. Lo sé Francisco. Mi informe no va a ninguna parte. Pero a mí me sirve. A veces siento que únicamente cuando escribo las cosas cobran sentido. Lo veo claramente en el trabajo. Puede acabar un año y yo tener la sensación de que ha sido poco productivo o que no se han resuelto suficientes situaciones, pero luego cuando hago la Memoria anual y lo pongo todo en tablas y describo lo que significan me siento satisfecha. Veo la tarea, veo el trabajo y eso me anima a seguir.

—Si a ti te ha servido es suficiente. De todas formas ¡quién sabe!

—Sí, y he conocido a Genoveva y el convento de las capuchinas y hemos comido en El chico de la blusa.

—Tienes toda la razón.

De regreso Francisco puso la cinta de *Mediterráneo* de Joan Manuel Serrat. Noté cómo me entraba un ligero sopor. El transcurso del día, la comida y el convento cayeron sobre mí como un ligero peso que me llevó a abandonarme y finalmente a dormirme. Cuando abrí los ojos tenía la cabeza sobre el hombro de Francisco. Me sobresalté y le pedí disculpas, pero él parecía divertido. Con el brusco movimiento al incorporarme le di sin querer a la tecla del volumen y pareció que el coche llevaba cinco bafles incorporados que nos sobresaltaron sobremanera. Fue como si el Mediterráneo se nos hubiera volcado encima. Nos miramos y nos desternillamos de risa. La Misión sería un buen cierre del día.

Llegamos por los pelos antes de que empezara. Al entrar me pareció ver a Fidel, pero no estaba segura porque las luces ya estaban apagadas. Si era él estaba sentado en la última fila y posiblemente sería de los primeros en salir, con lo que no tendría ocasión de cerciorarme. Decidí olvidarlo y concentrarme en la película, que me pareció de una belleza extraordinaria. La trama nos trasladó a las misiones o reducciones jesuíticas guaraníes que fueron floreciendo en un ambiente de apertura, libertad, trabajo y religiosidad

La música estuvo presente desde el comienzo del film y fue un hilo conductor; ya que el padre Gabriel a través de su oboe, en un río de la selva, consiguió que los indios se acercaran a aquellos blancos

diferentes de los otros que los capturaban para esclavizarlos. Después acabaron fiándose de ellos, los recibieron en sus poblados y con el tiempo dejaron en sus manos la organización social y política de su vida, amén de ser instruidos en la fe cristiana. De ahí el nombre de Misiones o Reducciones para los diferentes pueblos que se fueron fundando.

La acción estaba centrada en las vidas paralelas del jesuita Gabriel y de Rodrigo de Mendoza, aventurero español que se dedicaba a capturar indios para venderlos como esclavos. Este último, en un arrebato de celos al sorprender a su hermano menor con su amante, lo mata. El crimen le sume en una depresión, de la que Gabriel consigue que se reponga tras llevarlo consigo a territorio indio. Mendoza acaba ordenándose jesuita.

El Tratado de Límites del año 1750, en el que España y Portugal se dividieron el mundo para su colonización, supuso que varias reducciones cayeron del lado portugués, con el consiguiente desalojo de las mismas. Los jesuitas intentaron convencer a los guaraníes para que admitiesen el Tratado y evitar males mayores, confiando en que con la nueva situación jurídica se podría recomponer la vida de las Reducciones. Pero los guaraníes, no fiándose de portugueses ni de españoles, intentaron defender con las armas sus pueblos ante la colonización externa, lo que provocó una masacre.

Este hecho puso de manifiesto las dos maneras de abordar el conflicto de ambos jesuitas. El padre Gabriel optó por resistir pacíficamente y Mendoza y otros jesuitas decidieron adiestrar para la guerra a los nativos.

La película me impresionó, tanto por su belleza como por la historia narrada. Me acordé de Carlota porque me vino a la mente como Gabriel y Mendoza ofrecían un “contraste acentuado” (como el Siglo de Oro), dos maneras de responder ante una situación crítica.

Aún fuimos Francisco y yo a La barra de Elcidia a tomar algo cuando acabó la película. Elcidia me miró y me guiñó un ojo. Cuando terminó de tomar nota se me acercó disimuladamente y me susurró al oído: «hace una buena noche. No te la pierdas». Pensé que tenía razón, mucha razón. Cuando terminamos las arepas, esta vez de carne, cogimos dos copas que nos preparó Elcidia y nos despedimos. Las tomamos frente al mar, en un lugar recóndito, mientras mi blusa estampada y su polo blanco volaban por los aires y el ruido de las olas del mar nos embriagaba al igual que nuestros besos.

Regresé a mi casa imbuida de mar, selvas, lanzas, oboes y el canto coral del pueblo guaraní en el que destacaban las voces blancas de los niños y niñas, contrapunteadas por las voces de los mayores.

XV

Sentí un nudo en el estómago cuando vi entrar en el cine a Ágatha y a Francisco juntos. Algo que hasta entonces no había experimentado jamás y que me atreví a identificar como celos. El nudo no se me desató y sentía una furia en mi interior, una rebelión. No me reconocía. Quise huir de allí. Quería romper algo, descargar mi ira, y al mismo tiempo sabía que no tenía derecho.

No sé si ellos me vieron. Decidí que me iría nada más terminar la película para no encontrármelos y tener que fingir asombro. No entendía mi turbación. Yo jamás tuve celos de Amparo, ni de nadie. Lo que me pasaba no tenía sentido, no era racional y no sabía cómo combatir la agresividad que me invadía. Hasta pensé en Arturo Domínguez. Por primera vez sentí cierta comprensión hacia él. Pensé que esto que tenía yo en las entrañas podía ser lo que había tenido él, o lo que aún tenía. Por un momento se me pasó por la cabeza que yo sería capaz de hacer las cosas que había hecho él. No me reconocía. La película pasaba ante mis ojos sin que le prestara atención. Solo conseguí abstraerme cuando Mendoza se batió en duelo con su hermano y lo atravesó con su espada al descubrir la traición de su amante. En cualquier otro momento habría censurado esa violencia, pero ahora me identificaba con Rodrigo y me sentía capaz de hacer lo mismo.

Concluí, en plena turbación, que ya no podría seguir en Talleres, que tendría que hablar con Andrés Navarro y suplicarle que me hiciera volver a la casa de los Solana. Todo ese vaivén de emociones, que me atacó por sorpresa, me hizo vulnerable. Empecé a percibir olores desagradables sin saber de dónde venían ni qué eran. Cavilé que sería el calor que hacía sudar los cuerpos, luego opiné que eran vapores de colonias baratas. Empecé a sentir que me mareaba, que me faltaba el aire. Instintivamente me levanté y salí a la calle. Notaba angustia, ganas de vomitar. El calor se me hizo insoportable. Como pude paré un taxi y llegué hasta mi casa. Fui derecho al cuarto de baño y me eché agua a la cara una y otra vez. Solo así conseguí calmarme un poco. Me dejé caer en el sillón y cerré los ojos tratando de reencontrarme. De alguna manera, que no recuerdo, debí llegar hasta la cama porque cuando sonó el despertador a la mañana siguiente y abrí los ojos me vi vestido y sudoroso, pero sin angustia y sin celos, como si me hubieran arrebatado el alma.

Me despojé de la ropa, que sentía pegajosa y húmeda. Me di una ducha fría, que hice durar y durar, como si con el agua pudiera restablecerme y liberarme de las sensaciones que había sentido. Me puse una bata y me preparé un café de verdad, no los descafeinados

que tenía por costumbre. Y así, poco a poco, fui recuperando la cordura. Cuando terminé de tomarme el café mis sentimientos habían cambiado. Empecé a sentirme culpable. Me dije que no tenía justificación ponerme como me había puesto, aunque por otro lado era algo que no había podido evitar. Y yo no tenía ningún vínculo ni derecho sobre Ágatha. Por otro lado, ella y Francisco eran amigos; era de lo más natural que hubieran ido juntos al cine, y más después de todo lo acaecido y de lo que Francisco había hecho por ella. Hasta ahí conseguí recuperar algo del equilibrio perdido, aunque por mucho que razonara no sabía cómo explicar la reacción de celos tan tremenda que había experimentado. Tuve que aceptar lo que no había querido reconocer: que algo en mí había cambiado desde que pisé Talleres. Ágatha había despertado en mí sentimientos que no conocía. Estos eran exclusivamente míos y jamás podría esperar nada más que ser el compañero policía que velaba por ella.

Olvidé mis absurdas ideas de volver con Andrés Navarro y decidí continuar esta aventura de traslado. Ya no era el endeble policía que callaba, de vida monótona y entregada a las aventuras de otros a través de novelas de Lafuente Estefanía. En mí vibraba un hombre al que yo mismo había encerrado y limitado. Trabajar en Talleres me daba la oportunidad de conocer quién era de veras. Ágatha me había dado la llave al confiar en mí y al entenderme. No iba a desperdiciar la ocasión de sentirme vivo.

Miré el reloj y comprobé que disponía de tiempo antes de salir de casa. Tomé la decisión que había postergado tanto tiempo. Busqué en el armario del vestíbulo, donde guardaba las prendas más habituales y las bolsas de plástico de las compras. Saqué las que me parecieron más grandes o de más cabida. Me dirigí al cuerpo del armario que correspondió a Amparo y fui descolgando una a una todas sus prendas. Cuando el armario quedó vacío empecé a llenar con cuidado y devoción las bolsas de plástico. Me cayeron algunas lágrimas al sentir su olor impregnado en sus ropas, pero seguí adelante y terminé la liturgia del adiós, imbuido de los recuerdos que cada cosa suya me sugería. Por la tarde las llevaría a la parroquia y diría adiós a mi vida pasada. Me quedaba con los recuerdos que estaban adheridos a mí como aquellos olores que se quedaron. Después llamaría a Samuel y le diría que ya lo había hecho.

En uno de sus cajones encontré una caja de cartón. La abrí y descubrí las cartas que le había escrito mientras hacía la mili. Estaban envueltas en un lazo de color rosa. Vi mi letra picuda en la dirección del primer sobre. No sabía dónde habían ido a parar las que me había escrito Amparo. Probablemente se quedarían en casa de mis padres y a saber qué habría sido de ellas. Pero Amparo había tenido mis cartas siempre consigo, cerca de sus prendas íntimas. La verdad no sabía qué

hacer con ellas. ¡No iba a llevarlas a la parroquia!! Tras un minuto decidí guardarlas en una caja y, junto a las cartas, quemarlas en la primera ocasión que tuviera.

Al pasar por la librería pensé que a mis novelas de Marcial Lafuente les llegaría el turno un día de estos. Tal vez las llevara a la Casa. Lo mismo les gustarían a los chicos por muy viejas que fueran. Finalmente volví a mirar el reloj y calculé que me daba tiempo a darme otra ducha. Me quité la bata, me metí en la bañera y sentí de nuevo cómo el agua me purificaba y me limpiaba. Cuando terminé de vestirme me dirigí a Talleres.

Ágatha me recibió con su consabida voz cantarina y le faltó tiempo para decirme:

—Fidel, ¿Fuiste al cine ayer? Me pareció verte.

—Sí, fui a ver La Misión, no te vi —mentí.

—Fuimos Francisco y yo después de haber hecho unos recados. Me pareció preciosa. ¿A ti te gustó?

—Sí, sí, mucho —mentí de nuevo.

—A mí me entusiasmó —dijo ella con pasión—. ¡Qué música! ¡Qué argumento! ¡Qué belleza de paisajes! Pienso volver. Se lo diré a mi amiga Carlota. Estoy segura de que le encantará. ¿Tú no la verías de nuevo?

—No, yo no —le dije mientras pensaba que con una ya había tenido bastante.

—Pues me pareció que estabas solo. Si alguna vez quieres ir avísame por si me interesa la película y vamos juntos.

—Bueno, tú tendrás mucha gente con quien ir. Y yo, yo…

—¿Tú qué? Venga Fidel, no seas tímido, que somos compañeros —y añadió con un ligero gesto de preocupación—: bueno, a ver qué nos depara el día.

La naturalidad con que me invitó a ir al cine me hizo sentir aún más culpable por todos los rayos y centellas que yo hubiera descargado ayer sobre Francisco. Él era su amigo, como lo era yo. «Y si fuera otra cosa no me tendría que importar», me dije para aplacar la tormenta que viví ayer. Salí de su despacho y me encaminé hacia la higuera. Recordé que hacía tan solo una semana estaba nervioso porque era la víspera de la travesía a Tabarca, la isla en que empezaron a fraguarse los sentimientos que ayer casi me ahogaron y que ahora tenía por misión domesticar para no convertirme en un Arturo Domínguez cualquiera.

El día nos deparó una triste noticia. Apenas había transcurrido una hora cuando vi entrar por la puerta de Talleres a Merche muy agitada. Vino directa a mí y me preguntó si estaba libre Ágatha. Le dije que estaba sola en su despacho y salió disparada como una flecha hacia allí. No la volví a ver hasta una hora después. Salió acompañada

de Ágatha. Ambas tenían el semblante cariacontecido.

Omicrón

Me pareció raro que Fidel no me hubiera visto en el cine, porque pasamos muy cerca de él. Pudo ser que estuviera despistado y no se hubiera dado cuenta. Me pareció verle un poco nervioso cuando le pregunté. Pero también podían ser imaginaciones mías. Aparté esas conjeturas y me deleité en el recuerdo de una tarde genial: la comida, la compañía de Francisco, el convento, el cine y lo que vino después. Agradecí la buena idea que tuve de posponer la comida. Quizás si hubiéramos comido el mismo día que me hizo las revelaciones no habrían pasado las cosas que pasaron frente al mar.

Me duró poco el estado complacido en el que me hallaba. Vi entrar a Merche por la puerta de mi despacho más o menos una hora después de que saliera por ella Fidel. La primera impresión que me dio es que estaba descompuesta. Sus gafas a lo Jhon Lennon apenas disimulaban sus ojos enrojecidos.

—¿Qué ocurre? —le pregunté levantándome de mi silla y acercándome a ella.

—Se me abrazó y empezó a sollozar

—¿Qué ocurre, Merche? —insistí.

—Han encontrado a Esmeralda y a sus tres hijos.

—¿Dónde? ¿Cómo están? —pregunté temiendo la respuesta.

—Esmeralda, María y Javier muertos.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Y Alfonso?

—Alfonso está vivo.

—Pero ¿qué ha ocurrido? Siéntate y cuéntamelo todo.

Merche se apartó de mí, se sentó, cogió un pañuelo del paquete de mi mesa, se sonó y se secó las lágrimas. Me miró y más serena me dijo:

—Ágatha, los ha asesinado Mateo y luego se ha pegado un tiro él. Los ha encontrado una pareja de la Guardia Civil que estaba haciendo la ronda por la partida de *Los Arcos*, en las afueras de una casa abandonada. Les ha matado a tiros y luego se ha suicidado él. Lo han encontrado sentado en su camioneta con la escopeta en la mano. Ha dejado con vida a Alfonso, el único de los niños que es hijo suyo. El chiquillo ha estado con los cuerpos las cuarenta y ocho horas que han transcurrido desde que creen que los mató hasta que los ha descubierto la Guardia Civil.

Sentí una oleada, como un mareo y una patada en el estómago. Traté de reponerme y mantener la calma. No podía dejarme llevar. No, en esos momentos en que urgía actuar.

—¿Cómo os habéis enterado vosotras? —quise saber.

—La Guardia Civil encontró el número de la Casa en su bolso y nos ha llamado esta mañana.

—¿Alda lo sabe?

—No, he venido directamente a verte.

—¿Con quién está Alfonso?

Era la imagen que no me había abandonado desde que Merche me contó que la criatura de dieciocho meses había estado tanto tiempo rodeado de toda su familia muerta, sin comer y sin beber.

—Nos han dicho que está con unos familiares. Unos tíos, creo.

—¿Y los cuerpos dónde están?

—En el cementerio.

—Tenemos que decírselo a Alda. Voy a avisarla de que vamos a su despacho.

Llamé a Alda y le dije que tenía que hablar con ella. Me puso pegas, me dijo que tenía una visita, que tenía que despachar con la jefa y no sé cuántas cosas más. Pero cuando le dije que quería que nos recibiera a mí y a Merche cambió de actitud.

—¿Quieres venir a mi despacho con Merche?

—Sí.

—Eso la intrigó y le hizo suponer que era importante.

—De acuerdo. Os espero.

Merche y yo salimos del despacho. Fidel estaba cerca y nos vio salir. Le dije que no tardaríamos y que avisara a Presente de mi marcha por si alguien preguntaba por mí. Una vez en la puerta del despacho de Alda no nos hizo esperar. El conserje nos dio paso y entramos las dos. Le contamos entre ambas lo que ya me había dicho Mercedes.

Alda, con su espíritu práctico, lo primero que dijo fue que menos mal que había abandonado la Casa. Si eso hubiera ocurrido estando allí habríamos tenido problemas. Yo también lo había pensado. Seguro que Merche, Blanca y Laura también.

Vi a Alda realmente horrorizada. Al igual que Merche y yo seguro que pensaba en el niño de dieciocho meses. ¿Cómo podrá superar semejante trauma? Y María y Javier de seis y ocho años, dos niños con una vida por delante segada de una manera tan cruel. Me venían a la mente sus caritas de apenas tres días antes, cuando comí en la Casa.

—Pero ¿cómo ha podido ocurrir? —preguntó a continuación.

—Yo tengo una teoría —dije de inmediato.

Y le expuse que Mateo había localizado la casa y que seguramente la habría rondado hasta convencerla de que la abandonara. Una vez conseguido su objetivo la mató junto a los dos hijos de Ricardo, su marido, el que estaba en la cárcel.

—Pero no entiendo cómo ese hombre supo dónde está la Casa.

Comprendí en ese momento lo que me había querido decir

Francisco con mi empeño en los informes. ¿Cómo iba a acusar a Arturo de haber sido el artífice de que Mateo encontrara la Casa por una mirada de Presente? Pero ella sabía lo que ese hombre había sido capaz de hacer. Podía por lo menos hablarlo con ella, pero no delante de Merche. Le hice un gesto con los ojos que ella entendió perfectamente y se dirigió a ambas.

—Quiero que me tengáis al corriente de todo: si la familia se pone en contacto con vosotras, si se averigua algo más. Cualquier cosa, ¿entendido?

Ambas asentimos. Fue entonces cuando se dirigió a mí y me dijo:

—Ágatha, espérate, ya que estás aquí, quiero tratar otras cosas contigo. Merche, tú puedes irte. Muchas gracias por todo —dijo esto último mirándola a ella.

Merche se quedó algo desconcertada, luego reaccionó y susurró «de acuerdo». Tras lo cual salió por la puerta entre encorvada y cabizbaja. Estaba muy afectada. Apenas salió por la puerta Alda se adelantó.

—¿Ha sido el cabrón ese? ¿verdad? ¿Cómo se llama?

—Arturo, Arturo Domínguez —dije con convicción. Y ha llegado el momento de que te cuente todo lo concerniente a él.

—¿Qué me quieres decir? —inquirió con expresión grave y uniendo sus manos bajo el pecho.

La miré de frente y sabiendo que se iba a poner como una furia le conté todo lo que sucedió el lunes dieciocho de agosto, el mismo día que se incorporó Fidel, y como él, tras mi defensa, me aseguró que se las pagaría. Y de ahí mi teoría de que la difamación formaba parte de ese pago. Alda no pestañeó mientras estuve hablando. Cuando acabé me sonrió. Yo no entendía nada. No era la reacción que esperaba.

—Lo sé todo —me dijo.

—¿Cómo que lo sabes todo?

Me costaba aceptar que Francisco me hubiera traicionado. Ella pareció leerme el pensamiento.

—Ágatha, no te cabrees con Francisco. Él tenía que decírmelo. Tú tenías miedo a mi reacción y tomaste tu decisión, pero él calibró la gravedad del asunto y entendió que debía de saberlo. Eso sí, no sin antes hacerme prometer que no actuaría, respetando tu decisión. Por eso decidí que Fidel fuera contigo a Tabarca.

—¡Fue por eso! —exclamé.

—Claro, no podíamos arriesgarnos a que sufrieras algún percance.

—¿No podíamos?

—Francisco y yo cuando lo hablamos.

Empezaba a encajarme todo, y no sentía ningún enfado. Al contrario, me conmovió saber que habían velado por mí. Esa sensación dulce hizo que me relajara y que mirara distraídamente la

mesa baja que estaba en una esquina, sobre la que vi, sorprendida y aturdida, mi lirio de la paz en su macetero blanco trenzado. Casi tartamudeando le dije:

—Es una maceta preciosa. No la había visto antes.

—¡Cómo que no! —exclamó ella—. Pues vino con una nota que ponía algo así como: «De tu equipo de Talleres».

—¿Puedo ver esa nota? —pregunté de inmediato.

—¡Por Dios, Ágatha! A saber, en qué cubo de la basura estará. ¿Para qué quieres verla?

Dudé por unos momentos si decirle que era mía, pero decidí que no quería emborronar más el asunto. Desconocía por qué mis compañeras habían actuado así. Ya tendría tiempo de calentarme la cabeza pensando en ello. Pero luego rectifiqué. Era un día para las clarificaciones. No quería más zonas oscuras. Así que se lo dije:

—Alda, esa maceta me la regaló Teresa Martínez la semana pasada. La tenía en mi despacho. El día que vinieron los de Parques y Jardines a traer las macetas para la inauguración desapareció. La estuve buscando sin éxito y ahora la veo aquí y dices que te la he enviado yo junto con mis compañeras.

—Me dejas de piedra. Voy a llamar y…

—No, no llames. Espera que pensemos a qué se debe esto. Ahora no urge. Ya lo hablaremos.

—De acuerdo, te haré caso. Pero esa maceta te la llevas.

—No, tú sabes que es mía y yo sé que está aquí contigo. Es más importante que nos centremos en lo que ha ocurrido.

—Sí, ahora tenemos que ver cómo abordamos este crimen —me dijo con preocupación en el rostro.

—Probablemente el entierro será mañana o pasado, dependerá de los análisis forenses. Démonos un respiro. Mañana… ya hablaremos mañana.

—No, Ágatha —me dijo—. Esta tarde será movidita.

—¿Qué quieres decir?

Seguramente la prensa ya se habrá enterado. Me llamarán, seguro.

—Yo había pensado ir a la Casa esta tarde y estar con ellas.

—Si te localiza Alvaro Carrascosa —me advirtió—, no hables con él. Dile que hable conmigo.

—No me encontrará. No sabe el teléfono de la Casa. Pero si pasa algo llámame tú allí. Antes de ir, si te parece bien, llamaré a Francisco y le contaré lo que ha pasado.

—Me parece bien. Merece saberlo. Yo también lo llamaré. Comprobará que las dos hemos querido tenerle al tanto. Hasta mañana Ágatha.

—Hasta mañana Alda.

—Espera… —me dijo cuando estaba abriendo el pomo de la puerta.

—Espera —repitió mientras me hacía una seña para que me sentara, así lo hice y vi cómo me miraba con expresión circunspecta—. Tus compañeras han hecho algo más que enviarme esa maceta tuya. Vinieron a verme y me desglosaron un rosario de quejas contra ti.

La miré estupefacta sintiendo que mi cuerpo y mi mente se tensaban y el pulso se me aceleraba.

—¿Qué quieres decir?

—Que te odian Ágatha. Dicen que te comportas con ellas como si fueras la reina de Saba, que te crees superior, que no haces equipo, que vas a la tuya, que te crees que el Ayuntamiento es tuyo y… que estás liada con Francisco.

Ya no era el pulso el que sentía acelerado, era una corriente como de lava por todo el cuerpo. Me vino a la mente el recuerdo de Eulalia apartándome la cara y cómo intuí que iba a desatarse una tormenta. Ahí estaban los primeros relámpagos y los truenos que me aturdieron la mente. No sé ni cómo pude responderle. Pero lo hice tratando de sobreponerme al huracán que me había pasado por encima.

—¿Qué quieren?

—Tu cabeza.

—¿Y se la vas a dar?

—Si quieren una cabeza tendrán dos o ninguna.

XVI

Supe que pasaba algo grave cuando las vi salir demacradas y llorosas, pero no me atreví a interrumpirlas. Se dirigieron a la salida y Ágatha solo me dijo que no tardarían. No tuve más remedio que contener mi preocupación y pensar que cuando regresaran me enteraría de lo que ocurría. Pero solo volvió Merche. Entró por la puerta de Talleres y se dirigió hacia su coche. Yo me acerqué a ella y le pregunté directamente:

—¿Qué ocurre Merche? ¿Por qué no ha regresado Ágatha?

Ella me miró y vi cómo dudaba. Pero yo la animé.

—Dime, por favor, qué ocurre.

Adelantó sus pasos hacia mí de modo que quedamos de frente y me espetó:

—Fidel, han asesinado a Esmeralda y a sus dos hijos mayores, el pequeño está vivo. Los ha matado el hombre del que escapó. Ha dejado vivo al que era su hijo.

Me quedé sin poder pronunciar una palabra. Merche notó mi

turbación y mi desasosiego. Me cogió las manos.

—Fidel… no sé qué decirle más. Cuando venga Ágatha se lo contará ella. No tardará. Alda quería comentarle algunas cosas. Me voy a la Casa. Allí está todo el mundo muy afectado. Voy a ver qué puedo hacer.

Me soltó las manos y me abrazó por unos segundos, después se giró, se dirigió a su coche, arrancó y se fue. Yo no tuve ánimos de quedarme por el patio o en recepción. Me dirigí al despacho de Ágatha para esperarla y me senté detrás del escritorio, como si fuera una mujer que acudiese a ella. Cuando entró, más de media hora después, me miró, pero no me dijo nada. Adivinó que ya conocía la noticia. Yo tampoco era capaz de articular palabra. Tras un rato me atreví a decirle:

—¿Quieres que me vaya y te deje sola?

—No, Fidel, quédate si quieres y llora conmigo.

—Cuando llegó la hora de irse se levantó y cogió su bolso —yo seguía sentado—. Me miró y me dijo:

—Ojalá no hubiera venido nunca Arturo Domínguez a Talleres.

Me sentí culpable. Arturo no habría venido si no fuera por su particular guerra conmigo. Así que me levanté y le dije:

—Tengo cargo de conciencia.

—No es tu culpa Fidel. Es su culpa. Vete y descansa.

—¿Y tú qué vas a hacer? —le pregunté mientras me fijaba en que volvía a sentarse.

—Lo mismo. ¡Ah, y no te preocupes por mi lirio de la paz, lo tiene Alda en su despacho! Se lo han hecho llegar mis compañeras como un regalo.

—Pero si era tuyo…

—Era mío, y han ideado la mejor manera de hacerme ver que lo mío no es mío colocándolo en un lugar en el que no puedo reclamarlo, porque estoy incluida en la decisión de que esté donde está. Es perfecto.

—¿Y Alda, la concejala, lo sabe?

—Lo sabe. Sabe eso y más cosas que ellas le han hecho llegar, aunque no sean ciertas.

—No acabo de entenderte, ¿qué es lo que sabe? ¿Y qué va a hacer?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada. Yo siempre sabré que es mío. Es lo que importa.

Me quedé un rato en silencio sabiendo que no me lo estaba contando todo, pero no sabía cómo atravesar esa especie de nebulosa gris en que la veía inmersa, así que volví al otro asunto cruento.

—Ágatha, lo de Esmeralda tiene que ver con lo de la luna de miel

que me explicaste, ¿verdad?

—Sí, Fidel. Así es. Y no hemos podido hacer nada —me dijo con suma tristeza.

Sentí deseos de abrazarla y consolarla.

—Habéis hecho todo lo que estaba en vuestras manos. No te atormentes.

—Es difícil —me contestó—. Pienso en que estaba obsesionada con que tenía que ir a dejar un informe en las capuchinas de Alicante. No tenía que haber pensado en mí y haber ido esa tarde a la Casa y haber hablado con ella junto a Merche, Blanca y Laura. Pero me fui a comer con Francisco a Alicante y luego nos fuimos al cine. Debería de haberlo anulado todo y haber ido a hablar con ella.

—Ágatha, insisto, no te atormentes. Siempre pensamos lo que podíamos haber hecho cuando algo tiene un desenlace que no deseamos. La culpa nos persigue porque nos exigimos siempre más de lo debido.

—Me miró como queriendo desentrañar un misterio.

—¿Lo dices porque te ha pasado a ti?

—Sí —confesé—. Yo también he vivido atormentado pensando que podía haber hecho más cuando mi mujer enfermó.

—¿A qué te refieres?

—A veces pienso que, si yo hubiera sido más ambicioso, si hubiera intentado medrar en el *Cuerpo* y no haberme conformado con ser solo un policía local tal vez habría ganado más dinero. Podría haber llevado a Amparo a mejores médicos… No sé. Quizás ella se merecía un hombre mejor.

—Fidel, por favor —me dijo en un tono suave—, no piense esas cosas. Por esa regla de tres los ricos no se morirían. Usted la hizo feliz y eso es lo que importa.

—¿Cómo sabes que la hice feliz? Ni yo lo sé.

—Porque te conozco y seguro que le diste una vida tranquila y en paz, que es lo mejor que se puede esperar de alguien con quien has decidido compartir tu vida.

—Agradecí que quisiera consolarme a su vez. Estábamos los dos en ese momento en una espiral de recuerdos y culpas.

—Gracias, Ágatha —le dije. Yo también creo conocerte. Te dejas la piel por las mujeres que vienen a verte. Lo que ha ocurrido forma parte de ese ciclo del que me hablaste. Podía suceder. Vosotras trabajáis para que no suceda, pero el mundo no es justo.

Noté que cuando dije esto último se quedó pensando. Un rato después dijo:

—Fidel, me has hecho recordar con lo que acabas de decir una reflexión que yo misma me hice. Fue cuando me enteré de las mentiras que Arturo había dicho sobre mí y sobre la Casa. Francisco

me dijo que el tiempo ponía a cada uno en su lugar y yo reflexioné que no era así.

—Cuéntame —le inquirí intrigado.

—Creer que el mundo es justo hace que pensemos que cada uno recibe lo que se merece. Eso nos llevaría a concluir que lo que nos sucede lo merecemos. Pero… ¿Merecían Esmeralda y sus hijos morir? No. Tienes razón, Fidel, el mundo no es justo. Lo que ha ocurrido sería mejor que no hubiera sucedido, pero ha pasado. Tenemos que aceptarlo y seguir. Váyase a casa y descanse. Tiene el fin de semana por delante.

—¿Y tú, qué vas a hacer?

—Yo quiero informar a Francisco y luego iré a la Casa —me dijo mientras volvía a dejar el bolso en dónde lo había cogido—. Esta tarde tenemos que estar unidas y apoyarnos. No sabemos las consecuencias que tendrá este luctuoso suceso.

—¿Te parece bien que me pase yo también esta tarde por la Casa y lleve mis novelas del Oeste por si quieren leerlas los niños, bueno… o quién quiera?

—Como prefieras, Fidel. Sé que para ti han sido muy importantes. Seguro que les sacarán partido.

Mientras me iba vi cómo descolgaba el teléfono y se disponía a marcar un número.

Pi

Cuando salí del despacho de Alda supe que a todo lo que llevaba encima se había sumado la preocupación por la prensa y el terror que me infundía el paso que habían dado mis compañeras, ¿compañeras? No, no eran compañeras. De repente me cayeron encima todas las imágenes de los desprecios, que yo había atentado minimizar, como si fueran lluvia violenta y destructora, como la del 82. Iba de ellas a Esmeralda, a sus hijos y a la prensa. La prensa, eso era lo prioritario ahora. Me daba miedo pensar cómo abordarían la noticia. Pero era algo que no estaba en mis manos afrontar. Alda me había dejado bien claro que sería ella la que torearía ese toro. Solo esperaba que no hicieran sangre con lo que había pasado. También se me cruzó por la mente el fantasma de Arturo. ¡A saber de qué manera pensaría que podría sacar partido a lo que había sucedido! Y entre unos pensamientos y otros me venía la imagen de ese bebé rodeado de cadáveres veinticuatro horas o más; sintiendo hambre, sed, sin entender la inmovilidad de sus referencias vitales: su madre y sus hermanos. En mi mente compuse una imagen mental de la distribución de los cuerpos y del pequeño que no podía apartar de mis pensamientos.

Cuando llegué a Talleres no tuve ánimos de decirles nada a mis…

«tengo que buscar otro nombre para ellas», pensé. Solo me faltaba que reaccionaran de alguna manera que agravara las cosas. «Lo haré en otro momento», me dije, y enfilé derecha a mi despacho sin siquiera avisar a Presente de que había vuelto. Sin embargo, a quien me encontré allí dentro fue a Fidel. El hombre estaba también muy afectado. Estuvimos un rato sin decir nada. Luego charlamos sobre culpas y justicias hasta que se fue. Apenas se hubo levantado de la silla marqué el número de Francisco. Y enseguida me hizo saber que Alda lo había llamado. Lo sabía todo y le preocupaba, como a mí, la prensa y el partido que Arturo pudiera sacar a todo esto. Quedamos en que estaríamos en contacto ante cualquier novedad de la que nos enteráramos.

Subí a mi coche y me dirigí a la Casa. Esta vez no me esperaba Mateo en el portal, pero casi lo eché de menos. Si hubiera estado significaría que no habría pasado lo que sí había sucedido y aún estaría a tiempo de evitar la desgracia. Una vez en el piso observé que el ambiente era denso y cargado, como si hubiera entrado una niebla invernal y lo hubiera oscurecido todo.

Nos abrazamos todas. Las mujeres estaban asustadas y los niños tristes. El silencio se había instalado como un huésped mudo. Blanca me preparó un plato de un guiso con carne y patatas que habían comido ellas mucho antes. Lo tomé sin apetito y luego Laura preparó café, té e infusiones y abrió una caja de galletas surtidas que atrajo a los niños. Mientras lo tomábamos sonó el teléfono. Lo cogió Merche y tras unos segundos en los que vi cómo movía la cabeza afirmativamente, se apartó un poco el teléfono de la oreja y me miró.

—Es para ti, Ágatha. La concejala.

Me levanté de un brinco y cogí el auricular.

—Dime Alda.

—La prensa ya se ha enterado. Mañana saldrá en el *Noticiando*. He hablado con Álvaro Carrascosa, quería saber todo tipo de detalles: si estaba en la Casa, cuánto tiempo había estado, si tenía más hijos… Le he dicho lo mínimo imprescindible. Pero ha querido saber las medidas de seguridad que tenemos, que cómo ha podido pasar. En fin, espero que no haga un artículo morboso. Lo que nos faltaba.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Las malas noticias vuelan. ¿No sabías eso?

—Tienes razón —respondí—. He hecho una pregunta estúpida.

—No te quedes mucho tiempo ahí. Deberías descansar. Aprovecha el fin de semana que el lunes te quiero fresca por lo que pueda pasar.

—Sí, estaré un rato más y me iré a mi casa. Gracias Alda.

Esa noche tenía turno Blanca, pero Laura y Merche se ofrecieron a quedarse con ella. Me gustó ver que se apoyaban entre ellas. Cuando hicimos la selección para los puestos de gobernanta tuvimos en cuenta

la trayectoria que tenían en trabajos con mujeres. Las tres habían demostrado estar concienciadas en la problemática de los malos tratos y procedían de asociaciones feministas. Merche incluso estaba realizando una investigación sobre las dificultades de las mujeres en el acceso al trabajo y en el mantenimiento del mismo. No tuvimos más noticias, así que sobre las siete me despedí y me fui a mi casa con el influjo de la luna ocre en mi ánimo.

A la mañana siguiente desayuné rápido con la idea de pasarme por el kiosco de prensa que estaba en otro de los bajos comerciales de la urbanización, en el bloque *Démeter*. Pedí el *Noticiando* con nerviosismo. Ya en la primera página, en un recuadro, en la parte derecha, se veía una imagen de la Partida donde se había encontrado a Esmeralda y sus hijos junto a una síntesis de la noticia: *"Crimen en Albovar. Una mujer y dos de sus tres hijos aparecen muertos en la Partida de los Arcos junto con un hombre que, al parecer, se ha suicidado"*. Esta noticia remitía a una página del interior donde pude leer:

CRIMEN EN LOS ARCOS

Asesinada una mujer y dos de sus dos hijos que habían sido acogidos en la Casa Refugio del Ayuntamiento.

por Alvaro Carrascosa

En la madrugada de ayer, 29 de agosto, la Guardia Civil al efectuar su ronda habitual por las partidas de Albovar encontró en la de los Arcos, junto a una casa abandonada, el cuerpo de una mujer y dos menores: una niña y un niño de ocho seis y años, muertos por tiros de escopeta. Junto a los cadáveres se hallaba un niño de dieciocho meses vivo que estaba llorando. Un poco más alejada encontraron una camioneta Ford F-150 Review con un hombre dentro que, al parecer, se había suicidado. La hipótesis que baraja la Guardia Civil es que el hombre mató a la mujer y a los dos menores y luego se suicidó. Tras las primeras averiguaciones realizadas por los agentes del Cuerpo se ha podido saber que la mujer E.L.M., era la madre de los dos niños muertos, fruto de su matrimonio con L.P.P., actualmente en prisión, y que el menor hallado con vida es también hijo de la misma mujer y del hombre encontrado en la camioneta M. F. G. El luctuoso suceso ha despertado la preocupación entre los vecinos de esa partida que, consultados por este periódico, dicen no conocer a los implicados ni haber oído nada la noche de autos.

La Guardia Civil se ha puesto en contacto con familiares de E.L.M. quienes se han hecho cargo del menor de dieciocho meses. Tras ordenar el juez el levantamiento de los cadáveres, han sido trasladados para ser examinados por el médico forense. Si bien se desconoce las causas que han originado esta tragedia se sabe por fuentes municipales que la mujer y sus tres hijos habían sido acogidos en la Casa Refugio que tiene el Ayuntamiento y que está a cargo de la concejala Alda Blanco Moreno, quien se ha mostrado muy apenada por lo sucedido. Según ha declarado,

la mujer y sus hijos habían sido acogidos en la Casa y habían permanecido a salvo hasta que la mujer decidió marcharse el veintiséis de agosto pasado. La concejala ha puesto énfasis en aclarar que mientras la mujer permaneció en la Casa Refugio estuvo a salvo y que únicamente su voluntad de abandonarla es la que la propició su asesinato y el de sus hijos. No obstante, otras fuentes consultadas han expresado dudas sobre la labor que hace la citada Casa Refugio y la funcionaria al cargo, ya que con este hecho se ha demostrado que la seguridad de las mujeres no está garantizada y existe opacidad en cuanto a la gestión de ese servicio. Las mismas fuentes han asegurado que dicha funcionaria utiliza la Casa Refugio para otros fines y que tal vez por ello la mujer haya escapado de la Casa con sus hijos, lo que finalmente ha desembocado en este trágico suceso.

Me vino una náusea. Lo había leído de pie, junto al kiosco, y sentí que me tambaleaba. Respiré profundamente y me encaminé de nuevo a mi casa. Estuve como ausente de mí misma y sin poder pensar. Solo tenía claro que Álvaro Carrascosa había utilizado la información "anónima" que le procuró Arturo Domínguez para unirla al relato del asesinato y había colado una sospecha ignominiosa sobre la Casa y sobre mí. Eso, o que Arturo había aprovechado la ocasión para recordarle lo que le dijo, ahora amparado por un acontecimiento mayor, en el que podría excusarse si su jefe le pedía explicaciones.

Supe que esas últimas líneas del artículo traerían consecuencias y que me tendría que preparar para cualquier cosa, así que mi mente se fue al convento de las capuchinas. No sabía qué iba a ocurrir, pero supe que era el momento de rescatar mis dos informes. Tenía que estar preparada. En esas estaba cuando vi a Carlota que se encaminaba al kiosco, de donde venía yo. No le había contado nada de lo que había pasado. La abordé antes de que comprara el *Noticiando*. Quería contarle yo los acontecimientos que se habían desarrollado. Se quedó de piedra y no pudo evitar volverme a decir que esta profesión mía era un pozo sin fondo de disgustos. Como siempre yo la frené. Le dije que así no me ayudaba nada, al contrario, me hacía sentir peor. Reconoció que tenía razón y me preguntó qué planes tenía. Ya no recordaba si le había contado lo de mis informes en las capuchinas, pero sin preguntarle si lo sabía se lo conté, posiblemente de nuevo, y le dije que quería rescatarlos hoy mismo.

—Pues te acompaño y comemos en Alicante.

—¿Estás segura?

Claro, había pensado llamarte antes de encontrarte y proponerte alguna excursión como hicimos el domingo pasado. Me lo has puesto en bandeja con todo lo que me has contado. ¡Vamos! tomemos un café, nos prepararnos y salimos para Alicante, con tu Alfa Romeo, claro. Ya no compro el periódico, déjame el tuyo —añadió.

—Te llevaré a comer a *L*a Goleta, donde comí con Francisco, "o al Chico de la blusa", pensé para mis adentros.

—Estupendo. ¿Es donde hacen el arroz con salmonetes?

—Ahí es.

Me venía muy bien el espíritu resolutivo de Carlota. Y lo que me había propuesto cumplía dos objetivos: me distraería y recuperaría los informes por lo que pudiera pasar. Decidí que al regresar del café con Carlota llamaría a la madre Adelaida para preguntar si podía ir.

La madre Adelaida me dio luz verde. Le enseñé a Carlota el convento y le conté la historia que me había narrado Genoveva la primera vez que fui. Era la segunda vez que lo hacía. «A este paso acabaré convirtiéndome en guía del convento», se me ocurrió pensar. Para lo que no tuve valor fue para contarle la cena con Francisco en La Barra de Elcidia y lo que vino después. Con todo lo que tenía encima era mejor dejar ese tema para otra ocasión más relajada. Conociéndola no me iba a dejar en paz y no podía distraerme del foco principal. Además, estaba un poco confusa. No sabía cómo encajar lo que había sucedido y qué repercusiones tendría en mi relación con él.

Con los dos sobres en mi poder comprobé que ambos tenían la fecha en que los había depositado en el convento y las firmas de la madre Adelaida que lo probaban. Nos encaminamos a La Goleta y me distraje con la compañía de Carlota, que, por supuesto, ya no me dejó sola lo que quedaba de fin de semana. Hizo bien, porque por la tarde me llamó Laura para decirme que se había enterado, por los familiares que se habían hecho cargo del pequeño Alfonso, que se había hecho la autopsia a los cadáveres y estaban cumplidos todos los trámites. El funeral iba a ser privado, y el entierro sería el domingo a las doce. Ellas habían pensado pasarse por el cementerio sobre las doce y media, cuando el funeral hubiera terminado. Les dije que allí nos encontraríamos y se lo comuniqué también a Carlota que, por supuesto, dijo que me acompañaría.

Sentí una honda impresión al ver los ataúdes blancos de María y Javier a sendos lados del de su madre. Estábamos juntas Laura, Blanca, Merche, Carlota y yo. Formábamos un quinteto de voces silenciosas, con la música del dolor por compañía. Se me acercó un hombre que se identificó como el padre de Esmeralda. Le di el pésame, pero él solo quería saber qué ayudas iba a tener. Sonó como una nota discordante en el pentagrama del silencio en el que nos habíamos instalado. Fue Merche la que reaccionó antes y le dijo que allí no podíamos tratar eso, que fuera a Talleres cualquier día. Se lo agradecí con la mirada.

Yo no conocía personalmente a Álvaro Carrascosa, pero vi a un hombre haciendo fotos al lado de otro que sostenía una pequeña libreta rectangular, como un bloc de notas largo y estrecho. Tuve un

impulso y me acerqué a él. Le pregunté si era Álvaro Carrascosa, me contestó sorprendido que sí. Le dije quién era yo mirándole a los ojos y añadí:

—La Casa de Acogida solo tiene por fin proteger a las mujeres que sufren malos tratos y ayudarlas a encauzar de nuevo sus vidas. A veces vienen tan mal que no nos da tiempo a hacerles creer que pueden tener una vida mejor y suceden tragedias como esta. No ayudáis dejando caer sombras de duda sobre un trabajo ya de por sí muy complicado. ¡Ojalá algún día la prensa pueda desvelar el velo machista que envuelve a la sociedad en lugar de encubrirlo!

Di media vuelta y me fui sin darle tiempo a reaccionar.

XVII

No había querido comer en la taberna Brillante porque no tenía ganas de ver a nadie. Decidí que me prepararía algo en casa y después terminaría de recoger la ropa de Amparo que quería llevar a la parroquia. A continuación, iría a la Casa a llevar mi colección de novelas del Oeste.

Cuando estaba terminando de poner las últimas prendas de Amparo en una bolsa sonó el teléfono. Contesté intrigado; no me solía llamar casi nadie. Samuel tenía por costumbre hacerlo por la noche. Tras descolgar y decir «Dígame», oí la voz de Andrés Navarro.

—Buenas tardes, Fidel.

—Buenas tardes —contesté sabiendo que esa llamada no traería nada bueno.

—Me ha extrañado que no me comunicaras lo de la mujer que han matado… He esperado hasta las tres, y en vista de que no me llamas he decidido hacerlo yo.

—No sabía que tenía que informarle de eso —me disculpé sin convicción.

—Pues yo creo que deberías de saberlo. Eres un policía. Matan a tres personas del servicio en el que tú estás destinado y… ¿no se te ocurre informar a tu jefe? —me preguntó en tono agrio.

Sabía que no serviría de nada, pero intenté explicárselo.

—Don Andrés, la mujer y sus hijos ya habían abandonado la Casa de Acogida por propia voluntad de la madre. El asesinato ha sucedido después de que tuviéramos responsabilidad sobre ella. Por eso no he creído necesario… —No me dejó terminar.

—Lo que usted crea no importa aquí. Eres un policía, ¡coño! Y te dije que me tuvieras informado de todo lo que tuviera que ver con esa

Ágatha y la Casa esa de los demonios.

—Don Andrés, me parece que debería hablar de la Casa y de Ágatha con más respeto —dije tímidamente, pero con furia en mi interior.

—¿Me vas a dar lecciones tú a mí?

—No, no lo pretendo.

—Escucha… —dijo, y se frenó en seco.

—Dígame —añadí yo.

—No, mejor ya te enterarás.

Dijo «Adiós» y colgó sin esperar a que yo también me despidiera.

Como era de esperar, la llamada de Andrés Navarro me descolocó. Más que la llamada fueron sus modos, aunque ya sé que siempre son los mismos, pero la última vez que estuve en su despacho me pareció que mi firmeza lo había refrenado un poco. Pero no, los últimos hechos le habían devuelto su tono habitual. Y si pretendía amedrentarme con su frase final, a fe que lo consiguió.

Después de un rato tratando de descifrar qué sería aquello de lo que me enteraría, decidí acabar con las bolsas de Amparo y buscar otras en el cajón del armario del vestíbulo para meter las novelas de Marcial Lafuente. Con cierta melancolía las fui poniendo una a una hasta que terminé con la última: *Un buen refugio*, y me pareció que así era. Allí iban a estar bien.

Resolví que iría primero a la Casa porque no estaba seguro del horario de la parroquia, aunque imaginé que estaría abierta sobre las ocho. Cuando llegué los niños se arremolinaron en torno a mí, como hicieron la otra vez. Al mostrarles lo que les había traído se pusieron muy contentos y empezaron a imitar a indios y vaqueros. Merche me dijo que Ágatha se acababa de ir, pero que había avisado de que yo iría a llevarles las novelas. Estaban las tres: Merche, Blanca y Laura; me dijeron que esa noche se quedarían todas en la Casa por lo que había pasado. Me ofrecieron un café y lo acepté, pidiendo que fuera descafeinado. Me indicaron que me sentara en el saloncito donde aún estaban las pastas que ellas habían tomado con Ágatha y estuve un rato con ellas. No sabía muy bien qué decir. Me sentía tímido, así que les dije que tenía otras cosas que hacer y me despedí de ellas y de los niños.

De camino a la parroquia estaba sumido en la melancolía. Tuve tentaciones de desistir y volver a llevar las pertenencias de Amparo a mi casa. Me daba cuenta de que había algo en mí que se resistía a desprenderme de esas bolsas. En la parada de un semáforo cogí una de ellas y traté de rescatar el olor que había percibido la primera vez que abrí sus cajones, pero ya no estaba. Continué conduciendo mientras entablaba un diálogo imaginario con ella. Le dije que sentía que dar sus cosas era como despedirme realmente de ella. Mientras las había

tenido conmigo era como si aún continuara a mi lado, pero ya no podía aferrarme más a esa ilusión. Había descubierto que la vida seguía ahí también para mí y que podía sentir de nuevo. No podía esconder por más tiempo la cabeza como hacían los avestruces. Le di las gracias por la vida que habíamos vivido juntos y por el hijo que me había dejado, Samuel, en quien aún podía ver algo de sus rasgos y su carácter.

Conforme hablaba conmigo mismo me iba relajando. Cuando llegué a la parroquia y aparqué, fui con decisión en busca del párroco. No lo conocía, no soy mucho de Iglesia, pero me presenté y le dije que si le vendrían bien las ropas de mi mujer para los feligreses que las pudieran necesitar. Me dio las gracias y me invitó a ir a la parroquia cuando deseara. Era un hombre mayor, de pelo cano y expresión apacible, no muy alto y entrado en carnes. Me dijo que se llamaba Antonio Hernández. Se disculpó porque tenía que atender a una pareja de novios que querían fecha para casarse y nos despedimos

Cuando regresé a casa llamé a Samuel y le dije que ya estaban entregadas las ropas de su madre. Me dijo que se alegraba de que ya lo hubiera hecho, que se temía que me hubiera arrepentido, pero le confirmé que no, que había sido capaz de hacerlo. También le conté lo que había hecho con las novelitas de Marcial Lafuente Estefanía y se rio de lo lindo; me dijo que le costaba más creer eso que de su madre. Reímos un rato y quedé más reconfortado.

Me acordé de Ágatha y pensé en cómo estaría. Si fuera por mí, la habría llamado a su casa, pero sabía que no debía hacerlo, aunque ni siquiera tenía su número. Pensé en su frase: "veremos que nos depara el día" y concluí que el lunes sabría de ella y cómo había pasado un fin de semana que se presagiaba triste.

Triste y cabreada debió de sentirse si, como suponía, había leído el *Noticiando* el sábado. Cuando leí el artículo sobre el asesinato de Esmeralda y sus hijos comprobé que Arturo Domínguez se había salido con la suya. La jugada le había salido redonda. En su momento lo frenó el jefe supremo por la intervención de Francisco, pero la información la tenía el periódico y Álvaro Carrascosa había aprovechado la coyuntura y la había dejado caer, sin concretar nada, pero deslizando un velo de sospecha sobre la gestión de Ágatha en la Casa. «No le pueden reprochar nada a Arturo. Le ha salido perfecto», pensé al tiempo que sentí deseos de ir en su busca y que hubiera *Uno más para enterrar*.

Rho

Entré en Talleres el lunes uno de septiembre y supe que todos habían leído la noticia, pero nadie vino a decirme nada. Eulalia, Remedios, Ana y Elvira se dirigían a sus despachos e hicieron como

que no me habían visto. Yo las miré de frente, desafiante, y diciéndoles con la mirada que sabía sus intenciones y su traición. Fidel se acercó a mí, pero le paré, le dije que tenía que hacer unas llamadas y que luego hablaría con él. Me miró con cara de preocupación. Comprendí que estaba inquieto por lo que había leído en el *Noticiando* y le hice un gesto con la mano en ademán tranquilizador. Apenas me había sentado cuando entró Presente y me dijo sin siquiera saludar:

—Doña Alda ha dicho que la llames cuando llegues.

—Gracias —le contesté.

Había pensado llamar antes a Francisco, pero cambié de opinión tras el aviso de Presente. Alda me preguntó si había leído el *Noticiando*, le dije lacónicamente que sí y no le noté mayor interés por la alusión retorcida que habían hecho sobre mí. Es más, ni lo mencionó. Intuí que me iba a dejar sola frente a la calumnia. A fin de cuentas, de ella no decían nada. Solo habían aludido a la "funcionaria al cargo". Le pregunté qué le parecía lo que habían dicho de mí y me dijo que no tenía más importancia, que no me lo tomara a pecho, y tras anunciar que si había alguna novedad más me lo haría saber se despidió.

No sé qué me dolió más, si lo que decía el artículo o la fría conversación con Alda, que me llevó a pensar que tal vez no quisiera problemas y le resultara más fácil dejarse arrastrar por mis "compañeras" y dejarme tirada. Me dio miedo llamar a Francisco y obtener de él una respuesta similar. Pero no fue así. Entró en mi despacho mientras yo aún me estaba reponiendo del desafecto de Alda. Sin decir nada vino hacia mí y me abrazó.

—Vamos a tomar un café —me dijo con decisión.

—Sí, vamos.

Llegamos a la cafetería Fuentes en silencio. La mesa de la esquina junto al ventanal estaba ocupada, así que buscamos una vacía que estaba más al fondo, pero sin vistas a la calle. Encendí un cigarrillo mientras Francisco pedía en la barra, que estaba atestada. Algunas personas leían el periódico y yo pensé que cuántas de ellas habrían leído ya la noticia que me involucraba. Cuando regresó Francisco con dos cafés en sendas manos apagué el cigarrillo.

—¿Cómo estás? —me preguntó mientras se sentaba y dejaba los cafés sobre la mesa.

—Dolida, muy dolida, por la noticia, por Alda… —le contesté mientras echaba azúcar en el café y lo removía con la cucharilla.

—¿Qué pasa con Alda?

—Todo lo que se le ha ocurrido decir es que no me lo tome a pecho. Han hecho insinuaciones fuertes sobre mi trabajo en la Casa y se ha comportado como si no fuera con ella.

—Son políticos Ágatha. Van a lo suyo. Alda solo se habrá

preocupado por si se metían con su gestión. No la han mencionado y es todo lo que necesita.

—No sirvió de nada el amonestamiento a Arturo —dije sin mirarle a los ojos.

—Los periodistas son así. Ha visto la ocasión de colar lo que le llegó y la ha aprovechado.

—Los políticos son así, los periodistas son así… Y lo verdaderamente importante: las mujeres, lo que podamos hacer por ellas no cuenta.

—Me gustaría decirte que sí que cuenta, pero los intereses personales han prevalecido.

—¿Y yo qué? ¿Cómo quedo? ¿En qué lugar me han dejado?

—Ágatha, y esto no es todo. Prepárate. Es posible que te llame el alcalde.

—No me pilló por sorpresa esa posibilidad. Yo ya la había sopesado.

—¿Sabes algo? —le pregunté pensando que quizás él tuviera ya la certeza y solo me estaba preparando.

—Es posible que quiera indagar sobre las insinuaciones del artículo. Al final no fue mala idea que escribieras esos informes. Rescátalos y llévalos contigo si te llama.

—Ya los he rescatado, fui a las capuchinas el mismo sábado cuando leí la noticia.

—Estupendo. Y no olvides que yo sí estoy contigo —me dijo cogiéndome las manos y mirándome con ternura—. Te llamaré. Tenemos mucho mar que navegar.

Sentí un escalofrío al oír sus últimas palabras y el tono cálido con que las dijo.

—¿Por Tabarca? —inquirí con picardía.

—Por donde tú quieras que haya mar.

Nos miramos un largo rato y luego a nuestro alrededor por si había gente que nos conociera. No vimos a nadie y nos dimos un beso ligero y furtivo.

—Francisco —le dije reteniéndole cuando empezaba a levantarse —, el domingo cuando estuve en el cementerio conocí a Álvaro Carrascosa.

—¿Cómo fue eso? —me preguntó extrañado y volvió a sentarse.

Vi a dos tipos, uno con una cámara de fotos y otro con una libreta y un boli. Me acerqué, le pregunté si era él. Me dijo que sí. Yo me presenté y le dije que no ayudaba en nada planteando la noticia del asesinato de Esmeralda y sus hijos insinuando mala gestión profesional y sin contrastar los hechos con las personas implicadas. Una especie de metafórico rodillazo… Ya sabes.

—"No hay dos sin tres" —dijo aludiendo al refrán—. Veremos

quién es el próximo.

—Eso falta que me digas…. —le dije sonriendo, mientras nos levantábamos.

Ya en la calle, cuando estábamos a punto de despedirnos se paró, me miró y me dijo:

—Ágatha, tienes un frente abierto que has de resolver. Cuando todo pase hablaremos de cruceros, si quieres, claro.

—Ya sabes que lo mío es el mar —le contesté guiñándole un ojo.

Me quedé un poco desconcertada, aunque también feliz. Pero no tenía tiempo de pensar en eso ahora. Como él había dicho, tenía un frente abierto. Por contra, el pensamiento se me fue a la advertencia del refrán. Yo sabía que venía de la fascinación por los números de los pitagóricos. Decían que toda dualidad es un ciclo inacabado, ya que de su conjunción nace el equilibrio, o sea un tercer elemento. De ahí que ninguna manifestación existe si no hay en ella una trinidad.

Con esos recuerdos de mis tiempos de estudiante y el beso de Francisco llegué a Talleres. Le faltó tiempo a Presente para decirme que me habían llamado de alcaldía. «La fiesta empieza pronto», pensé. No me han dejado tiempo ni para sentarme. Llamé enseguida y me cogió el teléfono Teresa Martínez. Me dijo que fuera lo antes posible, que el alcalde quería verme. Cogí mis dos sobres, respiré profundamente, miré mis posters uno a uno para infundirme ánimos. Al salir, en el patio, vi a Fidel que me miraba con preocupación. Pero ahora no podía. Solo le dije que me iba al ayuntamiento.

Teresa me dijo que esperara en la salita donde unos días antes habíamos hablado de la inauguración y me había entregado el lirio de la paz. En la mesita de mármol rosado, junto al cenicero con el escudo de Albovar, estaba el diario *El País*. Miré la portada y leí que habían chocado dos aviones en Los Ángeles. Un accidente aterrador. Me acordé de Francisco y de la Escuela Pitagórica: “No hay dos sin tres”. Yo también esperaba un choque de un momento a otro. Quince minutos después, cuando ya había leído la noticia en el interior, Teresa me indicó que podía pasar al despacho del alcalde.

Me recibió amablemente. No lo conocía personalmente y me sorprendió ver que era de estatura más bien baja. Se le veía más joven de lo que mostraban las fotografías (entre treinta y cinco y cuarenta años). Su aspecto era serio. Llevaba gafas de montura dorada sobre las que caía un ligero mechón de pelo negro. Me invitó a sentarme en torno a una mesa baja de madera, sobre la que había un cenicero igual que el de la salita de la que venía. Alrededor de esa mesa, que tenía forma circular, había un sofá y dos sillones de cuero, color camel, en los cuales nos sentamos uno enfrente del otro. Inició la conversación con temas generales, se interesó por cómo estaba, qué tal iban los preparativos de la inauguración de Talleres, etcétera; mientras yo

esperaba que de un momento a otro abordara el verdadero motivo por el que me había llamado. Finalmente lo hizo.

—He hablado con Alda y me ha contado lo que ha pasado con una mujer y sus hijos de la Casa de Acogida. También he leído el *Noticiando*.

—Sí, ha sido un asesinato terrible. Estamos muy conmocionadas…

—Me imagino, me imagino… Pero lo que me preocupa es lo que insinúa el periodista sobre tu gestión. ¿Qué está pasando en esa Casa? —me inquirió en tono autoritario.

—No está pasando nada —dije con convicción—. Las insinuaciones del periodista son falsas. Alude a fuentes anónimas. Es decir, no ha contrastado nada. A mí no me ha preguntado en ningún momento.

—El jefe del policía que tienes en Talleres, Andrés Navarro, me ha dicho que hay otras actividades diferentes a las de proteger a las mujeres.

—Se ha hecho eco de algo que no es verdad.

—¿Cómo puedo saberlo?

Hace dos semanas, cuando llegó el policía Fidel Arias a Talleres se presentó un compañero suyo, Arturo Domínguez. Ese fue el origen de las calumnias que le han hecho llegar, a usted y al periódico.

—¿Qué quieres decir?

—Abrí el bolso y saqué los dos sobres.

Arturo Domínguez me acosó sexualmente ese mismo día. Pude rechazarle y él me amenazó con que se las pagaría. Sabía que si lo contaba sería cuestionada y no me creerían, así que decidí escribir un informe narrando lo que había pasado ese 18 de agosto. Posteriormente me enteré por dos compañeros de las calumnias que se estaban vertiendo sobre la Casa, y sobre mí. No encontré otra manera de defenderme que escribir también todo lo relacionado con esas mentiras. Esos dos informes los deposité en un lugar seguro: el convento de las capuchinas. La madre abadesa puso su firma sobre las respectivas fechas en que los entregué para que no me acusaran de haberlos escrito *a posterio*ri. Aquí están —dije mientras se los entregaba.

Los leyó pausadamente y dijo mientras me los devolvía:

—Esto cambia las cosas —y añadió en un tono más bajo, sorprendido y como hablando para sí—: el jefe de Bomberos estaba al tanto y ha firmado corroborando lo que te pasó…

—¿Qué cosas cambia? —le pregunté, obviando la mención a Francisco.

—He recibido presiones para que te abran un expediente y te trasladen…

—¿De quién ha recibido presiones? —le inquirí.

—No viene al caso. Lo importante es que no lo voy a hacer. Pero Fidel Arias volverá a las dependencias de la Policía Local.

—¿Por qué? ¿Qué tiene él que ver? —le pregunté extrañada y dolida a la vez.

No me contestó. Siguió hablando.

—Voy a dar órdenes de que te envíen a una mujer policía. Sabes que se han incorporado recientemente mujeres al *Cuerpo*. Aún no son bien vistas del todo. Donde tú estás es un destino perfecto para que se las vayan aceptando.

—Pero yo estoy muy contenta con Fidel… —dije queriendo hacerle cambiar de idea.

—No insistas, Ágatha, lo he decidido. Puedes irte, ah, y muy buena idea lo de escribir "los hechos" —dijo remarcando las dos últimas palabras.

—¿Cuándo se irá Fidel? —quise saber.

—Mañana —afirmó de forma escueta.

«Está pasando algo que no me quiere decir», me dije de forma intuitiva. Supe que no tendría otra ocasión para tratar de averiguarlo.

—Perdone, pero me parece que me oculta algo y creo que después de todas las insinuaciones que se han esparcido sobre mí y sobre la Casa merezco saberlo —le espeté superando los reparos que sentía por su cargo. Vi que le caían unas pequeñas gotas de sudor por la frente, pero finalmente me dijo:

—Ha pasado algo con ese policía que mencionas en tu informe.

—¿Arturo Domínguez? —pregunté desconcertada.

—Sí, Arturo Domínguez.

—¿Qué ha pasado?

Es confidencial, pero comprendo que tienes derecho a conocer lo qué ha sucedido —me dijo solemne y presionando los labios y las manos al mismo tiempo—. Recuerda que no debes hablar de ello.

—Cuente con ello.

—Arturo Domínguez ha sufrido… digamos que un accidente.

—¿Qué clase de accidente? —pregunté intrigada.

Arturo Domínguez fue encontrado anoche en el arrabal verde, cerca de la plaza de Menéndez Pelayo, donde no hace mucho hubo una pelea entre dos familias gitanas de las que viven en esa zona. Estaba magullado y herido. No sabemos qué ha pasado exactamente. Parece que un policía local, que hacía turno de noche y salió de las dependencias para despejarse del calor, vio cómo Arturo Domínguez y Lorenzo Arribas se marchaban por la salida trasera de la finca de los Solana. Les oyó discutir y acertó a oír que Lorenzo le recriminaba que él hubiera cargado con las culpas de un hecho que pasó hace unos años y por el que Lorenzo estuvo en la cárcel. El policía, un chico

joven que desconocía a qué se referían en su discusión, regresó a su puesto sin darle más importancia. Pero cuando se ha descubierto el cuerpo magullado y herido de Arturo ha ido a ver al jefe de la Policía Local y le ha contado lo que vio y oyó.

—Pero… ¿es grave?

—Arturo Domínguez está en el hospital. Aún no sabemos exactamente la gravedad de las heridas, pero sí nos han hecho saber que está fuera de peligro. De momento se está trabajando la versión oficial que daré en la rueda de prensa de mañana y luego habrá una investigación interna sobre este hecho. Paralelamente se abrirá otra sobre lo que escuchó el policía.

—¿Se refiere a la paliza que le dieron ambos a un chico?

—¿Cómo sabes tú eso? —me preguntó asombrado.

—Fidel Arias les oyó hablar de ello y me lo contó cuando se enteró de lo que me hizo.

—Así que pondremos contar con otro testigo —dijo mientras asentía con la cabeza.

—Sí, y yo creo que Fidel se quitará un peso de encima cuando tenga la oportunidad de contarlo. Pero dígame, ¿Qué ha pasado con Lorenzo? ¿Está herido también?

—Lorenzo no presenta ni un rasguño. Ha acudido esta mañana a su puesto de trabajo como si tal cosa y se ha mostrado muy asombrado de lo que le ha pasado a su compañero. Aunque teniendo en cuenta el testimonio del policía que les oyó discutir no es descabellado pensar que el autor sea él.

—Pero si no presenta ni siquiera un rasguño ¿cómo lo pudo hacer?

—Lo que me ha dicho el jefe de la Policía Local es que es plausible que Lorenzo lo tuviera planeado y le tendiera una trampa. Tal vez debió de tener previsto cómo inmovilizarlo o algo así. Parece una especie de venganza por aquellos hechos. Las primeras hipótesis apuntan a que debieron de llegar a alguna especie de pacto, por el que Lorenzo cargaba con las culpas y la cárcel a cambio de algo que luego Arturo no cumplió. El lugar elegido hace pensar que Lorenzo lo calculó todo, porque es conocida la aversión de Arturo a los gitanos. Debió de pensar que esa localización induciría a concluir que el autor o autores, ya sabes —me miró con complicidad al añadir—, fueran gitanos, lo que alejaría las sospechas de él. Pero no contó con que alguien les oyera y desde luego ni se le pasaría por la cabeza lo que me acabas de revelar de Fidel Arias.

—O sea que les echarán la culpa a los gitanos del arrabal verde —dije lacónicamente, lamentando los prejuicios a la etnia gitana.

—Bueno, él les tenía una verdadera aversión; eso era púbico, por lo que resultará creíble si finalmente se considera que esa es la versión

oficial. Pero no te preocupes porque solo se dará para afrontar el problema. Mientras tanto, como te he dicho, se llevará a cabo una investigación interna, en la que también serán de utilidad tus informes y tu testimonio.

—¿Tendré que declarar?

—Por supuesto. Tú y Fidel Arias y con toda seguridad Francisco Abellán. También la concejala, claro.

No contaba con eso cuando escribí los informes, pero entendí que era necesario, a la vista de este último acontecimiento. Pensé en Fidel.

—¿Y por qué regresa Fidel a su destino anterior?

Porque hay que cubrir la baja de Arturo y con el traslado de Fidel damos a entender que se han tomado medidas por lo "tuyo".

—O sea que va a ser el "chivo expiatorio".

—No lo veas así. Míralo más bien como una oportunidad para las mujeres policías que se han incorporado. No me dirás que no es mejor que tengas una mujer en Talleres que un hombre. ¿Cuento con tu discreción? —insistió.

Era consciente de la estrategia del alcalde, que, a buen seguro, había sido planificada junto con el jefe de la Policía Local y su personal de confianza, frente a la cual yo nada podía hacer.

—Sí, cuente con ella —le contesté, finalmente.

Se levantó y yo hice lo mismo. Me acompañó hasta la puerta donde se detuvo y como si recordara de repente algo me dijo: «Ah, es posible que en la misma rueda de prensa haga un anuncio». No le pregunté qué quería anunciar y nos despedimos con un apretón de manos que parecía sellar nuestro acuerdo confidencial.

No sentía ninguna pena por lo que le había pasado a Arturo. Sus acciones habían desatado una cadena de acontecimientos dramáticos como la muerte de Esmeralda y sus dos hijos, amén del destino que le esperaría a Alfonso, su hijo pequeño, con la traumática experiencia vivida en su recuerdo. Y a Fidel y a mí nos habían pillado también por medio sus retorcidos procederes, aunque de distinto modo.

Con esas se me fue la cabeza a ALFA, la palabra que yo identifiqué con el binomio que componíamos Fidel y yo. El Mago del Tarot debe estar preparado para toda aflicción y traición. Así había sucedido, la traición se había consumado. Ahora le tocaba el turno a la aflicción, la que empezaba a sentir por la pérdida de Fidel. Había tenido en él un inmejorable compañero, un amigo. *Un hombre roca.*

Me esperaba una nueva etapa de custodia femenina: *Una dama de Virginia*. Sí, el domingo tras el entierro de Esmeralda y sus dos hijos fui a la Casa y vi las novelas de Marcial Lafuente Estefanía que Fidel nos había regalado. Y miré los títulos, uno a uno. Y lo volveré a hacer cada vez que quiera recordarle.

XVIII

Fui esa mañana al trabajo inquieto por cómo estaría Ágatha, pero cuando la vi solo me hizo un gesto que yo interpreté como que estaba bien. Después vino Francisco y salieron juntos. Imaginé que iban a hablar del artículo del *Noticiando*. Me sentía ansioso por ella, por las consecuencias que todo esto pudiera desencadenar, por las palabras de Andrés de "que ya me enteraría". ¿De qué me tenía que enterar? Estaba deseando que volviera y ver cómo estaba y preguntarle. Cuando por fin apareció se fue derecha a su despacho. Al pasar por mi lado me sonrió y solo me dijo: «Todo bien, Fidel. Más tarde salgo y lo busco». Pero cuando salió no me buscó, sino que fue hacia su coche.

Yo supe que no era verdad que todo fuera bien, como supe que nadie reparaba en mí, como yo mismo tampoco reparaba hasta que la conocí y empecé a ser una persona diferente. Me había desprendido de mi vida ficticia, de mis novelas y de mi pasado. Ágatha se fue sin aclararme nada. Solo me dijo al irse: «me voy al ayuntamiento». Cuando volvió tenía el rostro circunspecto. Entró en su despacho y continuó sin decirme nada.

Pero supe que me enteraría de lo que pasaba, fuera lo que fuese, como auguró Andrés Navarro. Y así fue. Unas horas después, casi al final de la mañana, vi entrar por la puerta de Talleres al conserje de Personal. Vino hacía mi con un sobre en la mano. Un sobre con dos folios del que de uno de ellos sobresalía un cuarto por la solapa, lo que indicaba claramente que contenía un duplicado que debía firmar.

En ese momento la oí a mis espaldas.

—Pase, Fidel. Fírmelo en mi mesa.

Entramos juntos a Pintura. Cuando traspasamos el umbral de carpintería me cogió del brazo y una vez en su despacho me senté y leí lo que ya imaginaba. Se había acabado lo que apenas había hecho que comenzar. Firmé el duplicado del decreto que me alejaba de ella. Salí y se lo entregué al conserje. Volví a entrar.

—Fidel, sabes que lo siento.

—Tú ya lo sabias ¿verdad?

—Sí, me lo acaba de decir el alcalde.

—¿Sabes por qué he de volver a la casa de los Solana?

—Quieren que venga una mujer policía.

—¿Por qué?

Hablábamos con frases cortas. No me estaba explicando las verdaderas razones. La vi dudar cuando le hice esa última pregunta.

—Fidel, el alcalde va a dar una rueda de prensa. Esté atento al periódico. Solo le puedo decir que su paso por aquí ha abierto un

camino y que posiblemente aún trabajemos en algo juntos.

—¿Cómo dices?

—Aún no te lo puedo contar. Cuando leas el periódico hablaremos. Pero no olvides que estamos unidos por estos quince días y "por nuestros nombres".

Yo la miré extrañado y ella me miró con sus ojos oliva y entonces empezó a contarme una historia sobre la primera letra del alfabeto griego y la sinfonía en clave de fa. Yo la escuché tratando de entenderla como siempre supe que ella me entendía a mí.

Por todo eso, por lo que ella había significado en mi vida, supe que no podía dejar las cosas como estaban. Noté que se me secaba la boca y que desde la planta de los pies me subía una sed desconocida, sed de *Venganza implacable*.

Nunca me había encarado con Arturo Domínguez. Siempre había estado silente y doliente ante sus imprecaciones, sus chulerías. Me decía a mí mismo que todo se debía a que no había soportado que Amparo se quedara conmigo. Le justificaba porque eso me permitía no enfrentarme a él. Me era más cómodo decirme «En el fondo me tiene envidia. Soy mejor que él porque lo ignoro, etc.». Pero en mi fuero interno sabía que no le hacía frente porque le temía; temía quedarme sin palabras, temblaba al pensar que me agarrara por la pechera. La triste realidad es que soy un cobarde que ha vivido de la ilusión de ser un protagonista de las novelas de Marcial Lafuente Estefanía.

Pero ahora sentía que esa cobardía se iba transformando en un hervidero que me calentaba la sangre y me impelía a ir en su busca. Entré en una especie de trance y vi la cara de la venganza en una diosa mítica, Némesis, la que daba nombre al bloque donde vivía Ágatha y de la que ella me había hablado, y sentía como sus ojos de ultratumba me traspasaban y su boca me repetía «Ha llegado la hora; ya no te puedes esconder más». Diría que deliraba, pero es cierto que percibía esos sentimientos transmitidos por esa diosa de manos huesudas y uñas afiladas como las de una fiera infernal. Esa imagen emergía como de un volcán abrasador que mantenía mi sangre caliente y yo no combatía lo que sentía como había hecho otras veces; ahora sabía que debía actuar.

Así que le llamé; sí le llamé con los restos de sangre tibia circulando por mis venas:

—Arturo, necesito verte —dije con firmeza.

—No me digas, Fidelito ¿Qué mosca te ha picado?

—He estado recogiendo las cosas de Amparo y hay una que te pertenece. Quisiera dártela.

Pude ver su cara de asombro y su sorpresa a través del hilo telefónico porque se hizo un silencio, impropio de él, que siempre tenía un sarcasmo en su boca.

—Será una carta de amor en la que reconoce que se equivocó contigo y que debió de quedarse al lado de un hombre de verdad.

Me tragué la rabia que me inundó al oír sus palabras y seguí con entereza:

—Puedo dártela esta noche. Estaré a las diez en la perta trasera de la casa de los Solana. Ven solo.

—Claro, claro, Fidelito. Allí estaré y luego nos tomamos unas cervezas. Claro que allí estaré.

—Y oí cómo al colgar se carcajeaba.

Tau

Lo que me pareció tan normal, empezar una nueva etapa con la custodia de una mujer policía en lugar de la de Fidel, poco a poco se disolvió como la mantequilla al calor de la lumbre, porque ¿qué ánimos tenía yo de enfrentarme de nuevo a mi trabajo con el lastre de todo lo sucedido?, ¿cómo iba a continuar viendo todos los días a Presente, a Eulalia, Remedios, Elvira y Ana sabiendo que no pararían hasta hundirme? Habían demostrado osadía y actuado con maldad para mermarme, desprestigiarme y quitarme de en medio. No quería pensar, no quería mirar de frente al hecho de que habían estado comadreando con Presente, con Arturo… poniendo por delante su animadversión hacia mí en detrimento de los principios más elementales que guían nuestro trabajo, de la lealtad mínima, de la compasión. Habían actuado guiadas por unos intereses espurios. No habían soportado que yo tuviera una responsabilidad por encima de la de ellas, que Fidel se mostrara incondicional conmigo, que Francisco me apoyara, que Alda demostrara su predilección por mí, y quisieron destruir mi imagen, mi carrera, mi autoestima.

Así que dejó de parecerme normal volver al trabajo y actuar como si nada de lo sucedido en tan pocos días no hubiera pasado. Se me hizo cuesta arriba pensar que no vería más a Fidel protegerse del sol bajo la higuera o bajo la parra, pendiente de mí, actuando con la fidelidad que desprendía su nombre. «Me quiero ir»; esa frase empezó a adueñarse de mi pensamiento ocupando toda la masa cerebral, expandiéndose por mi cuerpo convirtiendo todo mi ser en una cadena de hierro de la que solo quería librarme.

—Pero… ¿adónde? —me espetó Carlota cuando se lo conté. No lo sé. Lo pensaré.

Al tiempo que le decía a Carlota que no lo sabía se me encendió una luz. Ella lo notó enseguida.

—¿Qué se te acaba de ocurrir?

—Pues creo que una buena idea. Voy a dejar de preocuparme por todo esto, voy a aparcarlo. Voy a pedir vacaciones hasta el quince de septiembre. Le diré a Alda que no se preocupe, que para la

inauguración de talleres estaré aquí. Me voy a Ibiza.

—No está mal pensado. Pon tierra de por medio; bueno, en este caso agua de por medio y despéjate. Seguro que te vendrá bien.

—Allí tomaré una decisión.

—¿Te dejará Alda? Querrá tenerte cerca para preparar la inauguración.

—La convenceré. Tengo bastantes argumentos —dije asintiendo con la cabeza—. Tiene que comprender que después de todo lo que ha sucedido necesito tomarme un descanso. Y ella solo me necesita para saber que estoy ahí. Alcaldía lleva el peso. Lo tiene que comprender —remarqué.

—¿Y Francisco?

—Francisco de momento solo es un cóctel de amistad, arepas y polo y blusa por los aires.

—No te lo crees ni tú.

—Bueno… y besos y ruido de mar… y…

—Te ha cambiado la cara.

—De acuerdo, lo valoraré todo en Ibiza.

—Y si no hay billetes en Tabarca.

—Sí, en alguna de esas dos islas.

XIX

Lo supe porque estaba allí, aunque nadie reparaba en mí, salvo Ágatha. Ella supo verme de la manera que se ve sin mirar, dejándose llevar por la impresión del color del aura y calibrando si es de la misma onda y textura que la tuya. Nos separaba todo, desde la edad hasta el origen y la trayectoria, pero nos unió la clave de fa en aquellos días calurosos del verano de 1986 cuando en torno a un horrendo crimen múltiple se cernieron intrigas y traiciones sobre esa criatura morena, de ojos verdes que había reparado en mí y de la cual, he de confesarlo, me enamoré perdidamente sabiendo que de esa manera ella no repararía en mí.

Y con ese sentimiento que fue creciendo, regado por las aguas marinas de una isla con sabor a Túnez y a Liguria, tuve que ser testigo del cerco que le tendieron Arturo y Lorenzo, unidos por un pasado turbio que les tenía encadenados y que finalmente desembocó en una pelea donde Arturo que me la tenía jurada por un lance de amor adolescente acabó magullado y herido por los puños de Lorenzo que bien podían haber sido los míos, porque yo, he de confesarlo, quise matar a Arturo el día que le cité con una mentira. En realidad, creo que quise matarlo desde el mismo momento en que supe que la había

acorralado a las puertas de su despacho. Y ese deseo creció conforme iba viendo sufrir a Ágatha por su causa.

No me fue fácil tomar la decisión de matar a Arturo Domínguez porque soy un hombre recto, de principios, con un alto sentido de la justicia, Pero no podía olvidar lo que quiso hacerle a Ágatha, ni aquel episodio en el que murió una mujer y dos niños por su culpa, aunque no fuera el asesino *de facto*. Fue necesaria la fuerza de Némesis para que mis sentimientos reprimidos hacia Arturo emergieran y quisiera matarle.

Por eso me aposté esa noche calurosa que inauguraba septiembre en la parte trasera de la finca de Los Solana decidido a esperar a Arturo Domínguez. Mientras le aguardaba agazapado y protegido por la oscuridad de la noche, dejando crecer la rabia en mi interior para que me fuera fácil asestarle un golpe mortal, noté que dos potentes brazos me inmovilizaban; quise zafarme, pero el hombre que me había asido y quitado la pistola era mucho más fuerte que yo. Entonces oí la voz de Lorenzo Arribas.

—¿Qué vas a hacer Fidel? Esto no es para ti.

—¿Qué haces aquí Lorenzo? —dije con enojo e intentando desasirme.

—Arturo me dijo que lo habías citado aquí. No soy tan estúpido como para no adivinar tus intenciones desde que pasó lo de Ágatha y aquella mujer y sus hijos. Arturo también lo imagina y vendrá con ganas de descargar la rabia que te tiene. ¿Creías de verdad que iba a caer en tu ingenua trampa?

Me quedé sobrecogido. Había actuado sin premeditación y sin calibrar que en estos lances soy un novato sin experiencia atreviéndose con *Un látigo con lengua de acero*.

—¿Por qué me avisas?

—Porque yo también le estoy esperando desde hace tiempo. Me tragué la cárcel porque él me manipuló. Me convenció de que era mejor que yo me declarara único responsable y que así él desde fuera podría actuar y sobornar a quien hiciera falta para que yo no cumpliese la condena completa; me aseguró que se ocuparía de mi familia, que si íbamos los dos a prisión sería más difícil todo. Consiguió convencerme, Pero fuimos los dos los que actuamos. Él tendría que haber chupado presidio como yo. No lo he olvidado.

—No lo entiendo; se os veía tan amigos.

—Para que no desconfiara. Estaba esperando el momento oportuno y tú me lo has brindado. Vete Fidel, esto no es para ti. Déjame que yo arregle las cuentas.

—¿Qué vas a hacerle? —le inquirí haciendo acopio de fuerzas por la impresión de su decisión tan parecida a la mía.

—Es mejor que no lo sepas. Solo quédate tranquilo porque voy a

desviar las sospechas. Él tiene muchos frentes abiertos, personas de las que no se ha cuidado de disimular su animadversión. Tal vez recuerdes unos hechos que acontecieron en la plaza de Menéndez Pelayo, una pelea entre clanes gitanos con resultado de una persona muerta y varis heridas. Vete y ya te enterarás de lo que pase esta noche.

No sin que antes me confirmes que fue él quien guió a ese hombre a la Casa de acogida para que perpetrara su crimen —le dije con arrojo.

—¡Ay, Fidel! No andas desencaminado, pero no fue el único.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté asombrado y perplejo.

—Arturo supo hacer su trabajo en Talleres. Tú estabas prendado de esa chica y te perdiste muchos detalles…

Sentí que atacaba mi autoestima y repliqué.

—No me subestimes, sé que estaba en el ojo del huracán de sus compañeras.

—Ya…, pero no se te ocurrió pensar que él se enteró de eso, por su propia perspicacia y por el condimento que echó Presente a ese guiso. Ahí estaban todos en el ajo. Quieren cargarse a esa Ágatha… ¿Eres capaz de imaginarte lo que pasó?

No me hacía falta imaginar nada. La evidencia se hizo palpable con esa confesión de Lorenzo. Yo solo me había fijado en Arturo por mi historia personal con él, pero él solo fue el maestro de cocina que preparó la elaboración. Los ingredientes del guiso los pusieron el resto.

—Fidel, insisto, vete. Arturo no tardará en llegar. Guarda tu pistola y tu ira que solo te habrían llevado al desastre. Déjame a mí. Cuento con que él sigue pensando que sigo siendo de su misma calaña. No va a sospechar nada si me ve aquí porque él mismo me ha pedido que venga para que sea testigo de la tunda que pensaba darte. Yo vengaré a los dos.

Omega
DIARIO EL NOTICIANDO
3 de septiembre de 1986

POLICÍA LOCAL HERIDO EN EL ARRABAL VERDE
Por Álvaro Carrascosa

En la rueda de prensa semanal que ofrece el alcalde, acompañado esta vez por los concejales de Seguridad y Bienestar Social, ha comunicado que en la madrugada del lunes, uno de septiembre, fue encontrado malherido el policía local A.D.F. en las inmediaciones de la plaza de Menéndez Pelayo, por un viandante, que dio aviso inmediatamente al 091.

El alcalde ha anunciado que se va a realizar una investigación interna, al margen de la que llevará a cabo la Policía Nacional, para tratar de esclarecer lo sucedido.

Este periódico ha podido averiguar que la zona donde fue encontrado el policía, el arrabal verde, era bien conocida por este, ya que se le ha visto patrullar por la misma. Se da la circunstancia de que en dicho arrabal viven principalmente familias gitanas, dos de las cuales se vieron involucradas recientemente en una pelea. No se descarta que A.D.F. interviniera en la misma y que lo sucedido guarde alguna relación con dicha reyerta.

Los vecinos que han sido consultados por este redactor, pareciera que hubieran hecho un pacto de silencio porque todos dicen no haber visto ni oído nada. Se está, pues, a la espera de que la Policía Nacional pueda aportar datos que esclarezcan lo que le ocurrió al policía local A.D.F. y de que la investigación interna revele las circunstancias que se han dado en torno al caso.

Por otro lado, el alcalde ha señalado que la baja del policía herido ha sido cubierta inmediatamente por el policía local F.A.L. que tenía encomendada la vigilancia y custodia de los Servicios Comunitarios donde se encuentra la Unidad de atención a Mujeres Maltratadas. Su puesto, a su vez, se cubrirá por una mujer policía local por considerarse más acorde para dichas funciones, con lo que "el campo de la mujer en la Policía Local va abriéndose paso paulatinamente en el municipio de Albovar", ha dicho orgulloso el alcalde. Con relación a este servicio, ha lamentado el asesinato de una mujer y sus dos hijos que habían sido acogidos en la Casa Refugio, aunque en el momento del crimen la habían abandonado —ha puntualizado—. Este lamentable hecho ha llevado al equipo de gobierno a plantearse ampliar este servicio a través de una Unidad especializada en malos tratos a mujeres dentro de la Policía Local, cuyo proyecto será encomendado a la actual responsable de la Casa Refugio, la cual contará con el apoyo del policía Local F. A.L. por su experiencia en este campo.

Tanto el alcalde como ambos concejales se han mostrado muy satisfechos por la coordinación que va a establecerse entre estas concejalías para ampliar el campo de apoyo a las mujeres necesitadas de protección, cuyo germen ha sido la colaboración que en estas últimas semanas ha brindado un policía local a la Unidad de Mujeres maltratadas. Igualmente han destacado la importancia del trabajo conjunto entre áreas municipales para prestar un mejor servicio a la ciudadanía.

Consultada la portavoz de la oposición sobre esta iniciativa se ha mostrado de acuerdo, pero ha lamentado que haya sido tomada tras haberse cometido los asesinatos. Y ha anunciado que pedirá explicaciones al alcalde por las supuestas irregularidades en dicha Casa y en la gestión de la responsable de la misma, que fueron desveladas por este periódico. Este redactor, no obstante, ha podido verificar que la fuente de esa noticia

no era fiable y que tal vez guarde relación con lo acaecido en la plaza de Menéndez Pelayo, de lo que se seguirá informando en la medida que la investigación interna anunciada por el alcalde vaya avanzando.

[1] Periódico de Albovar

[2] Antiguo Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, ahora denominado Fomento.

[3] De los autores Giuseppe Cioffi y Gigi Pisano.